

# El maestro del desastre



Samuel Sánaga

Samuel Sánaga  
EL MAESTRO DEL  
DESASTRE 

*El maestro del desastre*  
© 2020, Todos los derechos reservados  
Primera edición: marzo de 2020  
Lima — Perú

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro  
por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.

## **Índice**

### Acciones

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

### Consecuencias

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[XXXVI](#)

[XXXVII](#)

[Epílogo](#)

[¡Muchas gracias!](#)

A mis estimadas B.P. y G.R., que se limitaron a ser solo eso.

# Acciones

Y una vez dijo el Pancho:

—Este Yaraví jue diun curita amante.

—Cuenta-rogó la Antuca.

Y contó el Pancho:

—Un cura dizque taba queriendo mucho onde una niña, pero siendo él cura, la niña no lo quería onde él. Y velay que diun repente murió la niña. Yentón el cura, e tanto que la quería, jue y la desenterró y la llevó onde su casa. Y ay tenía el cuerpo muerto y diuna canilla el cuerpo muerto hizo una quena y tocaba en la quena este yaraví, día y noche, al lao el cuerpo muerto e la niña... Y velay que puel cariño y tamién po esta música triste, tan triste, se golvió loco... Y la gente e poray que oía el yaraví día y noche, jue a ver po qué tocaba tanto y tan triste, y luencontró al lao el cuerpo muerto, ya podrido, e la niña, llorando y tocando. Le hablaron y no respondía ni dejaba e tocar. Taba, pues, loco... Y murió tocando... Tal vez puese aúllan los perros... Vendrá el alma el curita al oír su música, yentón los perros aúllan, poque dicen que luacen así al ver las almas...

*Los perros hambrientos, Ciro Alegría.*

## I

Perverso. La idea salió como le salen las ideas a todo gentío: por una minúscula probada, como se lo incitó ella al entregarse al sendero de las hormonas. Ella, un cuerpo helado por la incertidumbre que le calaba las entrañas, encorvada entre esos brazos como un niño pequeño. Él, sudando frío, su piel pálida, sus ojos enfermizos y vivaces arriba de orificios diminutos, sentía golpecitos en el pecho de adentro hacia fuera, y el darse cuenta de eso le inquietaba más. La sentía liviana, porque no era la primera vez que la tomaba en sus brazos. Iba a trote, con el temor de escuchar el sonido de otros zapatos que los suyos en medio del silencio críptico. Llegó a una esquina solitaria; al frente, a diez pasos, un muro de ladrillos viejos. Giró a la izquierda, fue estirando las piernas cuesta abajo. La humedad ya se sentía debajo de ese tremendo abrigo y también debajo de la capucha, una hilacha de líquido corría por la sien. ¿Tan poquito has caminado y ya sudas? De tranco en tranco manoseaba la pierna de la chica, y evocaba movimientos frondosos de glorias bajo sábanas; pero las luces de los postes, uno en cada veinte pasos, imponían entornos amarillentos, hepáticos, en la pista de cerro muerto por la que se desplaza, que parecía aumentar de longitud con cada pisada. La adrenalina de hacer lo que hacía le permitía concentrarse más en las hileras de casas mudas a la izquierda, y el muro de la derecha del estadio la Bombonera, que continuaba hasta terminar la última esquina del bullanguero 15 de Enero. El tipo desconocía el aire que deambulaba; por más que vivió casi toda su vida en Lima, la frialdad era inusual, parecía penetrar desde los resquicios descubiertos de las ventanas oscuras, entre las lengüetas de tierra laterales a las veredas, le calaba la piel erosionada en puntos como gallina, hasta la punta de los más recónditos bellos de su pulverizada conciencia. ¿O es frío o eres tú el que tiembla tanto? Era precisamente la conciencia la que le estaba jugando una mala pasada. Miró al cielo vacío, Hasta la luna no quiere ser testigo de lo que haré hoy. Por la izquierda, a unos cuantos pasos, un gran grupo de piedras de cemento, desmonte de alguna casa remodelándose, quizá la que seguía. Al otro lado a medio metro debajo de la vista, una cabeza pequeña, un par de ojos asustadizos, la criatura escuálida denotó su olfato con un sonido, rompió el silencio de la madrugada comenzando a ladrar, el sujeto carajeó bajito y maldijo, se alejaba para prevenir muelas sucias en la piel. Sintió cerca del pie una roca de tamaño regular y quiso saltarla, uno de los bordes le rasguñó un tobillo, el cuerpo de la chica se le venció al mar de piedras, él cayó apoyado en sus manos arriba de ella como si la protegiera, en posición de cuadrúpedo. Quedó perplejo un instante observándola, Gerald giró un tanto la cabeza, una roca le elevaba por su lado occipital. El tipo sintió dolor ajeno, se reprochaba, ¡Cómo llegué a *este punto*! Se levantó sintiendo hinchazón en las palmas de las manos. Alargando los brazos, quiso recogerla mientras los ladridos lo aturdían; puteó al perro, cogió una piedra y le asestó en pleno pescuezo. Sus ladridos se opacaron y se alejaron al igual que su silueta a la luz de un poste, al profesor le quedó en la cabeza el sonido de la piedra impactando esa piel. Recogió a la adolescente en sus brazos y reanudó la corrida. Su mente maquinaba forzosa, por querer callar la conciencia que brotaba; recuerda ocasiones entretejidas en telarañas, una sobre otra, cuando la perforaba con gusto y todo, sus movimientos, sus melodiosos gemidos bajo su cuerpo, sus temblores, las canciones que canturreaban luego de la acción en un limbo de oscuridad total, juntitos, endiablados, en medio de cuatro estrechas paredes. Quiso recordar más, pero un sentimiento le golpeó el foco de su atención; empezó a ralentizar sus pasos. A solo unos cuantos metros de la última esquina, el profesor dejó de correr. Quedó inerte un instante, mirando al suelo. Su memoria opera: la vez que se pasearon el parque de La Reserva, él la empujó hacia uno de los chorros que formaban arcos acuáticos cubriendo sus cabezas, emocionados con los reflectores de luz, ambos metiendo las

manos en los arcos para lanzarse el agua como niños; También vino la vez en que ella se asomó al salón del primero C mientras él esperaba desde el pupitre a los uniformados haciendo tareas, se acercó y le dejó en las manos un poema que le había compuesto, cuyas letras manejadas de su mano, le hicieron sentir un sabor a madurez y verano mezcladas en un solo cuerpo, y no pudo despedirse de él más que con una estrechada de manos por miedo a que los chiquillos de primero vieran cosas imprudentes; Finalmente le vino a la cabeza la ocasión en que, sentados en un banco de madera labrada, apreciando un grupito de niños dando vueltas en el centro de una alameda, ella le apretó las mejillas con dulzura como nunca sintió que se lo había hecho mujer, mirándole a los ojos y susurrando: *Te amo*. La letra de una canción de Grupo 5 pasaba por su mente, ¿Por qué tengo ahora estos recuerdos tan triviales? Todas esas imágenes, siempre con una Gerald sonriente, púdica, le hicieron analizar en cómo el amorío desequilibrado que vivieron los llevo a perder toda pulcritud; Tanto horror, tanta inconciencia, tanto condenado. Por fin bajó el rostro para verla: la muchacha tenía los párpados cerrados, tan dulce se veía con la carita blanca apegada a su pecho, silenciosa, drogada. Empezó a dudar; con todos los pensamientos de arrepentimiento y empatía que le apesadumbraban, deseaba hacerle algún bien y dejar de pensar —por lo menos por unas horas— en sí mismo y en su hambre de venganza, y la depresión de no volver a sentir —*¿Qué cosa?*— el ocio, los bailes, las canciones, sus rodillas, sus muslos, *su...* ¡Ya! Carajo, ya se había invertido mucho tiempo como para pensar en tirar la toalla justo ahora, en la penúltima etapa. Aquella voz estridente le persuadió a seguir. Dio tres pasos agigantados. Frenó de nuevo, los brazos, las piernas y el torso entero llevaban un temblorcillo que aumenta mientras más piensa. Miró al frente, la calle despejada. Volvió a avanzar, cruzó el umbral de la reja en la que terminaba el barrio quincineriano, giró en diagonal a la izquierda donde lo esperaba el carro azul, al costado de un terreno baldosado y con césped, con ciertos banquitos de concreto. Abrió la puerta trasera y acomodó a la chica durmiente en los asientos. Gira la vista, observa el tramo de la pista que va en subida, Tanto me he demorado en esa poca calle. Dejó a la adolescente con el cuerpo estirado y cerró la puerta. Acercó la muñeca izquierda y apretó el botón de la luz. Eran las tres. Frotó las palmas de las manos por los ojos y parte del rostro. La observaba recostada sobre su lado izquierdo. La pijama solo consistía en una camiseta rosada y un pantaloncillo plomo y delgado, y pensó nuevamente en que Esto pudo haber terminado mejor. Giró la vista a la derecha, un mísero pedazo de césped del terreno baldosado. Sacudió la cabeza y las manos para darse valor. Entró al vehículo y giró la llave. Trémulo, arrancó a gran velocidad.

## II

—Claro que esos sentimientos llegan cuando estás más hundido, para terminar de fregarte —Ricardo hablaba señalando hacia abajo con la vista. Tenía apariencia trasojada, como si no hubiera dormido la noche anterior. Gerald cruzó los brazos sobre la carpeta.

—Ya hasta hablas como filósofo... o, mejor dicho, pretendes hacerlo —respondió.

—Tú no tienes enamorado, ¿no, Gerald? —Stefany pregunta, dejó de maniobrar el lapicero azul y manoseó su barbilla.

—No.

—Geraldine es una intelectual, cualquier mequetrefe no estará a su altura —afirmó Ricardo palmeando la carpeta y sonriendo. Gerald permaneció serio.

—No es que sea sobrada, simplemente no me da la gana.

—Lo que pasa es que eres un poco alzada, Gerald, no lo niegues —dijo el compañero bromeando; abajo de su barbilla, se lucía el lapicero al lado de una letra mayúscula escrita en el cuaderno. Lo tomó, observó su cobertura negra.

—Que no soy alzada.

—Sí lo eres, se te nota en los ojos.

—Eres mal educado —reprendió Stefany—, no sabes expresarte con amabilidad a una chica.

—Soy directo, mujer.

—Te apuesto que nunca tuviste enamorada.

Gerald oprimió la punta con tinta haciendo el punto final al párrafo. Dejó caer al lapicero sobre el cuaderno.

—¿Tú crees en el amor? —Stefany le habló apoyando la cara sobre sus manos.

—Yo creo que ese... ese manojito de emociones... florece... en la juventud.

Stefany juntó los párpados.

—Oye, ¿qué te has fumado?

—Nada que te importe.

—No necesitas decir cosas elegantes a cada rato.

Gerald apoyó la nuca en sus manos, mirando hacia el techo. Los amoríos no la preocupaban, prefería pensar en su niñez, ¿Te acuerdas? Tu cabello era olitas diminutas, y tu mentecilla se preocupaba en juegos libres, caricias, ganarles las canicas a los niños, los malditos ponies que nunca te compraron, en vez de preocuparte en rellenar cuadernos, presentar tareas ineficaces, escuchar a tus compañeros hablar estupidez y media. Ella baja la vista para observarlos: sus palabras son ausentes a sus meditaciones, dos ojos masculinos hundidos arriba de pómulos redondos, casi una señal de depresión, una voz dulce; la compañera de al lado, robustita, lentuda, intercambiaba palabras como no lo hacía con muchos. Los uniformados de todo el sitio se prestaban a socializar; el profesor, estrábico de sus actividades, sentado en su pupitre, ojeaba un cuaderno y una hoja se caía para un lado, tenía cuadraditos rellenos de números diminutos, y Gerald se preguntaba de qué color eran esas notas, Más rojas que azules, de seguro. Giró la cabeza a la izquierda y miró a los demás; unos copiando la tarea de la pizarra, otros, tan ajenos al texto, intercambiaban frases y abrían grande la boca, tan profunda como un túnel, y los ojos, como si no pareciese que se están riendo de lo sucia que está la falda de una compañera, otro se burla señalando al alumno que apoyaba la cabeza y los brazos sobre la carpeta, muerto en sueños, delante de ella. Dejó caer los brazos a los costados.

Nunca hizo falta las presiones atolondradas ni los castigos risibles de ineficaces padres para que mantuvieras buena posición en los puntajes ¿no, Gerald? Eres de las muchachas que poco se

encuentra, y que poco se conoce, y con el soporte social de conversar con muchos y amistar solo con algunos cuantos. En sus pensamientos más comunes idealizaba que nadie podía negar lo atractivo y lo presentable de su fisionomía, un par de ventanas cristalinas con dos pelotitas negras brillosas, con apariencia de piedad, y en medio una nariz regular y lisa, como la tez blanca. De lejos, parecía que su rostro llevara una forma casi redonda, pero su mirada era de las que pronosticaban a la primera impresión un gesto de pureza, armoniosa con la personalidad esbelta que demostraba. Se acordó del consejo de alguien, que solo le hacía falta lentes para combinar lindura e intelectualidad, pero ella aborrecía la idea. “Las personas que usan lentes son muy intelectuales”. Gerald puso las cejas pesadas, ella conoció a personas de erudición que no necesitaron mejorar la apariencia con un par de vidrios, y lo confirmó al mirar a la derecha, en el grupo de cuatro carpetas más cercano a la puerta, El Duro lanzaba a sus compañeros repulsivas babosadas y mentadas de madre, llevaba puesto un par de ojos adicionales como apariencia de “intelecto”; también giró al sentido contrario para divisar, en el otro grupo, a la compañera que hoy se puso en la vista un par de lunas con monturas rosadas y pensaba lo mismo que sus compañeras le decían: “Se te ve lindo”, “Te asienta”. Gerald la miró bien, ¿te asienta?! No pudo evitar que salga un sonido risueño.

—Tonta— el pensamiento salió literalmente de su boca. Miró a su costado, Stefany escribía concentrada, no la escuchó, parece. Volvió a poner las manos tras la nuca, relajándola. Ricardo ha levantado la vista para verla. Ella percibe a su compañero por el rabillo del ojo, se formula la duda si le está viendo los pechos o si está mirando hacia otra dirección. Dirigió el iris hacia él, el muchacho bajó la mirada al cuaderno donde transcribía.

—Se ve que escribes muy rápido, Gerald. —Ella ha devuelto la vista al techo.

—Así es.

A dos carpetas de distancia, Jorge, un palillo alagado, torcido, con la piel de un matiz oscuro, la miraba de reojo a su izquierda. Jugaba con un D.N.I. ajeno en una mano, leía el apellido Castillo.

—Maldita —susurró entre dientes.

—Oye, tú sí te pasas. —Aurelio se acomodaba el cordón amarillo que se le caía del hombro. Estaba riendo.

—De qué cosa. —Angello le miraba con ojos vivos.

—Lo de hacer una de esas jugadas. Pero sería bacán, ¿no?

—Sí, pues, tenemos que hacerlo.

—Verdad, la profesora de historia dejó tarea ¿no? —dije yo.

—Creo que sí —dijo Aurelio, y siguió el tema-; pero no hay maestro más jodido que Paul. ¿Te contaron lo que hizo en el baño?

—En el baño pasa de todo. Claro.

—Él tiene tino para eso.

—Sí, ¿no?, ese huevón reventó una rata-blanca en el wáter, ya te imaginaras como salió la agüita marrón como volcán —dijo Angello, la risa se le salía atorada, y sus ojos se ponían más chinos. Los tres salíamos del salón después que la campana del recreo había sonado, ya medio salón había desaparecido. Nos íbamos al baño.

—A mí me han contado que dos años antes, uno de quinto se grabó cagando encima de una carpeta.

—¡Ja, ja, ja!

—Y fue en el salón donde estamos ahora.

Yo los escuchaba casi sin hablar mucho, el pasillo no tenía mucha gente que estorbaba el paso,

hasta llegar a donde queríamos. El baño tenía una reja nueva, observamos las losetas limpias y celestinas del lavadero de un lado, antes eran de un color blanco falso, porque parecían con manchas amarillentas de tanto uso. Cuando entramos los cuadritos de losa estaban tan nuevos que hasta reflejaban las caras. Se veían mejor a comparación de antes, cuando los baños de los hombres estaban en el segundo piso y no había ni puerta, un marco de fierros oxidados rodeaba la entrada, y algunos de los bloques donde estaban los inodoros no tenían ni puerta.

—Me gustaría hacer algo mejor que eso —dijo Angello mientras se acercaba a una puertilla y la abrió.

—¡Oigan, oigan, miren aquí! Angello ¿Te refieres a esto? —Aurelio señalaba el inodoro y nos acercamos a mirar. Al fondo de la tasa en medio de la agüita repugnante, había un DNI enmicado y con la cara de una chica en la parte frontal. Rieron más fuerte que antes.

—Ella no es....

—No jodas.

—Ella no es...

—¡Esa es Gerald! álaaa, esto es literalmente la predicción del futuro —dijo Angello.

—Pues, si sigue siendo como es —dijo Aurelio.

—¿Como “es”? —dije yo.

—¡Ah, perdón, Ricardo! no debí decirlo contigo aquí. —Aurelio me tocaba de un hombro y luego se tapaba la sonrisa con la mano.

En el recreo, ha llevado una silla cerca a la puerta, y sentada, observaba el desfile desorganizado de jóvenes de todas las clases y tamaños, y le distraen de sus pensamientos dos criaturas enanas que parecían saltar delante suyo a toda prisa como crías de chivo. Los nuevos que entraron a secundaria siguen pareciendo niños, ¿no?, y que feo, Gerald, estos mocosos parecen ser más vivos de lo que éramos el C en primero. Por andar correteando casi le arrancan los audífonos que están colgando del cierre de su casaca, que reproducen una canción a bajo volumen. Se los pone a los oídos. Entrelazadas como canasta, dos de sus compañeras van tomadas del brazo al quiosco, igualitas como la mayoría del colegio: las vastas de las faldas cuatro dedos más subidas de la rodilla, los cuellos de la camisa sin abotonar, bordeadas por una especie de culebras oscuras y largas, y los moños que no están detrás de la cabeza sino arriba en la coronilla, deformes, informales, sujetos con un colé de distintos colores, ¿De dónde salió esa moda tan lacra? Quizá nunca lo sepas, Gerald; para ti las vacaciones ya terminaron, fueron dos semanas pequeñísimas, solo una interrupción a diez meses de rutinarias enseñanzas, un pequeño viajecito a provincia, para visitar a los primos, unas cuantas vueltas a la Lima jodida, y de vuelta seis horas y media adentro de esta cazuela pintada de azul, casi todos los días, acompañada de chibolos excéntricos y estrábicos que se creen de lo mejor, aunque para algunos de ellos, las vacaciones nunca terminan. El timbre ha sonado y ella prefirió meterse sin comprarse algo para el estómago. El recreo duró veinte minutos y hacía falta cinco para que todas las cabezas dejen de chapar en los sitios oscuros, los hombres dejen la pelota y todo el mundo se encuentre en el aula. Los del quinto C entran más despacio, porque parece que el profesor de física no llega todavía.

—Y eso que él es puntual —ha dicho Saltachín—. Hoy toca física ¿no?

—¿Ya no te acuerdas? —le dijo El Duro— Mejor si no viene.

Ambos estiran las piernas por el pasillo, se alejan del salón, pero grande es su sorpresa al ver llegar a una mujer de contextura regular, de cabello corto color rubio artificial, y usando un par de ojos adicionales con monturas doradas y redondas como un reloj de péndulo.

—Mierda, allá está Elia.

—Ah, que pesada.

Apenas Elia pasaba encima del segmento elevado de concreto para seguir en el pasillo, los tipos regresaron a la puerta. La mujer venía acompañada del profesor Nestor Medrano —con la ropa deportiva que parecía ser siempre la misma— y del mismo palo corto que parecía de escoba, bañado en pintura blanca. Los que habían estado en la puerta entran anunciando,  
—¡La auxiliar, la auxiliar!

Los que estaban esparcidos corrían a sentarse en sus lugares, mientras que los que tenían audífonos se los quitaban y guardaban bajo la carpeta con el celular en una maniobra de tres segundos. La auxiliar y el docente entraron. Todos siguieron el protocolo instruido, se pusieron de pie. El hombre barbudo plantó los pies frente a la pizarra, anclando su delgado y ganchudo cuerpo a la vista de los estudiantes y les mando que se sentasen. Comenzó a explicar, con una tonalidad de voz nunca usada, que solo pasaba para hablarles una última vez. Gran parte de las cabezas voltearon para verlo sin entender aun lo que pasaba. Las explicaciones siguieron y los alumnos, algo sentimentales —como poco andan—, comenzaron a entender.

—La universidad está en Arequipa, y el contrato es indefinido. Esta es una gran oportunidad para mi progreso laboral, y... ustedes saben, chicos...el viejo dicho: “Por mi mejoría hasta mi casa dejaría” —hubo risas entre los alumnos—. Un profesor vendrá en mi reemplazo. Me toca ahora una ardua labor, y... y no podía partir sin despedirme de ustedes. Bueno, este humilde servidor les dice hasta pronto. Muchas gracias por la oportunidad. Cuídense muchachos.

—Denle un fuerte aplauso a su profesor— dijo la auxiliar Elia. Los alumnos obedecieron y se pusieron de pie. Algunos uniformados se dignaron a susurrar un “gracias” y otro “gracias, profesor”, pensando que él les oiga, a medida que el docente agitaba en el aire la mano izquierda y cruzaba el umbral de la puerta.

—Ya me había acostumbrado con el profe —comentó Stefany, mirando a la salida—. Está guapo ¿cierto?

—Más o menos —respondió Gerald—. Qué pereza tener que conocer a otro profesor, es como empezar de nuevo.

—No creo que llegue pronto. —Los alumnos en masas se sentaron.

—Tampoco yo —afirmó su compañera, y abrió el cuaderno de historia—, justo se va en mitad de año.

### III

Desde el pupitre, el profesor Chara hablaba de sus aventuras de niño, de sus proezas de joven, de la crisis de los ochenta, de todo menos de la clase. Amodorrado en su sitio, Ricardo se sostenía un pómulo. De vez en cuando miraba a su lado, Gerald luchaba para mantener la cabeza en alto, estaba encorvada y sus ojos estaban a punto de ceder como una cortina, igual que toda la cabeza. Ahora Ricardo está mirando al profesor, un hombre sesentón, una vida de piel mulata, chocolata, y se preguntó qué tontería era eso del marxismo. Después dejó a los alumnos que resuman —por no decirles que transcribieran— tres páginas del libro, mientras que cruzaba los brazos y dormitaba sentado al pupitre. Se oían ciertos murmullos, a algunos de los uniformados les daba la impresión de que su manera de dormir era comparable, gratificante y tan contagiosa, a la de un recién nacido. Luego sonó la campana del cambio de curso, una chica que estaba sentada cerca le despertó y le indicó que había sonado. El profesor se incorporó, se sacudió el sueño, dejó el resto de las páginas como tarea, metió el cuaderno en el portafolio y se dio a la fuga. Como todas las veces que el salón quedaba desierto de autoridad, muchos de los uniformados se levantaban de sus sillas para salir, se dispersaban y se agrupaban a la puerta del salón, hasta encontrar un obstáculo que impedía su propósito común: Aferrado al marco metálico, de pies y manos, como una estrella humanoide, Aurelio resguardaba la puerta para evitar la fuga de sus compañeros. Ellos miraban la piel trigueña de su rostro, brillaba como una canica.

—Sal, mierda. —Angello lanzó la frase tirando la mano para un lado.

—La tuya.

—Sal, Aurelio. —Intervino Nicol.

—¿Cómo?

—Que salgas.

—Y por qué.

—Porque te lo digo yo.

—Y qué autoridad tienes tú.

—¡Sal, huevón! Los chicos no se esforzaron mucho al agarrarlo de los brazos y quitarlo del camino, lanzando su cuerpo para un costado. El pobre brigadier chocó contra la pizarra, se desplomó al suelo mientras escuchaba las risas pendencieras. Aurelio se levantaba esbozando una sonrisa y sacudiéndose el pantalón y el cordón que pretendía conservar siempre impecable, sentía un diminuto hincón en la espalda, casi a la altura de un riñón. Gerald, en su sitio, sacaba el teléfono celular y sus audífonos para relajarse. Se oyeron altas voces en la entrada. Aurelio miró afuera, desde el fondo del pasillo se acercaba un joven vestido con ropa deportiva y con un saco en la mano que parecía estar relleno de pelotas.

—Creo que viene para acá —susurró Angello.

—Sí, ya viene.

Todos se apelotonaron entre las carpetas más cercanas de la entrada para regresar a sus sitios tan pronto como se habían dispuesto a salir. Apenas Aurelio se acercó a su silla, en el grupo lateral de donde Gerald estaba, el joven desconocido entró al salón y cerró la puerta. Avanzó hasta el pupitre y acomodó el costal de pelotas en un rincón y un folder en la silla. Los alumnos pensaron que se trataba de un chico del ministerio, de alguna universidad o academia, o por último caso alguien que ofrecería algo. Se pusieron de pie y saludaron al unísono. Lo que no previnieron era que el joven avanzara poniéndose en medio de la pizarra acrílica. Con la tez clara pero lisa, los ojos muy redondos, contextura delgada, pero del mismo tamaño que el alumno más alto del salón, a los escolares les pareció tratar con uno más de ellos. Uno que otro murmullo se

compartió.

—Buenas tardes. Mis amigos, mi nombre es Francisco Sánchez —dio media vuelta, escribió su nombre en la pizarra—, y soy licenciado en educación física. Me dijeron que llevarían este tema en estos últimos meses, y... —miró al suelo tratando de formar palabras, levantó la vista... déjenme decirles que la pasaremos muy bien.

—Es guapo. —Ricardo escuchó el comentario por el lado derecho, pero cuando dio la vuelta no identificó la voz. Al frente, dos chicas del otro grupo se susurraban al oído. Otras risitas coquetas le animaron a mirar en torno al salón, y no eran unas cuantas: muchas risitas de chicas que cuchicheaban y aumentaban de volumen segundo a segundo. Hizo las cejas pesadas. El profesor notó la inquietud de los jóvenes.

—Bien. Creo que debemos soltarnos un poco... Para que no me vean como un desconocido, y para no verlos a ustedes igual, me gustaría que cada uno se ponga de pie, diga su nombre, su edad, algo que le guste hacer y qué estudiará después del colegio.

Los murmullos se convirtieron en risas que se dejaron escuchar. La clásica, pensó Ricardo, se sintió incómodo por las risitas, era tan evidente el rostro alargado y esbelto del profesor como lo era el morbo de las chicas. El grupo más cercano a la puerta comenzó primero.

—Mi nombre es Angello...y tengo diecisiete. —Dicho esto, se sentó con el rostro abochornado. Ricardo, mirándole, esbozó una leve sonrisa.

—Y, sobre lo que te gusta...

—Ah —se puso de pie otra vez, miraba de reojo al profesor y a otros puntos indetectables— me gusta... escuchar música y hacer deporte.

El chico de al lado se puso de pie.

—Me llamo Raúl... ¿uh?...Calla, bestia —se dirigió a uno del grupo—, tengo dieciocho años, y... me gusta jugar fútbol.

—Eso haces en tus ratos libres.

—Sí.

—Y vas a estudiar...

—Eh, administración...

Dos varones después, le tocó a la compañera que se encontraba en la esquina del otro grupo. Se levantó, robusta y bajita, mirando al profesor directo a los ojos. Con el par vidrios como vista adicional, su mirada inspiraba seguridad.

—Bueno, mi nombre, soy...

—¿¿Qué?! ¿¿Eres tu nombre?! —dijo uno del grupo primero. Carcajearon de nuevo.

—Soy Stefany, tengo dieciséis años, me gusta escuchar música y ver videos de YouTube. Voy a estudiar Arquitectura.

—Para hacer planos.

—Exacto.

—Gracias, Stefany.

—Mi nombre es Geraldine, pero puede llamarme Gerald, tengo dieciséis años, y voy a estudiar ciencias de la comunicación.

—Ya veo —replicó el profesor— y... sobre lo que te gusta...

—Ah... Me encanta... salir a correr, leer, especialmente la poesía.

—Wo —el profesor la observó detenidamente—, a mí también me gustan los poemas. Qué autores te gustan más.

—Bueno, eh —afinó un tono de elegancia— me encantan los poemas de Neruda, Baudelaire, Rimbaud... esos.

—Wo, se nota que sabes bastante.

Gerald sonrió. Al profesor le encantó aquella respuesta sin sonido. Los demás escolares repitieron el mismo procedimiento, entre burlas de rostros cansados y habladurías de futuros ficticios. Toda cabeza siguió el protocolo levantándose, respondiendo y volviéndose a sentar, todos salvo Tocto, cuyo nombre era Elva, pero siempre le llamaban por el apellido. Luego de decir su información, sintió que alguien le codeaba y permaneció de pie un instante, la compañera de al lado le decía algo al oído.

—Profesor, una consulta. —dijo Tocto.

—Dime.

—Acá tenemos una curiosidad, ¿Cuántos años tiene?

—¿Yo?

—Sí.

El profesor Francisco no apartó la mirada de Elva, pero se percató desde el rabillo de la vista cómo el noventa por ciento de todas las cabezas le plantaban la mirada. Dudó un segundo.

—Tengo veintiséis.

Después que todos hubieron participado, el profesor invitó a los escolares hacer una fila ordenada para salir al patio, invitación que se vio ofuscada por el tumulto que se formó cuando cerraron de golpe sus cuadernos, se levantaron y se apresuraron. El Duro, que se había vuelto a dormir, despertó y levantó su rostro, se apoyó de su cuaderno y se le resbaló para un lado sin notarlo. Gerald lo observó y esquivó el rostro haciendo un gesto de desagrado. La mayoría se apalancaron hacia la puerta como presos con la celda abierta.

Primero vinieron los calentamientos. Todos ordenados, dos filas juntas en una esquina de la cancha de gras y a darle. Cuatro vueltas alrededor de la cancha y los primeros de la fila frenaron en seco al terminar la rutina, haciendo que los de atrás los empujaran por la espalda. Algunos se lanzaron al gras haciendo que los cúmulos negros del plástico saltaran en varias direcciones, raspándose la piel expuesta.

—Ese profesor como que es demasiado joven— murmuró Yaricsa, un par de piernas delgadas y largas.

—Sí, parece uno de nosotros —le responde Gerald, estirando el cuello para los lados.

—No, se ve que es joven pero no tanto. El otro era más bajo, pero este está más presentable.

—Está pasable.

—Aunque quizá el otro sepa más.

—Por lo mismo de su experiencia.

El profesor reunió a los alumnos en el centro de la cancha. Desató una pequeña cuerda que sostenía los bordes de su saco. Comenzó a mostrarles una cuerda, una cinta y una pelota de un color cristalino sin sentido. Unos pocos le hicieron preguntas y terminó divagando y alternando la enseñanza, buscaba algo con qué arrancarle las caras neutras y empiecen a entrar en gracia. Uno de los alumnos husmeó el saco para encontrar algo que no vio antes.

—Profe, ¿Qué es esto? —El Duro sacó de la bolsa dos palos delgados hechos de caucho que llevaban una especie de mazo de martillo adherido al cuerpo.

—Estas son las mazas. Son objetos muy usados en la gimnasia rítmica.

—Parecen para béisbol.

—No, su uso es diferente. La verdad es toda una disciplina en la gimnasia rítmica.

—No le veo la gracia, profe.

—Yo sí se de ellas —Gerald intervino, se dirigió al profesor— ¿Usted nos va a enseñar gimnasia rítmica?

—Espero que sí, como ya vamos a acabar el año...

—Es muy bonito.

—Quizá enseñe un poco de este tema.

El último tema que presentó, y con el que pretendió congeniar con ellos, fue un repaso de Futsall. El profesor formó equipos de dos. A cada equipo le dio una pelota e, invitando a un alumno como modelo, comenzó a demostrar los pasos básicos del susodicho deporte. Las filas se extendían en dos hileras al lado del campo. En otra parte, el profesor avanzaba paralelamente con el alumno y comenzaba a pasarle la pelota con la pierna derecha. El alumno la detuvo con el pie izquierdo y, sin dejar de avanzar, la devolvió con otro pase con el pie contrario. Ninguno de los dos paró hasta llegar al otro lado de la cancha. Los demás jóvenes observaban. El profesor mandó y ellos comenzaron a tomar gran parte de la cancha y practicar los mismos pases que se enseñaron. Después de unos minutos, todos se formaron en dos filas contraídas. Quedó vacío un largo estrecho de gras. Pareja por pareja, los jóvenes corrieron y demostraron como les había salido las prácticas. El profesor trató de reconocerlos cabeza por cabeza, repasaba sus nombres en los movimientos de sus labios, el de los lentes, el futuro periodista, la administradora, Gerald y Ricardo se prestaban para salir.

—¿Tú crees que esto sea deportivo?

—Lo es más que entrenar la mente leyendo libros de sabiondos.

—Je, malvada.

—Es la verdad, bro' —le sonrió con mirada obvia—, creo que la filosofía es una pérdida de tiempo.

El profesor se puso el silbato en la boca y pitó. A medida que se practicaban los pases, se fijaba en la brillantez del muchacho con los pases y la torpeza de la chica con la pelota. Recordó que era la chica que le encantan las poesías. Al observarla mejor, se dio cuenta de oportunos detalles providenciales: Gerald, un cuerpo de proporciones bien dispuestas, de longitudes aceptables, una cara bonita, era una de las atractivas del salón, No es tan notorio a la vista común, pero si se le suelta el cabello y se le ve con la ropa usual, con la que tal vez anda más seguido, se vería... impresionante. Después de cuarenta y cinco minutos, que equivalían a una hora pedagógica, el profesor soltó la invitación que los alumnos esperaban desde la una.

—Bien chicos, esta es la hora libre, organicense para jugar... —disminuyó el volumen de la voz—, o a hacer lo que quieran.

Los varones se abrieron paso, cogieron la última pelota que se había utilizado e invadieron la segunda cancha. Las mujeres, aún más calmadas y con un balón distinto, tomaban el lado opuesto doblando luego a la derecha, por los nuevos baños de los varones, hacia la cancha pavimentada que no había cambiado nada más que los pies que la usan. Un grupillo, cuyos integrantes no se acordaba el nombre, se fueron como yendo hacia los baños, desapareciendo en las escaleras que servían también como columnas. El profesor Francisco se estiró el cuello desde donde estaba parado, observando cómo los alumnos se dispersaban como chivos saltando fuera del corral. Giró la cabeza en círculos, pensaba en su casa. Por el rabillo del ojo se percató de Yaricsa y Stefany que se acercaban, con Gerald detrás, y fingió mirar al frente. Gerald dobló las rodillas para atarse las cuerdas de las zapatillas y la quedó observando. Yaricsa giró la vista desde adelante.

—Gerald, ¿vas con nosotras a jugar?

—No, yo voy para la biblioteca. —Se levantó.

—¿No vas al vóley con tus compañeras? —preguntó el profesor. Las compañeras siguieron de largo.

—No, prefiero ir a leer —iba a pasar de largo, pero el profesor siguió.

—Eso es bueno, en estos días es raro ver a una chica o a un chico leyendo un buen rato — Gerald denotó un resquicio de sonrisa.

—Usted dijo que también le gustaban las poesías.

—A mí también me encanta Neruda y Rimbaud, ¿desde hace cuánto que te gustan esos poemas?

—A mí me gustan desde que me dejaron un trabajo de Cesar Vallejo para exponer, en tercero.

—Uno que me encantan sus poesías es García Lorca ¿leíste los poemas de García Lorca?

—¿Federico?

—Sí.

—No, la verdad no sabía que tenía poemas, toda la vida pensé que era dramaturgo.

—El colegio solo enseña eso, siempre es bueno investigar uno mismo, aparte.

—Hace poco estaba leyendo un drama que escribió Vargas Llosa.

—Ahm, lo prefiero como novelista. Wo, se nota que te gusta ese... ese ambiente de los...

—Sí —le sonrió—, aunque por eso me han dicho de todo, especialmente anticuada, cuando ven que no juego con mis amigas, sino leo, pero a mí me gusta, me parecen más... enriquecedor.

—Sí, es la verdad —él miró a la cancha.

—No sé si usted habrá escuchado de Julio Cortázar.

—Cortázar, el escritor de...

—Rayuela— dijeron ambos al unísono.

Él dejó de divagar en las imágenes triviales de su casa. Ambos sintieron una intersección invisible, pero innegable, que en ese punto de la conversa hizo entrelazar sus focos de atención genuinamente. Los varones del quinto C alargaban las piernas, asentaban los pies en un terreno artificial en dos largos sentidos, sudados, excitados, condensada su atención en la pelota que parecía saltar de pie en pie. Uno de ellos se resbalaba y mierdeaba, los túbulos granosos negros subían hasta su cara, le caía en los párpados, al igual que el espectáculo de partículas que se restregaban en toda la cancha por los recorridos de las zapatillas, por las caras brillosas como de cera, inquietas a la par que pasadas mirando a las piernas ajenas, sus ropas húmedas, ausentes de cómo Gerald cruzaba los pies con un balance; Francisco, el profesor, se había apoyado a la red que guarnecía la cancha como un prisma rectangular. Se intercambiaban información sobre los sonetos sangrantes de Neruda, los dolores arenosos de Vallejo, la canción de Mistral y las palabras sencillas y resabiadas de Bécquer. Francisco se sintió agradecido con Carlos Fuentes y Jorge Luis Borges por inspirar datos de encanto a la juventud durante generaciones, como es el caso de la chica que tenía delante, quien sonreía plácidamente al conversar de sus emociones encontradas en autores cuyas obras Francisco aún no había degustado tanto. A ella le encantó las descripciones que él le daba sobre los cuentos horribles de Stephen King y los misterios melancólicos con psicología criminalística de Allan Poe, los narradores favoritos del profesor.

—Yo estaba buscando en internet el libro... Cómo se llama...

—¿De qué se trata?

—Es romántico, a ver... se desarrolla durante una revolución en Europa... es un cuento.

—¿Te acuerdas del autor?

—No, pero... es francés, muy conocido... empieza con... Vania, Vania, Vanina...

—Vanina Vanini.

— ¡Sí!

—Stendhal.

— ¡Sí! Ese —Gerald pareció saltar en un instante, en sus labios se formaba una sonrisa reluciente. Francisco sentía que rejuvenecía diez años.

—Yo tengo ese cuento en mi celular.

—¿De verdad?, lo había leído una parte pero el libro era de mi prima que estaba de visita y se lo tuve que devolver.

—Es un gran cuento, si quieres te lo paso.

—Me harías un gran favor, perdón, me haría un gran favor. —Francisco abrió el cierre del bolsillo izquierdo de la casaca, sacó el celular y tecleó la pantalla.

—Dame tu número.

—Eh, ¿mi número?

—Sí.

La adolescente dejó de hablar. Miró al gras revestido de verde artificial, sintió en algún resquicio de su conciencia que no era bueno ligar una forma de contacto, quizá imprudente, porque apenas conoce al profesor nuevo, aunque también se propuso la idea de que le podría dar el número solo para que le enviara el texto.

—Noventa y cuatro, veinticinco...

## IV

Doblaba la blusa del colegio recién lavada y abrió el cajón del ropero. Sintió comezón en la cabeza. Cuando se rascó, giró el rostro autómatamente y miró el reloj del cuarto, eran las ocho. Recordó la escena que vio apenas vino del colegio.

—No vuelvas a agarrar el tazón, ¿me entendiste! —Edith, su madre, discutía con el hijo menor solo por una raya que se había formado en el tazón recién comprado. Tras recibir una cachetada que le sacudió la cabeza, el pobre Miguel se apegó al borde de la espalda del sillón grande. Derramaba lágrimas y gemía bajito, su madre se dirigía a la cocina dándole la espalda a Gerald. La muchacha disolvió al instante la sonrisa que traía del colegio. Pellizcaba suavemente la blusa en sus manos. Sacudió levemente los hombros y la cabeza. Está así porque Mauro no la quiere ni tocar, pensó al tiempo que guardaba la prenda en el cajón. Dio algunos pasos hacia atrás para lanzarse en su cama. Vino a su mente la conversación que tuvo con el profesor de física. Si hubiera alguien con quien conversar así, por lo menos una vez al día, todos los días fuera más soportables. Una se sentiría más... El sonido de notificación interrumpió sus ideas. Se levantó hacia la mesa pequeña y cogió el celular. Era el profesor que le escribía.

—*Buenas noches*

—*Buenas noches :)*

—*Aquí está el cuento que me pediste* —El link llevaba una imagen que ella reconoció, esbozó una sonrisa.

—*Muchísimas gracias!*

—*Cómo estás?*

—*Bien, bien :)*

*y ¿usted?*

—*Bien. Estaba ojeando mi biblioteca y encontré un libro de Borges*

—*Me fascina ese autor* —levantó el ceño, era la primera conversación en chat en la que le respondían con una ortografía correcta— *se lo recomiendo mucho*

—*Te gusta el realismo, ¿cierto?*

—*Se refiere a los libros*

—*Sí*

—*Sí, aunque hay cuentos surrealistas que me gustan*

—*Por eso conocías a Cortázar*

—*Claro*

—*Ha leído Rayuela?*

—*Solo unas cuantas páginas, las repasaba en una biblioteca*

—*Yo tengo el libro*

—*Qué fortuna la suya*

—*Aquí está uno de mis capítulos favoritos* —Envió una foto del capítulo 71.

Por ratos entre la conversación, el profesor desviaba inconscientemente la mirada del celular con una sonrisa radiante, mientras divisaba las paredes revestidas de verde que lo rodeaban, y la otra cama que estaba al lado de donde estaba echado. A la par que le preguntaba a la menor sobre su familia, sus conocimientos, los gustos que arrastraba desde la primaria, el tipo recordaba su rostro, pudo observarle las facciones, la tez clara, limpia. Comenzó a pedir información y orientación sobre ciertos de sus compañeros y ciertas costumbres que se vivían en la institución educativa en que laboraba y en la que era relativamente nuevo. Una imagen vino a su mente: cuando Gerald trataba de pasar de un salto los triángulos acolchonados que formaban una especie

de pirámide armable, en la cancha del colegio. Entonces la observó de pies a cabeza, incluso repitió el movimiento literal de los ojos, de arriba hacia abajo, No está nada mal, pensó.

La silueta de una muchacha pasaba por la puerta de la habitación, también aparentaba la segunda década de edad y tenía el semblante soñoliento. Lanzó una petición que el profesor tomó como una orden. Irguió la columna mientras miraba la pantalla del celular. Se fijó en la hora, diez para las once. Pensaba en lo que sería más apropiado y lo que lo haría quedar mejor.

—*Bueno creo que ya es un poco tarde*

—*Sí, tiene razón*

—*Nos vemos el martes*

*Que tengas un buen fin de semana*

—*Igualmente*

*Y una vez más*

*Muchas gracias por el link*

—*No te preocupes*

*Que descanses*

—*Gracias*

*Hasta luego*

Se le cruzó que como agradecimiento un beso estaría excelente. Esbozó una sonrisa de picardía cuando lo pensó. Luego identificó la idea como un pensamiento fuera de lugar, sacudió su cabeza y apagó la pantalla del celular. Lo que no pudo apagar fueron las imágenes de su cabeza, que se interponían una sobre otra a medida que terminaba los quehaceres de la rutina: algunas facciones de su rostro agraciado, cuando se ponía la ropa limpia después de bañarse, porque le era complicado recordar perfectamente un rostro entero cuando recién lo conoce; su voz femenina diciendo una frase que atrapó en el aire, cuando se fue a cepillar los dientes; Tampoco se despegababa de ella aunque arropó su cuerpo echado bajo la frazada azul delgada, en la oscuridad de su cuarto. Por un instante se olvidó dónde estaba, tampoco se acordó si tuviera que dormir a su lado otra persona o si vivía solo. Solo tenía la imagen de Gerald en su cabeza y la mejilla derecha recostada a la almohada. El corazón seguía latiendo sin anomalía. Meditaba en que aquel retrato en su memoria no venía con sentimientos, solo era una imagen muda que se difuminaba en la oscuridad de sus párpados, y que se iba al venir el sueño. Concluyó que es uno de esos pensamientos que inventa la mente cuando esta ociosa de actividades productivas. Con ese vacío, el cansancio le venció.

A dónde se fue mi inocencia, carajo. Vivíamos felices siendo ignorantes, Angello, Alexis, Jairo, Aurelio, Vitucho el negro, que ya se cambió de colegio, todos los días era jodiéndonos entre nosotros. Recuerdo cuando Víctor se inventó eso de decir a cada rato ¡Siiii, Ricardo, quién eres!, ¡Sí, Jairo, Quién eres! Tampoco se me olvida las veces que salíamos del colegio y nos veníamos para mi casa, y jugábamos Need for Speed en la compu, veíamos Dragon Ball o yo les mostraba el álbum reciente que salía en las librerías y le rogaba a mi papá que me diese veinte soles para comprarme un paquetón de figuritas. Se metían en el baño para lavarse todos juntos, y Vitucho ancheaba los labios para afuera y cantaba Ven que te necesito, te necesito te necesito, y todos les seguían, no quiero que tú te vayas, y yo sabía que dejarían el baño sucio, ¡Te quiero hacer el amorrrr!, Cállate, que afuera se escucha, decía uno, y luego se calmaban, se peinaban y salían. De vez en cuando unas cosas de ese otro tema. Cuando en el colegio me sentaba con Jairo y él me decía Oye, Lorena me está mirando desde hace rato, y yo había notado que no lo miraba a él sino a mí. Y en hora de la salida Alexis me advirtió, A Lorena solo le gustas por un rato, un día quiere estar contigo y tres días después se aleja de ti y no te habla, te dice que algo no anda bien, se

aburre y se va. Y yo ni por la frente se me pasaba estar con ella, y qué podía esperar del rata de Alexis que fue él el que quería estar con ella.

Pero todas esas tonterías a la que nos dedicábamos se fueron, ¿por qué? Para mí era como un misterio en ese momento, pero Alexis de la nada comenzaba a vestirse más limpio, cuidaba más su ropa, andaba más cerca de las chicas y hasta ya no nos acompañaba a la salida, y después nos enteramos que salía con Rosario. Después de unas semanas Jairo andaba regalando peluches a una chica del salón de al lado, y todos lo fastidiaban. Yo no comprendía —o no quería comprender— lo que pasaba con ellos, por qué se molestaban de esa manera, y por qué Jairo se ponía rojito como un tomate cuando le hacían recordar a María Elena. Todo eso lo entendí al año siguiente: Gerald llegó y fue un día a comienzos del segundo año, cuando sentí algo adentro que solo me daba ganas de pasar rato con ella. Uno de esos días la vi a hora de recreo quitándole la cáscara a una mandarina, de perfil, apoyada en la puerta del salón con una rodilla adelantada, y alguien puso una canción de Chayanne y yo escuchaba, y Víctor me hartaba con su canto, Ven que te necesito, y Chayanne *Mira lo que has hecho que he caído preso*, y Víctor No quiero que tú te vayas, y Chayanne *y en un agujero de tu corazón*, y Víctor ¡te quiero hacer el amorrrr!, ¡Ya calla, bestia! le dije, déjame escuchar la canción que está sonando. Cuando volví a verla, ella sonrió y volteó, parece que me había escuchado. Sentí un fuego en mi cuerpo que hasta ahora no puedo explicar. Y ahora era yo el que dejaba una etapa para un lado.

Podemos ser burlones y todo lo que queramos, pero siempre llegan esos momentos que nos hacen parar de reír, nos sientan de golpe y nos ponen a pensar.

## V

Lunes. Ricardo batallaba contra el sueño, escuchaba a la profesora Rosa explicar el descuartizamiento del comendador de Calatrava. También hablaba sobre el esclavo Arana, muerto de un balazo en el colegio militar y los barrios pobres de Chosica que visitó Julius. Literatura, ese era un problema de cada año. En medio del aburrimiento, hasta se cansaba de girar la vista para mirar a Gerald atenta a la clase, y se preguntó como los que se preguntan si el amor que sienten por una chica es de los que se opacan cuando se va conociendo sus verdaderas intenciones, o se adormecen, quizá, cuando se ven frustrados por una ristra de aburrimientos. Ristra, esta palabra la aprendiste de ella, ¿no? Por un momento se sintió tentado a rayar la carpeta con un lapicero azul que tenía en la mano, y se asombró un poquito cuando de verdad quiso corresponder a esa idea. Sonó el timbre y la profesora se había tirado una hora hablando de eso con el libro abierto. Mandó que fueran a la página siguiente y se fijaran en las preguntas.

—Tienen media hora para resolver las cuatro primeras, ya se pasarían de conchanes si no lo hacen.

Después de explicarlo, calló y empezó a ojear el registro sentada al pupitre. Era robusta, de ojos pequeños y dominantes, uno de ellos se abría y cerraba sin que ella se diera cuenta.

—Lo vamos a terminar rápido —ha dicho Ricardo. Gerald apuntaba las preguntas del libro, la página lucía líneas de matices azules, casi iguales a los uniformes que vestían.

—Oye y ¿ya descubriste quién fue el que botó tu DNI en el baño? —continuó Ricardo.

Gerald dio un jadeo de burla.

—La porquería de Jorge.

—¿Qué? ¿Moquillaza?

—¿Qué otro Jorge tenemos en el salón?

—Pero... ¿por qué?

Ella respiró fuerte, pasó la vista alrededor, todos los uniformados hacían la tarea, hablaban, y Jorge conversaba en el grupo de al frente apoyando sus brazos en la silla de una compañera.

—Fue una tontería.

Se encontraba saliendo del salón para el pabellón de al frente, una elevación de varios salones de primera y segunda planta. Había cruzado la cancha pavimentada rodeada de alumnos que correteaban, encontró el muro del colegio a un pie separado de la esquina donde terminaba la pared del pabellón, se adentró por el espacio estrecho. Dentro, un terreno vacío de concreto, y en medio un círculo de tierra sin sentido. Al frente, un bloque de color celeste claro como las paredes, eran los baños de primaria cuyos retretes llegaban a la mitad de altura de los comunes. Al lado derecho se extendía la vereda y las puertas traseras de las aulas, y sentada frente a una de ellas, abrió un libro de poemas y leía. No había calculado el tiempo que llevaba, cuando una voz insegura, escurridiza, le habló a su izquierda.

—Gerald —Ella volvió el rostro.

—Jorge.

—¿Qué lees?

—Un libro de poemas.

—Ah, ya... —Ella regresó la vista al libro.

—Y qué tal está —él se sentó a su lado.

—¿El libro?

—Ajá.

—A mí me gusta mucho.

—Ah, ya... —Jorge miraba las páginas opacas de un marfileño bajo—. Son románticos.

—Ajá... —ella le miró y regresó la vista al libro— Y... qué haces aquí.

—¿Yo?... nada... aquí, mirando. —Observaba lo opaco del suelo, como tratando de entrar a cierto tema específico, buscando atrapar en la tierra del sitio, o en los muros, algo de valentía para explicarle. Gerald le miraba de reojo, intuyendo lo que ya se venía.

—Eh... tengo algo que decirte.

—¿Es algo urgente?

—S-S-Si... p-pero n-no, o sea, más o menos. —Ella miró más arriba de las páginas, pensaba en cómo zafarse. Cerró el libro con fuerza, lo dejó en su regazo, con las piernas extendidas hacia el suelo.

—A ver, te escucho. —Permaneció con las manos reposando y con la mirada puesta en su compañero, luciendo frivolidad en las facciones del rostro. Había pensado en ayudarlo a decir su mensaje para gozar libertad cuanto antes, y por eso cerró el libro, sin pensar que eso le dio más nervios.

—Q-Q-Quería decirte que... o sea... tú, tú sabes que... —sintió el rubor de su propio rostro, ella le observaba detenidamente, sus párpados se le contraían, y eso lo ofusco peor, aunque viéndola así sería, era más radiante.

—Qué cosa.

—Gerald... no sé si tu habrás notado que... durante estos últimos días he estado... n-n-no sé, algo distraído.

—Tú siempre andas distraído —respondió, levantando una ceja— *además, no espero notarlo, no estoy al pendiente de ti* —atinó en el pensamiento.

—Sí, ya pero... no... o sea... ah...

—Qué pasa.

—¡Ya!, Gerald... —ella abrió grandemente los ojos, alejó el rostro disimuladamente— Bien, Gerald, me m-me g-gustas... ¿okey? Me gustas... —extendió los brazos para los costados, a la muchacha le pareció que hacía eso para tomar fuerza, así como las palomas cogen impulso.

—Okeey...

—Y yo d-deseo, tú sabes... p-para estar...tú y yo... Tú, Tú lo sabes Gerald... eres mi amor y...y... y mi adoración y todo eso, la verdad es que no he dejado de pensar en ti todo este tiempo, y...

—Y por eso me friegas todos los días.

—No, n-no es por eso, mira...

—Y por eso te comes los panes que traigo de mi casa y me rayas los cuadernos y me dices dálmata cada vez que se te antoja.

—O sea... debes entenderlo, es una ma-manera de estar c-cerca d-de ti. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo —*ridículo*, pensó ella—.

—Entonces...-comenzó a sudar frío. Se sobaba las manos adornadas de llagas que se formaron de tanto ser arquero en el fútbol. Enrojeció. Ella pudo verle los ojos caídos, la sonrisa particular de pendenciero, mal escondida, todo jodido.

—Okey, mira...Jorge, aprecio tus sentimientos, pero... —el tipo comenzó a acercarse poco a poco, Gerald tomó el libro, se puso de pie— de verdad lo aprecio, pero yo no... —él también se puso de pie— Tú no me... o sea... sabes lo que te quiero decir, ¿cierto?

—Ah...

—Tú no me... aprecio lo que sientes, pero... no es lo mismo que yo... si te digo que sí, sería... sería mentirte... tú me entiendes.

—Ah... —su tono era suave, y su expresión se deformó como un globo reventado.

—Sí, no quiero hacerte sentir mal, pero por favor... o sea, mejor dejémoslo así, ¿te parece?

—Ya. Está bien. —Ya para entonces la redentora campana del recreo sonó, señalando el final de la lucha.

—Ahora voy a comprar mi lonchera porque no he comido. Mira, ya se acabó el recreo, nos vemos en el salón.

—Y lo dejaste y te viniste. —Ricardo sostuvo una sien en una mano. No había escrito nada de las preguntas.

—Exacto.

—Pero... para decirte eso, te habrá estado mandando algún otro indicio.

—Cómo así.

—Quiero decir, antes de eso, porque no creo que te halla agarrado de sorpresa, el habrá tenido que llamar tu atención. —Cogió un lapicero, escribía.

De hecho, todos los días buscaba algún encuentro casual con Gerald, ella no se puso a pensar en sus sentimientos cuando de vez en cuando le invitaba alguna galleta que él llevaba en la mano, en el recreo, o las veces que no entendía un ejercicio, aunque estaba Aurelio cerca de él, prefería caminar hasta ella para pedirle ayuda.

—Eso pasó la semana pasada.

—El jueves.

—Quieres decir que... el agarró tu DNI solo porque le hiciste pasar un roche.

—Yo no le hice pasar nada, él solito se metió en un hueco. Pero...

—Pero, que... ¡Qué tonto eso! yo no me vengaría de una manera tan... estúpida, con una chica.

—Querrás decir malévola, porque tuve que remojar el DNI en detergente y luego en cloro, y no sé qué clase de vainas comen ustedes y botan en el baño, que ni con eso salió el olor.

—¿Qué? Ja, que exagerada.

Ella rio.

—Mentira. Pero no creo que ahora me vuelva a fastidiar.

—Al contrario, ya que le hiciste eso, quizá te joda peor.

—Si lo hace, voy a decirle a la auxiliar para que lo chequee, porque no soy la única a la que él molesta.

—Mejor dile a Aurelio.

—¡No!, peor todavía. La otra vez que Jorge se llevó el pan con lomo saltado que traje, y le dije en voz alta a Aurelio que ponga orden en el salón, Aurelio se levantó molesto, fue al sitio de Jorge y le arranchó el pan de la mesa y me lo devolvió; luego vino Jorge y le dio un lapo en su cabeza, y ¡que horrible el gesto que hizo Aurelio!, hasta ahora no se me pasa, ¿viste su cara?, estaba asadísimo, te acuerdas que le empujó a Jorge y le agarró del cuello, y tú te metiste.

—Sí, Aurelio es peor cuando se molesta.

—Él se toma las cosas muy en serio. —Comenzaba a apuntar las preguntas en el cuaderno.

—Sí, ¿no? Él sí que toma todo al pie de la letra.

—Demasiado, diría yo. ¿Por qué será así, ah?

—Aunque es muy bueno, en la mayoría de las veces es bueno. —Ricardo pulsaba la página del libro, señalaba sin querer una foto de un escritor que Gerald reconoció.

—Por lo menos preferiría estar mil veces con Aurelio que con el alucinado de Jorge.

## VI

—Pero ¿conversaban solo de libros?

—Claro que no, también hablamos de nosotros, de lo que nos gusta, de lo que pensamos hacer más adelante...

—¿Él no está mayorcito para ti?

—¿Qué?! Qué hablas, solo hablamos, no ha pasado nada.

—Lo decía por tu opinión.

—Ah, no, parece mayor, hasta pasa como uno de quinto.

—¡No!, está fuerte pero ya se le nota un poquito su edad.

—Si consideramos a los que tienen veinte en nuestro salón.

—Aquí solo hay uno de veinte.

Durante el resto del martes, Gerald y Stefany conversaban bajito, intercambiaban risas mudas, las mangas de las casacas les cubrían hasta las palmas, y el resto de las manos quedaban expuestas. Cuando el o la docente retenía el plumón pegado a la pizarra o callaba sentado al pupitre para observar de dónde salían los cuchicheos estúpidos, las muchachas se tapaban la boca ridículamente, porque siempre dejaban expuesto algún rasgo de sonrisa tras las rejillas de sus dedos. Con cautela y más autocontrol lograron sopesar el tedio con las ganas de salir al curso de educación física hasta llegada la hora.

A fuera, en el gras, los alumnos estaban en dos filas casi ordenadas, y el profesor adelante les mostraba estiramientos raros. Hubo risas antes que él pidiera que lo imitaran. Gerald quería conversar con el profesor como la vez pasada, esperaba pacientemente la ocasión mientras se estiraba y acercaba el pecho a las piernas y llevando sus manos a la punta del pie derecho, luego iba hacia el izquierdo. A los lados, las hileras de estudiantes trataban de copiar los mismos movimientos sintiendo la tensión en las piernas. No parecía, según ella, una formación de exactitud militarista, sino más bien un grupo de marionetas desordenadas y mal manejadas. Uno que otro se veía fuera del balance, sucumbía, caía sobre la hierba sintética, varios se quejaban con leves alaridos, Eso es porque no están acostumbrados a hacer ejercicio, el profesor lo explicaba con un tono de altivez. Llegó la ansiada hora libre y el profesor extendió la invitación. Los varones corrieron a tomar las canchas de fútbol y las chicas las de pavimento. Gerald divisó el panorama disperso que la rodeaba, y viendo que nadie la observaba, se fue acercando al profesor que miraba su celular frente a la red donde jugaban los varones. A medida que avanzaba, sentía mayor la velocidad que latía el músculo tras los senos. Sintió humedad en la frente. Stefany interrumpió su camino poniéndose frente a ella.

—Gerald, ¿juegas?

—No, yo me voy a la biblioteca.

—¿Segura?

—Ajá, jueguen ustedes.

La compañera cedió el pase. El profesor la había mirado de reojo desde lejos. Miró su teléfono releiendo el mensaje que alguien le mandó, frunció las cejas, resignado. Apagó la pantalla y lo guardó. Volvió su atención al vaivén de la pelota que sufría patadas.

—Profesor.

—¿Leíste el cuento?

—Sí, solo me tomó una tarde.

—Solo una tarde —asintió, asombrado— yo me demoré tres días.

—Pero será por el trabajo que tiene.

—Sí, yo ya no tengo mucho tiempo, pero tú tienes todo el tiempo para leer. Aprovecha tu tiempo, porque cuando trabajes ya no será igual.

—Cierto... —él miraba al frente y pensaba en qué tema tratar con su alumna, Gerald le miraba el perfil.

—Profesor...

—Dime.

—Usted, ¿tiene familia? —Francisco bajaba el iris casi al ras de la visión, la pelota se incrustaba entre la red negra y una zapatilla que se rajaba mientras ésta bajaba, la volvía a patear, pero su mente estaba en otro lado, recordando el mensaje del teléfono, un rostro fastidiado, una ristra de sentimientos denigrantes.

—Vivo con una hermana mayor. No tengo hijos.

—Ah.

—Y tú, vives con ambos padres.

—Ajá

—Y ¿hermanos?

—Tengo un hermano menor, también estudia acá, está en el primero C.

—Ah... Castillo ¿cierto?

—Sí, él. ¿Usted también le enseña?

—Sí, yo le enseño. ¿Siempre se ponen las carpetas en grupos de cuatro, en tu salón?

—No, solo cuando nos toca matemática, el profesor trabaja en grupos, y nos toca los martes, los miércoles y los viernes.

El profesor asintió vagamente.

—Gerald ¿cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Dieciséis... —gestualizó con los labios vagamente— envidio tu edad.

—¿Por qué? —Francisco volteó a la cancha. Se le enterneció el corazón.

—Porque a esa edad pude haber hecho muchas... cosas.

—Yo veo que a su edad ha logrado bastante. —El profesor quiso decir algo más, pero al considerar que su comentario contradiría a su acompañante, prefirió asentir con la cabeza.

—Quizás. —Gerald notó que el profesor mantenía un acento sereno para hablar, se fijó en sus ojos redondos y grandes, de visión analítica, los dientes de conejo que casi sobresalían del labio inferior.

—Me imagino que tendrá alguna enamorada.

—¿Yo?, no. No tengo.

—Pero si tuviera el deseo, podría tenerla fácilmente.

—¿Por qué lo dices?

—Usted se nota una persona bastante culta, bastante inteligente, y bien seguro de sí mismo. —Francisco dejó que se le notase un rasgo de sonrisa.

—No sé a cuántas chicas les interese eso. —Gerald sintió una punzada leve en su pecho.

—A todas, por supuesto.

—La adultez es un sacrilegio, Geraldine.

—¿A qué se refiere?

—Nada. —El profesor retuvo su idea, pensaba, ¿Qué gano explicando mis problemas a una niña. Ha devuelto la vista a la cancha. Gerald sintió un indicio de meditación tierna. El profesor pensaba en algo para no malbaratar la conversa.

—Me dijiste que vives con ambos padres.

—Sí... aunque un tiempo se separaron, pero han vuelto.

—Eso es bueno, he conocido a muchos alumnos que viven solo con un padre.

—Es una lástima. Mi papá hizo mucha falta en la casa cuando se fue.

—Siempre son necesarios ambos padres.

—Si falta uno la cosa se pone difícil.

—Y entonces uno siente la apegada, y... —bajó el tono de la voz— y la mente hace ruido. —La joven inclinó el rostro para un lado y contrajo los párpados de nuevo.

—¿Ruido?

—Es lo que yo digo... o sea, es una expresión que utilizo a veces, para describir las cosas que nos ocurre al... pensar demasiado.

—No sé por qué esa frase me resulta conocida. Creo que se la escuché a un compañero.

—En serio —Francisco puso las cejas pesadas en señal de asombro.

—Sí.

—Creí que yo la había inventado.

—Eso me lo dijo en un momento de decepción amorosa.

—Tu compañero habrá estado inspirado, entonces. —Ella bajaba la vista, miraba la red alamburada y negra, y pensó en que había encontrado a alguien para compartir sus ideas.

—Yo no creo mucho en el amor.

—¿Qué?

—Porque he tenido una experiencia. Cuando una está enamorada la mente piensa sonseras. —Francisco le miró con atención, sonreía.

—Es normal, nos pasa a todo el mundo. A tu edad es mejor enfocarte en cosas de... mayor importancia, se podría decir. Si haces todo con cuidado las cosas te saldrán bien.

—A veces hacemos las cosas sin pensar, ya tengo una compañera que salió embarazada.

—Pobrecita, más bien piensa tú en no repetir el plato.

—¡No!, yo tengo mis metas bien trazadas.

—Qué bueno. Estas conversando demasiado de eso, me parece.

—Yo, ¡No! Solo lo compartía —dijo, hablando precisamente lo que menos quería denotar.

—Primero piensa en estudiar, Geraldine, lo demás vendrá después. —Francisco asentaba con la cabeza— *Si no, terminarás como yo.*

—Sí, sí, solo quería... quería tener algo que decirle. Sí... hay tantos que publican sus fotos en Facebook besándose, paseando en muchos lugares y comiendo todo tipo de cosas, siempre juntitos, siempre con besos y corazones, y dos días después publican todo tristes frases de almas rotas... Siento vergüenza ajena.

—¡Ja!, qué bueno que no tengo face, aunque no te parezca, también encontraras mucho de eso en la universidad.

—Yo pienso que lo que sienten no es amor, es solo una ilusión.

—Quizá tengas razón... Yo creo que sí es amor, pero... no todo es color de rosa, pues, Gerald, en todo hay altos, hay bajos, es normal, la cosa es saber mantenerse. —El profesor observó al horizonte, luego miró a la muchacha que lo acompañaba, y le encontró un semblante en el que se podía confiar.

—Creo que tiene toda la razón —le dijo ella.

## VII

Abrió el folder y busco la lista. Para no desorientarse, tenía el registro a un lado, manteniendo la regla bajo el nombre del alumno que tocaría revisar. Su estilo nunca fue llamar a los alumnos por orden alfabético, para que todos traigan lista la tarea, hasta el más vago.

—De la cruz Carrión.

Leny, una de las más bajitas del aula, se levantó de su sitio y abrió el cuaderno de educación física mientras se dirigía al pupitre. El profesor lo recibió y miró a la muchacha.

—Por qué no viniste con la ropa de física.

—Paso un accidente con ella en la mañana, profe—.

El docente le sonrió, le advirtió que siempre viniera con la ropa deportiva los días indicados. Revisó la letra gorda, delineada, colocó unos cuantos checks y devolvió el cuaderno.

—Huerta Mamani.

Cuando Leny se volteó, el profesor pudo fijarse en su espalda y le observó sin querer las formas de la cadera bajo la falda durante dos o tres segundos. Quedó sin retirar la vista hasta que la muchacha pasó detrás del otro alumno que se acercaba.

—Aaah, profesor, qué está mirando —dijo el Duro.

—Ah, nada, nada.

—Profe, ya lo vi, eh.

—Solo veía el paisaje de afuera.

El Duro pudo notar cómo las mejillas se le pusieron más rojas que el silbato que colgaba de su cuello. Revisó todo el cuaderno, colocó checks y lo entregó para escribir números diminutos en el registro. El muchacho se alejó con una sonrisa burlona.

—Por qué me pasa esto —susurró el profesor, sin darse cuenta que debía seguir llamando. Siempre tienes esos problemas cuando algunas vienen con uniforme, ¿no? Más fácil, pues, la falda que el buzo deportivo. Le levantas la falda, te bajas el pantalón y listo. ¡Ya! Basta, debo quitarme estas cochinas de mi mente. El profesor sacudió la cabeza con disimulo, suspiró hondo con los párpados contraídos.

—Ortega Mamani...

Cuando el sol permanecía a esa hora, frecuentaba adormilar sus radiaciones, permitir el paso de las nubes más propias de su color, pasearse en ese terreno revestido de azul, y las horas para realizar las clases en la cancha eran más favorables. Cuando los del quinto C salieron del salón, estaban con las frentes brillantes, pero por permanecer más de tres horas dentro. Aquel día los ejercicios les parecieron más leves a los alumnos, corrieron sobre trayectorias trazadas y sudaron nivel atleta. La última hora era de cualquier uso. El profesor estaba inquieto, sentía una efervescencia de ansiedad que incomodaba su pecho y le ofuscaba los planes que tenía que hacer en un cuadernillo con un lápiz, se sentó en una sillita cercana. Cuando recordó que Leny no era la única que vino con camisa y falda. A dos metros delante, Gerald tiro una mano a fusilazo y el balón de voley saltó el cerco para el otro patio, la basta de la falda se levantó apenas. Algunas chicas se fueron a buscar el balón, pero Yaricsa permaneció junto Gerald. El profesor volvió a echarle un ojo: observó por un instante fugaz las formas de unos glúteos redonditos y fuertes bajo su falda. Pero lo que no esperaba era que ella volteara de improviso y lo mirara de frente, y en cuestión de un nano segundo el profesor pasó de abajo hacia el rostro de la chica, y en otro nanosegundo bajó la vista veloz al cuadernillo de su mano. Gerald giró de inmediato, agrandando los ojos.

—Qué pasa —preguntó Yaricsa.

—Nada.

—Vamos a la otra cancha.

Mientras se iban, al profesor ya no le dieron ganas de dirigirle la mirada, tenía las mejillas sonrojadas de nuevo, Gerald, por qué diablos viniste con uniforme, pensó. Por su parte, ella caminaba con los brazos cruzados al lado de su compañera, se sintió espiada, asechada, pero hubo una diferencia entre esa y otras veces que notó cuando otros chicos la miran: en esta vez a ella no le molestó. Qué raro, pensó, que no se haya sentido mal por aquel espionaje. Hasta podría decirse que le gus...

## VIII

—Te crees sabiondo, eh, Aurelito. —La voz del personaje entre las sombras resonaba entre los contornos del recinto oscuro y peregrino; perdido estaba Aurelio, sin ver las dimensiones exactas de aquel sitio donde se veía, el espacio de pared comprimido como vasija, las tenues manchas de luz, tan disimuladas, tan escasas, tan bajitas, que permitían ver al frente una silueta, a cada paso cobraba forma de mujer entre las pintas negras. Curvas desnudas, cabello largo y suelto, era una chica, pero no era cualquier chica, el conocía muy bien ese rostro que se divisaba apenas en la penumbra. Detrás de ese personaje, se abrían y cerraban unos circuitos ocres, un elemento que Aurelio no supo identificar, pero su atención se volvió a la chica que sonreía en la sombra.

—Oye... —el eco de su propia voz lleno el sitio. Ella dio una risita de burla dulcificada, pero demoniaca.

—Tonto... —Aurelio hizo las cejas pesadas, el ceño de seriedad.

—Ja, la tonta eres tú.

El celular activó su alarma, giró medio cuerpo, se estiró la mano para apagarla debajo de la cama. Eran las 7:30am. Al tender las sábanas, se preguntó por qué había soñado con ella. No lo reparó sino hasta después que se dirigió al baño, cogió el cepillo y lo llenaba con pasta. Lo sostuvo con la mano izquierda mientras lo movía, el espejo a su delante le reflejaba hablando solo.

—Ah... entonces es porque otro la está pensando, y no yo. Tenía que ser, pues.

Cinco horas después, caminaba la ruta de doscientos pasos largos a la casa azuleja donde estudiaba, observaba el parque muerto cercano al camino, y el sentimiento premonitorio de aquel sueño continuaba después de acosarlo toda la mañana. En el salón, los compañeros se apoyaban en las sillas o pegaban la espalda a la pared, formándose en semicírculo, compartían estupidez y media, golpeaban las mesas en risotadas. Aurelio reía, los escuchaba filosofar sobre la masturbación y la amistad, y en ese desfile de ojos vivaces se acordaba de aquella silueta del sueño, su boca se quedaba abierta y otra vez sentía ese presentimiento repentino. La buscó con la mirada y la encontró a dos filas más atrás, Gerald escribía en el cuaderno, tenía un audífono disimulado dentro de la manga de la casaca. La premonición lo aturdió, entonces se puso a reír con más fuerza tratando de ahogarla en el desinterés sin conseguirlo. Pensó en una inusual conclusión: Ni la risa puede callar el llamado latente del espíritu. De pronto llegó el cambio de hora y tocaría educación cívica. Por alguna razón que Aurelio tradujo como pereza de los últimos meses, no pudo evitar que tres cuartos de salón se le fueran antes que venga el profesor. Algo había pasado en sus rutinarios mandos de estrictez, ya no se empeñaba a imponer el orden señalando con el palo blanco con el escudo de guerra de adorno, se había serenado en el paso agigantado de esos días, por una estúpida misericordia, será; o será que mientras más crece uno, más se relaja. Ahora conversaba con Ricardo sobre las burlas sagaces de Jorge y Jairo, entonces la imagen de Gerald le acosó de nuevo y esta vez, viendo que su compañero acabó la risa, y se encuentra con la barbilla sobre la mesa, aprovecha la oportunidad.

—Oye, bro.

—Qué.

—Qué fue de Gerald.

—Nada.

—¿La sigues pensando? —Ricardo levantó el rostro sin mirarlo, se estira para atrás.

—Te dije que ya no le hago caso.

## IX

Las voces irritantes y fuertes de dos alumnos venían del fondo, el Duro y Saltachín conversaban al lado del tacho de basura. Unos cuantos uniformados perdían el tiempo mirándolos, estarían hablando de algún juego. Gerald, en su sitio, miraba la carpeta limpia de objetos, llevando un semblante divagante. Tenía el nudo de la corbata un botón abajo y el cuello desabotonado. Sacó el celular y miró una notificación. Quería escribirle al profesor de nuevo, quizá habría dejado una tarea a los de su clase y estaría sentado si hacer mucho. Pero cuando buscó su perfil sintió una extraña corazonada, como un telón que presaba su cuerpo, ¿una mala corazonada?, no, sintió un sentimiento inusual, casi como un susurro, que lo que pensaba hacer era incorrecto. Dejó el pulgar estático, entre queriendo y no queriendo, entonces aquella cosa se intensificaba en su interior. Después de varios minutos, la bulla de las voces la estresó peor y buscó la casilla de la conversación anterior.

—*Cómo está, profesor*

Escuchó las voces afeminadas de los tipos del fondo, y se irritó.

—*Bien*

*Cansado pero bien*

*He tenido que organizar algunas notas de tus compañeros*

—*Que aburrido tener que corregir varios rojos*

—*Aunque no lo creas, tus compañeros tienes más azules*

—*Qué??*

Después de escribir, levantó la vista, la gran mayoría de las cabezas concentraba su atención para el rincón, siguió el camino de las vistas hasta divisar un par de imbéciles que no dejaban de hacer ruido, parece que se pelearían.

—Un toque —dijo Saltachín. Se sacó la corbata y la puso sobre la carpeta, la amarraba formando una piedra deforme de tela.

Este idiota, pensó Ricardo, que los miraba desde su sitio, se cree Tarzán, qué diablos hace. Saltachín agitaba la corbata en el aire como una honda, se acercó al Duro que estaba de espaldas. ¡Puh!

—¡Ouuu!, mier, aaah —El Duro se recostó sobre la carpeta.

—*De verdad* —escribió el profesor.

*Tienen buena nota, parece que les gusta mi curso*

—*Lo que pasa es que es bien relajado jeje*

—*Perdón?? :o*

—*Una broma :)*

—*Cierto, cómo vas tú*

*Que tal el estudio*

Gerald ya no podía escribir tranquila por el bullicio que se incrementaba. Una cabeza se asomaba bajo el umbral de la puerta, metió el cuerpo entero. El alumno era del salón vecino, llevaba un cordón amarillo con hebras doradas en un hombro, idéntico al de Aurelio.

—*Qué fue, muchachos pedofines, qué están haciendo al fondo.*

—*Ahí, no muy bien*

—*Sucedo algo?*

—*Lo que pasa es que hoy*

*Tuve ciertas cuestiones*

—*Y eso te hace sentir más o menos*

—*Exacto*

—*Me imagino*

Mientras que Gerald debatía por dentro si era prudente comentarle su melancolía a una persona adulta, Aurelio, desde el grupo cerca a la puerta, observó al muchacho que llegó. Cruzaron miradas por unos instantes. Volvió a escribir en el cuaderno.

—Lárgate a tu salón, no queremos cafichos.

—Tú no eres el dueño del colegio —le respondió Fernando, mostrando los dientes largos y amarillentos.

—*Lo que pasa es que hoy se cumple un mes que mi abuelo falleció*

*Y hoy en mi casa nos pusimos a recordarlo*

*Antes que viniera al colegio*

—*Mi más sentido pésame*

—*Gracias*

Saltachín le daba de corbatazos al Duro mientras éste buscaba su corbata debajo de su carpeta. La sacó y formó como pudo una especie de mazo colgante con qué defenderse, mientras esquivaba la lluvia de ataques de su compañero. Las mentadas de madre comenzaron a notarse.

—Oye, brigadier, —dijo Fernando a Aurelio— por qué no pones orden allá al fondo.

—Sí, están haciendo bulla. —dijo una voz femenina del grupo contrario. Aurelio se volvió a donde salió la voz, luego al fondo, el Duro se prestó otra corbata y hacía un nudo más grande.

—Con tal que no los molesten a ustedes —respondió, y siguió escribiendo.

Sentado en su lugar, El profesor Francisco meditaba en lo que su alumna le había dicho. Pensó en algo útil para decirle, pero ¿cómo consolar a una niña de dieciséis años? Ella esperaba ayuda de alguien mayor, de hecho, y ha tenido confianza contigo, Francisco.

—*No sé si decirte esto. ¿Crees en Dios?*

—*Sí*

—*Entonces también crees en los espíritus*

—*Así es*

—*Entonces crees que tu abuelo vive en espíritu. Él viene cada vez que lo recuerdas*

Gerald inclinó la cabeza para un lado, curiosa.

—*Y cómo sabe eso*

—*Pues*

*Yo también perdí a un ser querido*

*Y cuando me ponía a recordarlo sentía su presencia*

*Yo pienso que tu abuelo está muy bien*

*Y hasta quizá mejor que tú porque tú estás triste*

*Y lo que el desearía es que no lloraras*

Gerald sonrió.

—*No estaba llorando*

—*Solo lo supuse*

—*Bueno, la verdad sí*

*Pero ya pasó*

—Oye que pendejo ese, se prestó otra corbata y ahora el nudo duele más —dijo Daniel.

Angello sonrió burlón.

—Sí Fernando, él es más pendejo que tú.

—Nadie es más pendejo que yo. —Fernando se sacó la corbata de un tirón, la desamarraba y amarraba en una maniobra ágil, y como resultado obtuvo una piedra larga de tela, casi como una

pastilla mal hecha que colgaba de una línea oscura. Corrió al fondo para combinarse con Saltachín y con el Duro.

—Eres una vergüenza para la naturaleza. —Le dijo Aurelio alzando la voz, pero Fernando lo ignoró al darle un azote quemarropa al Duro.

—*Te prometo que si piensas positivo tu abuelo estará feliz*

*De verdad crees en eso, ¿no?*

—*Sí, claro*

—*No querría tu abuelo que estuvieras atenta en tu clase y sacar las más altas notas*

Gerald volvió a sonreír.

—*Gracias por escucharme*

*Profesor*

Gerald apagó la pantalla del celular. Un extraño hincón en el pecho le hizo olvidar a su abuelo y enfocarse en la persona con la que habló, y su cabeza imaginaba acontecimientos deseosos, hasta después de la hora de salida, incluso después de la noche.

—Oye, cálmalos Aurelio —dijo Nicol desde el fondo— me están distraendo.

—Ustedes se distraen solitos. —respondió Aurelio, y siguió escribiendo.

Un estruendo se expandió con el aire desde la parte más recóndita del aula hasta la pizarra de adelante. Casi todas las cabezas giraron hacia al fondo para ver una carpeta con la madera rota y la rejilla metálica se podía observar por una línea torcida. Aurelio refunfuñó entre dientes, se levantó diciendo que el juego había terminado.

## X

Gerald se amarraba una cola de caballo. Dejó una tasa de cebada en su pequeño escritorio y se sentó en la silla alambrada. Escribía al profesor por el celular. Un sorbo. ¿Cuánto tiempo hace que hablas con él? Miró al techo y se llevó un dedo a un labio. Ya conversaban casi todas las noches, y nunca logró sacar una explicación de cómo llegaron hasta esa magnitud, o por qué estaban continuando con ello. ¿Qué te propondrías? ¿Qué se proponía el profesor con aquellas explicaciones sobre los vasos comunicantes, las historias de fantasmas, los adolescentes superdotados? Primero fueron dos veces a la semana desde que llegó al colegio, luego hablaban dos más, después ya no era ella sino él quien empezaba la conversa. Otro sorbo. Disimuladamente, se habían hecho más de cinco veces por semana. Hablar con el profesor le arrancaba muchas sonrisas, incluso durante el día, que recordaba sus palabras mientras hacía algunos trazos de figuras en los cuadernos del colegio, o cuando ordenaba la simplicidad de su cuarto; y le fascinaba cuando le daba detalles sobre diversos temas que ella no conocía. Se había convertido habitual que al pasar por la puerta de su casa, se dirigiera derecho al cuarto por el marco sin puerta y el aparador grande, se despojaba de las ropas del colegio, las guardaba o luego de ponerse la pijama, las lavaba, las tendía y regresaba de vuelta al recinto solitario. Ignoraba algunos gritos de adultos malhumorados que a veces circundaban por la sala cercana. En el escritorio escribía sus tareas con dedos ágiles, ojos abiertos y una sonrisa voluptuosa, y pareció desarrollar durante ese tiempo un complejo de rapidez automática. Otro sorbo más. Por fin eran las nueve, llegaba la notificación de un mensaje en el celular, o si se demoraba mucho ella tomaba la iniciativa. Deslizaba el pulgar y seleccionaba su foto de perfil: lucía enternado y bien encorbatado. Otro sorbo. Su tez limpia y barbilla prominente, muchos sorbos. Una mirada más, apretaba los dientes con los labios, se tiraba a la cama y un sinfín de historias encantadoras y desordenadas —y peligrosas— se entretejían en una maraña radiante y ritmos de voluptuosidad, como una droga que se activaba con cada retorcedor recuerdo de él, como se gira un reloj de mancuerna. Se lanzaba a la cama boca arriba, mecía su cuerpo en el colchón, el cabello se le enredaba rosando sus mejillas, alborotando las sábanas, sonriente, excitada, levantaba una rodilla y la falda corta de la pijama dejaba expuesto su muslo de marfil, su cabello rodeaba su cabeza como una aureola, Tanta mañosería que percibías en tu pensamiento Gerald. Ya se acabó la cebada y ni siquiera te has dado cuenta, sigues mirando al cuadro de Jesús que está arriba, con bata blanca y abrigo rojo, pero tu mente está en otro asunto. Tu corazón acaba de dar otro brinco al reproducirse el sonido del WhatsApp, como sucede cada vez que lo escuchas. Estos brincos interiores aumentaron su intensidad últimamente, ¿no? Le escribe otra vez, toda contenta, y vuelta a pensar. ¿Desde cuándo ya no le dices profesor? Otro misterio. No recuerda en qué momento comenzó a llamarlo Francisco, y a dirigirse a él de tú. Peligroso, Gerald. Pero ¿yo no tengo toda la culpa, no? Él se dejó que le hable así. ¿Segura?

Más extrañado estaba él, que sentía las mismísimas cosas cuando se le ocurría prender la pantalla del celular, pasar dedo a la pantalla y escribirle sobre los vasos comunicantes, las historias de fantasmas, los adolescentes superdotados. Cuando estaba desocupado en el colegio, sentado en el pupitre, respondía los mensajes de las conversaciones que quedaron sin terminar. Al manejar el carro del colegio para acá o de acá para allá, subía el volumen de la radio, el locutor de la radio hablaba sobre la fibromialgia o la dislexia, se imaginaba hablar con él y que su voz era del que se estaba entrevistando. A veces las personas que manejaban los autos cercanos lo miraban de reojo haciendo gestos solo; abortos, hacían muecas de susto y aceleraban. De pronto se acordaba de ella, bajaba el volumen de la radio, y en cada parada que hacía, tomaba el celular

y tecleaba. Por ratos buscaba su foto de perfil: su tez clara, sus ojos negro perfecto parecían moverse al ritmo de la cumbia que sonaba en las tiendas circunvecinas. Al comienzo era solo una chequeada al celular por cada viaje, y fueron aumentando las veces y las “paradas” se tornaban más voluntarias, a medida que pasaban los días, cogiendo el hábito desde una probadita inocente. Entonces conversaba en voz alta con el locutor de la radio, y el tema principal de la conversa se fue enfocando lentamente en su alumna de quinto. Algo habrá pasado para que esos consejos puros que le dabas se hayan ennegrecido, aquella parte honrada de ti se desquebrajó. ¿Cómo pasó? ¿Por qué?

Pero Francisco ya se convirtió al hábito, ya se volvía una costumbre entablar una conversa con ella al día, siquiera un par de palabras, un par de globos de texto que subían y subían hasta parecer saltar de la pantallita, recorrer el camino de sus brazos, meterse por oídos y la boca, bajar por la camiseta y alborotar los órganos bajo el pantalón y escapar de todo control decente. O cuando disponía de más tiempo, bajaba el texto y releía los mensajes anteriores y regresaba en un va y un ven, y la conversación se formaba y se deformaba en aquella pantalla. Sus ojos de iris gigantes se abrían más, sus labios vocalizaban las palabras que escribía, radiante. Si no era en el auto, miraba sin ver a muchos lados y caminaba acordándose de ella, sintiendo que la puntilla tras la bragueta se humedecía más, ponía las cejas pesadas y veía a la alumna del quinto en el muro de al frente, en el folder de al lado, en el dibujo de mujer de un alumno pegado en el mural; y en cada bello de su cuerpo le pedía ceder a un apetito voraz, rosarse en otra piel más joven, blanco pálido, saborear las manos los muslos lustrosos, chupar los ojos un cuello desnudado; un naípe de marfil encima de otro que parecía oscuro y negro, era pues, malo, y el profesor lo sabía. Pero en su cabeza inclinamos los naipes, uno debajo de otro y entonces uno se mueve adelante y atrás como si una mano los moviera, samaqueando al de abajo como simulando una...

Un problema, profesor, no estas notando mucho que tu rostro entero ahora gestualiza como un loco. Se mira por el retrovisor, se da cuenta de lo que hace, ¡Estas fantaseando con una chiquilla! ¡Imbécil! Por qué no me doy cuenta de lo que hago. El profesor sentía ansiedad, se sobaba la cabeza, sentía las manos húmedas y la espalda con un hincón raro. Su propia condición no le permitiría estar tranquilo. Algo no está bien, se susurraba; una ristra de sentimientos buenos y malos invadía su ser.

Y por las noches, sentado en el sillón de su sala, otra vez pasaba el dedo por la pantallita para analizar la conversa y compartir respuestas bien hehecitas, formuladas y correctamente redactadas. Le encantaba que la aguja grande del reloj llegase a señalar el número nueve. Después del diálogo la dejaba dormir antes de las doce, y se quedaba mirando al techo criticando a los chibolos que chatean con chicas hasta altas horas de la madrugada sin dejarlas descansar. De vez en cuando una chica delgada se asomaba a la sala cerca de las once y media de la noche para preguntar:

—¿Vienes a dormir?, ya terminé mi tarea.

—Sí, ya voy.

—Botas la basura.

—Sí, sí.

El hombre parecía estar más concentrado en el móvil y la chica elevaba la voz.

—¡Ahora! —y su cuerpo cruzaba el umbral del cuarto.

Francisco fruncía el ceño, dejaba el celular a un lado y se dirigía a la pequeña cocina para agarrar de los bordes del tacho la bolsa que contenía los desperdicios del día, la amarraba fuertemente y abría la puerta de la calle para dejarla al lado de la vereda. Regresaba a la divinidad de su chat.

Era sábado, y se escuchaba la llovizna caer en el techo de calamina de al lado. Gerald quería otro vaso de cebada, tanto pensar le dio sed. Agranda los ojos tremendos releendo lo que Francisco acaba de escribirle.

—*Para mí no eres aburrida*

*Creo que eres una de las alumnas más inteligentes que tengo*

*Bueno la verdad, la chica más inteligente de tu edad que conozco, hasta ahora*

Gerald se sonrojó. La risita de sus labios tenía concordancia con el rubor de sus mejillas. Esto no es normal, esto no es normal.

—*Gracias :)*

—*En serio*

*Te lo digo de verdad*

—*Lo sé, pero usted no se deja nada atrás*

*No sé por qué pero cada vez que hablamos me siento más...*

*No sé, más tranquila, más relajada, como si estuviera en las nubes jeje*

De pie, apoyado a un muro protegido por la opacidad de su cuarto, Francisco quería escribirle que también se sentía igual, pero un cortejo de ansiedad invadió su ser.

—*Ah*

*Pues yo también me siento muy bien aconsejándote.*

Se despidieron faltando cinco minutos para las seis de la tarde. Gerald abrazaba las rodillas cerca de su rostro, asentando los pies sobre la silla. Miró afuera por la ventanita, 15 de Enero estaba mojado, la humedad formaba una imagen difuminada del barro en la vereda y los huecos del asfalto, que era interrumpida por las motos que bajaban blindadas de vinilos góticos, y cuyo movimiento de las llantas botaban el agua de los charcos regando de suciedad las plantas de la casa vecina. Todo el cerro parecía un aglomerado de lodo a punto de deshacerse.

—*Será que él...*

Se mecía en la silla sin darse cuenta, luego estiró las piernas y deambulaba por el cuarto, a veces viendo la ventana, a veces chequeando los cuadernos en el escritorio, uno de ellos era casi tan rojo como sus mejillas. Meditaba la conciencia en aquella y en las conversaciones anteriores. Entonces se sentó en la silla y sacó una conclusión. Sus facciones cambiaban de expresión una y mil veces. El rostro de ese hombre la estaba mirando, y con él, recordó su edad.

—*Creo que me estoy enamo... Pero... ¡No!, me estoy enamo...*

## XI

Apartir de las doce y diez del medio día, algunas madres de familia aparecían en el portón negro y grande de la institución educativa N° 1181– “Albert Einstein”. El calor era llevadero por esos lares de la avenida las Flores. Las primeras personas se encontraban, si venían por la avenida, el local del banco recién estrenado en toda la esquina, las carretillas de dulces y piqueos cerca de la entrada; si venían por el lado del parque, a las otras mamás aglomeradas en la puerta trasera para recoger a las criaturas de primaria. Quizá, Ricardo, como te darás cuenta, la mayoría de esas señoras subiditas de peso, hablando con soltura y con el mismo lenguaje, y sus cachorros que salen por la puerta trasera, con los pantalones sucios y las camisas desabotonadas de tanto jugar, se regresan a la casa y se cruzan en el camino con los lobos rapaces que vienen a estudiar en la tarde para la otra puerta, en medio de la vereda y toda la pista ocupada, con las vastas de los pantalones medidas desde la costura, tratando de sentirse chéveres con los pitillos que en realidad denotaban piernitas de palo, las camisas mal puestas cuya basta tapaba el cuero barato de las correas, el peinado con los costados casi rapado, porque las crestas de gallo en la cabeza ya se dejaban atrás. Estabas pasando en la pista, en medio de ese revoltijo de niños y grandes, no hay tanta diferencia entre las fachas de los cachorros y los lobos, ¿no, Ricardo? Los de secundaria como tú entraban y abrían, encima de la mesita de madera en medio del camino, el cuaderno de control, un cuaderno lleno de rectángulitos y con la imagen del colegio en la portada y la contraportada, el único registro oficial y personal con el que los padres de los escolares podían dar seguimiento a las asistencias de sus ineludibles crías; y se dejaban sellar por la auxiliar o el brigadier, en un rectángulo, el sellito azul ASISTIO. Algunos se hacían los locos, buscaban y rebuscaban el control en la mochila, delante de la auxiliar sabiendo que se les había olvidado en la casa y entonces la auxiliar se loqueaba; y si era un brigadier el que sellaba, tenías suerte, le persuadías con tu cara falsa de pobre huevón, y te dejaba pasar y que para la próxima no te olvidaras el control. Pero mejor fuera que te apresures, Ricardo, que tienes la maldita y fea costumbre de llegar cinco minutos antes de la una, cuando cierran el portón y a partir de allí los que llegan la auxiliar les disciplina ella mismita, te hace ingresar a su oficina, que está a solo ocho pasos de la entrada, te hace escribir cien veces Debo llegar a mi hora 12:30pm, Debo llegar a mi puta hora 12:30pm, sin importarle a cuantos alumnos tenga que apelotonar adentro de ese saloncito, pero al final solo revisaba que los alumnos escribieran y nunca les contaba cuánto hacían. En una ocasión, como tú te has de acordar, cuando llegaste tarde y lucias el cordón de policía escolar, y aun así estabas con los tardones de casi siempre, te invadió el roche, y te prometiste que no lo volverías a hacer nunca, y la auxiliar les reprendía, “Ya estoy cansada de ustedes”, “Todos los días los mismos tardones, yo no sé por qué no se ponen las pilas, si saben muy bien que esto les baja la nota en comportamiento”, y los alumnos por si solos, inclusive tú, se pusieron a escribir sus cien veces Debo llegar a mi hora, pero ni acabaste porque presentaste cincuenta. A medio minuto de escribir, quisiste revisar el entorno, levantaste la vista y divisaste a muchísimos alumnos dentro de ese saloncito, y contaste cara con cara, ¡veinticinco cachorros!, veinticinco entran aquí. Acabaste tus cincuenta y le presentaste a la auxiliar, a la otra chica que venía detrás de ti le dijo “Por qué vienes tarde, regrésate a tu casa, que venga tu mamá”. El colegio ha pasado por ciertas transformaciones, como tu bien conoces, más que todos los nuevos que han venido de otros colegios; no saben cuánto has tenido que padecer los caños doblados de los lavaderos en los baños, las puertillas agujeradas que cubrían los bloques de los inodoros que encontrabas con aguas de color marrón putrefacto, y las orillas de las tasas manchadas de caca, que ni ganas daba de orinar o hacer necesidades en esa casa de locos. Además los escritos de

alumnos alocados que se creían poetas, escritos a plumones en las paredes y las losetas, *Gota a gota el agua se agota, y la chica que me gusta como pendeja se bota*, y divisabas los dibujos extraños, el palo grande que punteaba a algo que pensabas era una “m” minúscula, en tu inocencia de primer año de media, el palito junto con dos círculos a los lados era una especie de U inusual. Y rechazabas dentro de ti las lisuras de las frases, pero tampoco le retuviste a tus amistades, muchos años después, que esas frases describían tus sentimientos por cierta... Por las horas de recreo te ibas con muchos otros al portón de donde salen los de primaria a hablar por la rendija delgada de la puerta, llamar a la tía Meche, que tenía su carretilla de piqueítos afuera, le pedían lo que querían, le pasaban la moneda por abajo del portón y por arriba ella te lanzaba el chizito o lo que habías pedido, y tenías que estar mosca por si venía uno del lonsa que te loquearía y se llevaba el chizito corriendo. Los alumnos ya se acostumbraron a eso, a las alumnas con las vastas de las faldas más levantadas de lo que la auxiliar decía, el botón del cuello desabotonado, igual que los varones; no te dolía tanto aquello como las sonseras antipáticas de ver a algunas llorar por chicos que parecían monstruos, negros, deformes y feos, vanagloriados por tener mototaxis que se estacionaban a fuera del colegio y las esperaban. Y todas esas acciones, propias de los improperios de la juventud limeña, te daban asco, preferías actuar por tu propia cuenta, hasta que te acostumbraste a este ambiente putrefacto de a pocos, hasta que te contagiaste del holgorio juvenil. Y de pronto conociste a cierta chica, te idealizaste en el pensamiento que todavía existían chicas decentes en el mundo. Lo idealizaste, claro, porque no pensabas que aquellas que profesaran algún dogma de refinada moral podrían resultar ser quienes más rompen sus propias normas, y entre las muchas alumnas, las chanconas que siempre sacaban veinte, las chicas normales, las que no conocen mucho, las que puteaban por su forma de hablar y de vestir, las que medio colegio conocen por ser las más codiciadas, las calladas, las cotorras, en fin, en medio de todas esas chicas, no pensaste que te fijarías en la que, en tu parecer, sería la más llena de estrictez y limpia de tus amistades, y que no se te pasaría ni por la frente que aquella también sería la única capaz de cometer el más precoz y desenfrenado de los —qué le llamamos, ¿pecado?—. La perversidad tenía nombre de juventud, ¿o no, Geraldine?

## XII

—Chicos, muy buenos días —dijo el director, asomado en la puerta. Una parte del bulto que tenía como vientre comenzaba a cubrirle parte del cinturón.

—Buenos días —dijeron los uniformados al unísono mientras se ponían de pie.

—Pasaba a avisarles que hoy habrá clases solo hasta las cuatro de la tarde, los profesores tutores tendremos una reunión para ver unos temas para la chocolatada de colegio. Vamos a ver si lo haremos con primaria y secundaria o si sería mejor cada grupo por su lado —el director intuyó el placer de los alumnos por las dos horas y media regaladas—. Ya saben muchachos, celebren lo que quieran.

Los alumnos del quinto C se dignaron a aplaudir con ironía y el director se fue.

—Pero será solo dos horas menos —protestó Daniel.

—Algo es algo para el perro galgano —respondió El duro al lado suyo.

—Se dice galgo. —corrigió Ricardo.

A la llegada de las cuatro, sonó el timbre. Solo segundos antes, algunos uniformes desfilaban ya en las afueras de los salones, y se iban llenando con el correr de los segundos. En esa marcha desordenada de cabezas, Gerald se ponía la mochila a la espalda y se dirigía en el pasillo de la primera planta, pasaba los baños de los varones, seguía el camino de la cancha de gras y giraba a la derecha. Mientras se acercaba podía distinguir mejor el letrero de marco azul sobre la puerta de metal: *Biblioteca Ricardo Palma*. Adentro miró a unos cuantos alumnos de distintos tamaños que ojeaban libros en las carpetas, otros se dirigían a las vitrinas y sacaban unos tomos de pasta gruesa. Quiso mirar en derredor y reconoció la espalda de esa ropa deportiva, esa silueta delgada. Cuando lo saludó con una mano, y después de mirarle los dientes relucientes de conejo, sintió que alguien por un lado le tocaba un hombro.

—Qué haces, corazón. —Los dedos de Jorge eran pesados y ásperos como una lija asentándose en la tela delgada, o bien él ejercía presión a propósito. Francisco se apartó a la puerta. Observó de reojo cómo Gerald levantaba una ceja, respondía incómoda, y Jorge sonreía perverso. Gerald vino a él y ambos salieron.

—No te rías.

—Bien ahí.

—Ese niño ya me tiene cansada.

—Por qué le dices niño —el paso que daban era lento, y parecía ir en coordinación el uno del otro.

—Si tus clases fueran dentro el salón, te darías cuenta.

—Lo ha intentado siempre ¿no?

—Sí, pero nunca me ha gustado.

—¿Ni un poquito? —Gerald caminaba como marchando, sosteniendo el asa de su mochila sobre el hombro, lucía incómoda.

—Para nada.

—Yo a su edad pensaba en ver Dragon Ball y comprar carros de Hot Wheels. ¿Puedes creerlo?

—Y creo que todavía lo haces.

Él rio disimuladamente.

—Hubieras visto tu rostro de fastidio cuando estabas hablando.

—Tonto.

—Te veo bien —esbozó una sonrisa burlona.

—Él no me gusta.

—Ay, Gerald, ¿quién te gusta entonces? —Ella quedó en silencio. El profesor miró al frente, no esperaba que le respondiera.

—Me siento atraída hacia otra persona.

—Y ¿es de tu salón? —Francisco neutralizó la mirada.

—No.

—Es del colegio.

—No... bueno no es alumno, pero si anda por aquí. —Ya para ese momento, el movimiento era escaso entre el pasadizo enorme y el portón del colegio. El área se comenzaba a quedar relativamente desierta. ¿Tanto me demoré en la biblioteca? Se formuló Gerald. El profesor le había dicho que quería ir a tomar algo, la invitó a seguirlo y ella obedeció automáticamente. Se acercaron a donde estacionó su carro.

—¿Qué tal estás de tiempo?

—Ah, ahora, no haré nada.

—El parque que está a la espalda de la avenida que sigue, por allí venden jugos. Yo voy a ir — introdujo la llave en la puerta, la miró—. ¿Te gustaría venir conmigo?

—¿A ese parque?

—Sí. Yo te invité.

Gerald sintió ansiedad. Era la primera vez que le hacía esa propuesta tan directa. Conversaban desde hace mucho tiempo pero aun así sería riesgoso meterse al carro de un hombre prácticamente desconocido. Una voz en el interior nacía, en el fondo de su ilusión pretendía quizá, hacer realidad un deseo con el profe, un pensamiento fugaz e ilusorio, siquiera un rato.

—No sé.

—Podemos ir como quien conversando. Hace rato estaba pensando ir allá para tomar algo. — El tipo abrió la puerta del copiloto de carro. —Pero, qué dices tú.

—Espera... voy a preguntar si hay ensayo de la escolta.

—No hay, al menos eso escuché decir a la auxiliar.

—Ah, entonces...

—¿Estás en la escolta?

Se debatió otra vez la idea de entrar. Es un hombre ajeno, y ya en estos días se ven muchos casos de abusos, Qué me garantiza que no suceda ahora, Pero si no subo, está es la única oportunidad de conversar cara a cara, y quizá no regrese. Fueron como tres segundos y lo comenzaba notar, ¿qué te pasa? ¿Por qué te demoras tanto en responder? entonces, ¿de verdad estas enamorada del profesor? Su mirada la ponía cada vez más nerviosa, entonces lo que sientes sí va en serio. Además es confiable, por lo que lo conozco, nunca me haría daño. Si veo algo raro, me bajo rapidito. Subió y se acomodó en la parte trasera —tiempo después se seguiría preguntando por qué lo hizo—. Su mente ensordecedora continuaría acosándola en todo el trayecto. Francisco prendió el motor, sacó el vehículo de los muros del colegio, manejó a la izquierda, de frente a la pista que conducía a la avenida. Subió para allá y luego dio la vuelta en U, Gerald divisaba desde la luna las motos del paradero doce y las gentes que caminaban vagando en su propio mundo, entre las casas y las tiendas abundantes de la cuadra. El carro giró a la derecha y se detuvo en un complejo de casas bonitas y bien cuidadas, al lado de un parque.

—Está cerrado —dijo Francisco cuando miró a un lado, ella volvió el rostro y leyó el letrero de una bodega. —Hay una más allá en la cuadra que sigue.

—Está bien.

Manejó otra vez bajando hacia un mercado pequeño y luego doblando a la derecha, y después de frente. Ahora desfilaban hileras de casas que formaban un barrio cercando a un parque grande

en medio, muy similar al que había detrás del colegio. Gerald ya no reconocía el sitio. Sin andar mucho el carro se detuvo frente a una casa que llevaba un letrero arriba de la fachada. Cuando salió del carro, lo reconoció: vino aquí ocho años atrás, con su madre, dos litros de chicha morada, una gelatina de a sol, un vaso enorme, y un librito que le regaló su padre cuyo título se resaltaba en letras azules bonitas: *El principito*. Desde allí los libros serían el logo que la definirían para siempre.

—¿Cuál es tu fruta favorita?

—La piña.

—Algo más que quisieras.

—Solo quiero jugo.

Francisco pidió la bebida a la señora que estaba detrás de las rejas. Después de unos intercambios de palabras la mujer reapareció con una botella de coca cola cuyo contenido era amarillo con hebras casi transparentes.

Después de tomar durante un minuto de silencio, ambos observaron el movimiento silencioso de algunas hojas y arbustos, justo al frente de la tienda, los cedros parecían moverse en una melodía inaudible al oído humano, y uno de ellos parecía prestar su sombra a propósito a un banquito cerca de un arbusto. A Gerald le sonó como una invitación.

—Prefiero ir para allá. —él llevo la botella y ella los vasos descartables, cruzaron la pista hasta la vereda siguiente. El árbol que estaba a un lado de la banca sirvió de buena sombra y buen escondite. Después que el diálogo se enredara en muchos temas, Francisco hizo una pausa, se llenó el vaso.

—Es un tema muy tedioso.

—¿Cuál?

—Lo que me estabas comentando en la puerta del colegio — le llenó el vaso a ella.

—Sí.

—Yo solo me enamoré como unas dos veces.

—¿Así? —Gerald se llevaba un trago a la boca.

—Sí. Ellas se conocían. Asistíamos a la misma iglesia. Con la primera no ocurrió nada. Con la segunda llegué a estar —ralentizó su respuesta— y tuvimos que terminar.

—¿Por qué?

—Solo porque el pastor ya nos estaba sesteando. Y lo peor es que era su hija.

—Wau, que tonto. —Gerald sonrió vagamente.

—Sí.

—¿Cómo se llamaba? —Francisco casi se atora en el último trago.

—Rita.

—Yo solo me enamoré una vez —Gerald terminaba el vaso cuando contaba su historia, algo en el sistema nervioso hacía que gestualizara de ves en cuanto pequeños indicios de ironía triste—. Ocurrió en el colegio, estábamos en tercero, en el mismo salón. El me propuso para ser su enamorada. Estuvimos solo dos días.

—Qué corto tiempo.

—Fue porque al tercer día vino con su mamá diciéndome que su hijo no estaba aún en edad para tener enamorada. —Él soltó una carcajada que lo hizo toser de inmediato.

—¿De verdad?

—Sí, no te miento. Sí, sé que suena gracioso.

Gerald sentía un temblorcillo fastidioso en el cuerpo, creyó que él lo notaba y por ratos se excusaba que el aire le daba frío. Los latidos aumentaban, unas ondas bruscas de sonido le subían

del interior del pecho, propagarse en el tórax hasta escucharlas en los oídos, empezó a maldecir a los nervios que quizá se notaban, aunque se sorprendería al saber que Francisco también sentía acelerar el pulso.

—Pero ahora me agrada otra persona.

—¿Así? —decía el chico llenando el vaso ajeno— ¿es de tu salón?

—No.

—Es de otro quinto.

—No. La verdad no es un alumno, pero siempre anda en el colegio. —Francisco terminó de llenar el vaso. Controlando el temblorcillo de sus dedos, colocó la botella sobre su base sin hacerla tambalear. Su voz se dulcificó y sintió su propia ridiculez en sus pequeños arranques de movimientos.

—No es un alumno, pero siempre anda en el colegio —repetía, pensando en un remoto sitio de su subconsciente, que se trataba de su persona.

—¿Es el portero?

—¡Ja! ¡Ja! No. No es él.

—Es de tu edad.

—Es mayor de edad.

—Se más específica. No entiendo.

Trémula, decidió revelar más detalles.

—Es un profesor.

Francisco detuvo la carrera del líquido que entraba en su boca. Bajó el vaso.

—Un profesor.

—Sí.

—¿Es de los viejos?

—De hecho, es muy joven, se podría decir el más joven.

—Ya veo.

—Sí.

—Y... ¿Siempre estuvo en el colegio? —Gerald suspiró silenciosamente. El viento que rosó su rostro terminó por ruborizarlo, y sintió recibir fuerzas para soltar aquella verdad.

—No. Él ha entrado a enseñar al colegio hace apenas un mes.

Francisco se estremeció por dentro. Calló por unos segundos, igual que el sonido de toda la tierra.

—Ya veo. Miró hacia el arbusto de un lado. Sufrió un golpe de emociones, pero trató de lucirse impávido. Luego clavó los ojos en ella. ¿Para qué diablos decirle? Puede hacerle un daño. Quería desviar la conversación hacia otros lares donde se sintiera menos ansioso y menos propenso a caer en limbos prohibidos, pero no lo logró.

—Pues me gustaría ahora hablarte de la chica que me gusta.

Ella se tomó el último vaso de un trago.

—Cuéntame.

El aire friolento se combinaba con los resquicios de luz que se formaban entre las hojas de los arbustos y los árboles, acariciaba sus tobillos, le calaba la piel de los brazos y la hacía erosionar en puntos diminutos. Lo escuchó hablar de ciertas características de una chica muy cercana, y siguió el movimiento de sus labios al articular palabras, sentía acelerar el ritmo del pulso en cada diez segundos. No supo cómo ni en qué momento acercó su rostro al del profesor y cerró sus ojos con él. Se dejaron llevar por sus labios. Una corriente indescriptible recorrió su cuerpo como un éxtasis, una explosión contenida que finalmente brotó y desfogaba intensa. Él estiró su mano para

tomarla detrás de la nuca y acercarla. Ella le tomó la cara con ambas manos y lo apretó para sí. Sintieron el morbo de sus cuerpos, a medida que se besaban balanceando lentamente sus cabezas. Después de ligeros juegos de bocas, el tipo se separó de ella. Gerald enrojeció.

—Qué estamos haciendo.

—Ay... —Las miradas se esquivaron y luego se volvieron a encontrar. Reino el silencio durante un minuto.

—Creo que ya debes ir a tu casa, tu mamá te estará esperando.

—Sí... tienes razón. —Ambos se sonrieron al unísono.

—Entonces... ¿Estamos?...

Francisco sintió una gota de sudor correr por la sien.

—Qué tal si te llevo a la avenida.

—Mejor no, para que nadie me vea, por allá si pasa gente que me conoce.

Desearon despedirse con otro juego de labios, esta vez fue más fácil acercar las caras. A Gerald le pareció que el planeta entero giraba en torno al desplazamiento de sus carnosidades, y notó el calor de las mejillas de Francisco. Cuando se separó, quedaron mudos. Viendo que ninguno de los dos se ponía de pie, rieron al unísono. El profesor se levantó y fue a dejar la botella a la tienda, y Gerald tras él. Voltearon a mirarse y se sonrojaron. Sacó la mochila del asiento trasero y se la devolvió a la chica, acariciando disimulado sus dedos cuando lo recibió.

—Ve de inmediato.

—Cuídate. —Aquella última afirmación vino con un beso en la mejilla para él. La adolescente caminó a la izquierda, semblante bajo, luego volteó a menear la mano derecha en el aire al tiempo en que el profesor abría la puerta del piloto. Él también se despidió con la mano. Arrancó el motor y avanzó hacia el sentido contrario, perdiéndose en la cuadra de casas y desapareciendo al voltear una esquina. La chiquilla —como la llamaba Francisco— caminaba tensionando las piernas, como si estuviera marchando, y luego dando pequeños saltos casi en zig zag. Dirigía ligeramente la cabeza para los lados, llevando impregnada una sonrisa, pasando la lengua sobre los labios y manoseándolos con el dedo índice; sintiendo que llevaba, como sello de tinta indeleble, aquellos labios tantas veces codiciados del profesor. En ese instante fue tan joven como ella. “Casi”, pensó, pero... ¿Si alguien nos vio?... podrían denunciarlo...no...no lo creo... él también parece un muchacho... Recordó cada detalle, reparó en su cometido y pensaba si habría algún resquicio de augurio o presagio en su interior, pero no sintió nada.

—Estoy segura que nada malo va a pasar.

Aún permanecía un poco el sobresalto del pecho. Sintió la humedad de sus manos en el volante. El semáforo estaba en rojo y parecía haber estado así por mucho tiempo, lo que agrava su debate interior: la persistencia del recordar lo de hace veinte minutos, en su conciencia, y el rostro de una persona particularmente demacrada, sumisa, estupefacta. Relajó los hombros en el asiento, vino a su mente la imagen de Gerald portando un vestido blanco corto, acompañada de las olas del mar en la playa, la vasta del atuendo se elevaba al son de la brisa, dejando sus muslos al descubierto, y sus cabellos, sueltos y hermosos, rosaban su rostro sonriente; y en eso recordó la petición de algo: “Traes, por favor, el disfraz de chef, talla seis”. Su semblante dejó de irradiar morbo. Aun con el aparato amarillo persistiendo en el rojo, se dio cuenta de que el trayecto fue relativamente corto: pista derecha, doblar a la izquierda para llegar a avenida principal, avanzar por Consejo, menear el carro con los buses que pasan en el coliseo de toros, pasar la avenida; claro está, con la distracción de la chiquilla en la cabeza. Cosas tan pequeñas le pueden afectar la conciencia, ordenándole al cuerpo trabajar autómatamente mientras que se encuentra inmerso en sus propios pensamientos. Repasando este último tramo, la luz de arriba cambió a verde. Renegó al tener que

voltear a la pista de la izquierda. Avanzo dos esquinas adelante, y luego quedó doblar a la derecha. Frenó al encontrarse una casa de alquiler de disfraces; era un letrero, dos rejillas y un pedazo de lata que se desplegaba como rollo desde arriba. Luego de hablar, la mujer que lo atendió se adentró para sacar el disfraz. Francisco apoyó los brazos sobre la vitrina. Bajó la vista y encontró, pegadas con cinta, cerca una de las uniones que formaban un ángulo recto de fierro, dos imágenes que parecían sacadas de pinturas reales con sus respectivas descripciones debajo. Miró, la primera: una chica rubia, esbelta, con el rostro mustio y vestida de túnica roja con mangas blancas observando detenidamente una vela que tenía al frente, se le apreciaba de perfil. Leyó el título de la pintura: *Virtud*, por *James Christensen*. Se acordó de su nueva conquista, se sonrió. Al lado, la segunda imagen daba un giro al asunto: Varios hombres con vestiduras de soldados que acompañaban a una mujer, con una mano llevaba una lámpara y con la otra atajaba del brazo a un hombre con barbas largas y cabello canoso, todos vestidos de túnicas. Entonces el remordimiento que trataba de ocultar salió a flote, trató de identificarlo con alguno de los libros que había leído, pero finalmente concluyó que venía de una consecuencia a un dogma traicionado. Después de unos minutos de papeleo, billetes, un gorro y un traje de cocinero y una bolsa amarilla, salió para lanzar la ropa en el asiento del copiloto, se abrochó el cinturón, apoyó con cierta rudeza la coronilla al cabezal del asiento. El sabor de ambas imágenes no se le iba. Trató de recordar con exactitud la descripción que la segunda llevaba debajo:

*La negación de San Pedro*, por Gerrit van Honthorst.

*“Una criada vio que [Pedro] estaba sentado al fuego... y dijo: Éste estaba con [Jesús]. Entonces él lo negó, diciendo: Mujer, no lo conozco. “Y un poco después, viéndole otro, dijo: Tú también eres de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no lo soy. “Y... otro afirmaba, diciendo: Verdaderamente también éste estaba con él... “Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices. Y en seguida... el gallo cantó... “Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lucas 22:56–60, 62).*

Manejaba automática, sin percatarse cuánto corría el tiempo. En media hora ya había estacionado el carro frente a la casa. Volvió a apoyar la cabeza en el asiento, y pensaba solo en culpas. Por instantes dudó al tener que mirar a los ojos a su mujer como si nada hubiese sucedido. Se llevó una mano a la boca, contrayendo el labio inferior a modo de planeamiento. Qué importa ya... yo solo *quiero paz*. Sacó la llave del auto. Levantó el cuerpo tocando la manija de la puerta, para luego sentarse otra vez de golpe. Miró a la ventana de la casa con la esperanza de que su esposa no lo haya mirado con esa actitud. Salió del carro. Al tocar la puerta, Rita recibió a su marido con un semblante rutinario. Lanzó su cuerpo al sofá, cayendo al lado la bolsa amarilla.

—¿Conseguiste el disfraz de chef?

—Sí —se sentó y levantó con una mano la indumentaria.

—Te ves cansado. —La mujer avanzó por el sofá—.

—No es fácil enseñar deportes a pequeños.

—¿No me dijiste que estabas con los de secundaria?

—Ellos se comportan como niños. —Recostó su cabeza para un lado.

—Espero que mañana no estés cansado, tienes que acompañarme al colegio de Michael.

—¿Mañana es lo de su actuación?

—Sí.

—Anda tú, eres su madre...-Rita dio media vuelta, observó a su marido con ojos encogidos.

—¡Ja!, es una broma, pierde cuidado, mañana estaremos. —El tipo se levantó mostrando la espalda y se fue para el cuarto.

—Espero que esta vez no falles.

### XIII

El bus está acelerando. Está entrando por la ventana un frío maldito que me da a todo el cuerpo; también veo irse hacia atrás las casas pequeñas de este jirón. Creo que se llama Los Sauces. No puedo sacarme de la cabeza eso que vi en el colegio. Quise aprovechar los pocos minutos del recreo y me puse a jugar fútbol con algunos del salón. Raúl pateó mal y la pelota salió en diagonal afuera de la red que protegía la cancha. Salí en busca de ella y me fijé que había caído en una reja, cerca de los baños traseros del pabellón B, o no muy lejos. Corrí hasta llegar allí, crucé por el camino donde se entra a la parte trasera, entre una pared y un cerco de fierro casi oxidado, vi la pelota al final del caminito. Me acerqué, me detuve al escuchar un cuchicheo. Habrá sido unos segunditos, creo, que mire a la izquierda. Un hombre y una alumna juntos, besándose, agarrándose las cinturas con las manos, frente a los baños. Cuando fijé la mirada en ellos, reconocí a Gerald y al profesor que había entrado recientemente a enseñar física. Gerald lo separó con sus manos. Los escuché un poquito.

—Oye, puede que nos vean.

—Pierde cuidado, este sitio es muerto.

—Sí, pero puede ser peligroso...

Giré de inmediato y me devolví por el camino donde entré. Al repasar por el pabellón, se me quitaron las ganas de jugar. Regresé la pelota e intentaba meterme otra vez al juego, pero ya el cuerpo no me daba. Con tan de complacer a ciertas mujeres, uno busca hacer cosas que no haría de su voluntad, o ir a lugares que casi no va. Gerald es una de esas mujeres que lo alegran a uno muchísimo, y varias veces me ha dejado con las ganas flotando. Yo la he querido desde hace tiempo. ¡Y como un imbécil buscando libros para leer y parecer un poco más inteligente! ¡Filosofía?! ¡Filosofía! ¡En qué clase de estupidez pensaba yo, que ella me haría caso al estudiar filosofía! ¡Si no le gusta! Lo único que quería solo era tenerla a mi lado, y tener la libertad que los enamorados tienen de decirle tantas cosas guardadas, de abrazarla, besarla y tomarla de la mano sin que me lo impida. Y ahora pienso y pienso en qué pude haber hecho mejor, o en qué no hice para que ella corresponda. Tantas veces que nos sentamos juntos en el año no sirvió ni mierda. Algo en esta cabeza me decía “No te enamores, no seas tan *bestia*, tus amigos ya la conocen, te va a joder”. La profesora de comunicación no se equivocaba cuando hablaba de enamorarse, que a uno lo agarra la sensibilidad, que cuando uno es inmaduro se le debe retener cosas innecesarias. Ahora estoy borracho de celos, la rabia me mata, ojalá que los recuerdos se vayan con el aire que va corriendo por la ventana, para que dejen de distraerme, porque la cara blanca de Gerald se me ha quedado en la cabeza. Una astilla de madera se ha pegado a mi frente, porque el bus está pasando por una... ah... esos sitios donde cortan madera, y están cortando una tabla grandota. La astilla se ha ido con el aire; pero Gerald no.

Eres patética, Gerald, sin haberme dado cuenta te has alejado tanto y tanto has cambiado, que tal vez ni te acuerdes que me dijiste que no estarías con nadie al menos hasta los dieciocho, que esa tontería de enamorarse quedaba para aquellos que pierden el tiempo, que no tienen algo más importante que hacer y a los que se flagelan con su propia mortaja —cuántas palabras que no conocía aprendí contigo—. Pero mi situación es peor, estoy condenado a sentirme traicionado cuando en realidad nunca tuvimos nada, sí, eso es peor, sentirse con derechos inconclusos cuando compromiso ni hubo. La bolsa grandota de cuadritos y llena de verduras que llevo entre las piernas me recuerda lo ajetreado que está el mercado. Me ponía a buscar dónde podría esperar a que mi mamá comprara, y sacaba de mi bolsa un librito que había escuchado que te gustaba. Yo me ponía en un sitiecito que sabía que nadie pasaría, y sin embargo ese mismo instante a cualquier

hijo de perra se le ocurre pasar por ahí, y yo tenía que hacerme a un lado muchas veces, eso me reventaba, y me preguntaba por qué no pasan por el otro lado. Tan jodida está Lima por la ignorancia, que no lo dejan leer a uno. Parece que todo en Lima está hecho para joderte, jugar en tu contra un rato solo para burlarse. Miré las cáscaras de frutas y verduras junto con sus jugos y botellas sin terminar, que se caían de los contenedores de madera, se mezclaban con el lodo en la tierra y se volvía más detestable, y veía la huella que dejaban mis zapatillas en el camino, todo eso deprimía. Insulté en la mente al hombre que iba a delante jalando una carretilla, estorbando el paso, maldije al tipo que gritó cerca de mi oído mencionando lo que vendía. Entonces de triste pasé a incómodo, y de incómodo a aburrido. Qué forma tan triste de quitarse un pensamiento. Qué método tan lacra. Qué *facha* de vida, Gerald, qué estilo, mientras que tú la estarás pasando bacán.

—Filosofía. ¡Bah! Ricardo, tú siempre tan huevón.

## XIV

—No pretendo hacerlo siempre —respondió Gerald, acomodándose el moño de la cabellera y la mochila tras la espalda de la silla. Estaba en la primera columna de carpetas, la más cercana de la puerta.

—Mejor, ya sabes cómo se pone la auxiliar con los que llegan tarde —dijo Stefany, mirando la puerta en el momento en que Ricardo entraba. Su mochila se parecía a un portafolio.

—Llegó el chico de oficina —lanzó Gerald en voz alta, regalándole una sonrisa.

El muchacho avanzó apenas fingiendo una sonrisa. Puso la mochila en la columna de carpetas más lejana a la puerta, en la tercera fila de dos. Quiso ignorar el saludo de Gerald, reteniendo en la mente la escena que presenció ayer. Fingió mirar la parte baja de su carpeta como buscando algo, sentía que ella le quedaba mirando desde donde estaba. La saludo, no la saludo, meditaba mientras la imagen en su cabeza se destacaba: cómo ella devoraba los labios del profesor de educación física. Pero, si no voy a hablarle le va a parecer extraño, y si quiero que me confiese la verdad, debe sentirme normal, si quiero que me dé una explicación, me debe explicar lo que... Ahhh, que pienso. Se dirigió a para saludarlas, ella no me debe explicar nada, aunque... Al avanzar por la columna del medio, sintió la boca y el ceño entumecidos, y se impedía mostrar alegría y la asertividad que tanto acostumbraba llevar.

—Ricardo. —Stefany mostró la mejilla.

—Hola.

—Que tal.

—Hola Gerald.

—¿No vas a sentarte conmigo? —Su pregunta lo hizo meditar, Claro, cómo no lo pensé, si no me siento con ella, al toque va a pensar que algo no anda bien, ya la jodí. Ricardo la miró directamente, su mirada de niña pulcra ahora portaba un aura de leona.

—Lo que pasa es que necesitare esa fila —respuesta extraña. Gerald le notó frialdad y adustez en el rostro y no dijo más, él también se dio cuenta de su propia expresión y se mortificó peor. Las dos chicas lo observaron desde lejos cuando se sentó en la carpeta escogida. Sacó de la maleta el cuaderno de C.T.A. y comenzó a ojearlo. Gerald trató de recordar si había alguna tarea en ciencias que no había hecho. Ricardo permaneció en silencio, lo que sí no pudo mantener calmado fue un cataclismo ensordecedor de pensamientos, todos sentados en la transformación de un alguien más ajena que antes. Había llegado la profesora de la primera hora y él por poco se olvida de ponerse de pie, de no ser porque todos los demás lo hicieron. Miraba y escuchaba sin razonar en lo que se exponía, por ratos miraba a la columna de al fondo, una chica de tez clara apuntaba sin distracción. De este modo no sintió irse el tiempo. La profesora Rosario explicaba ciertos apuntes y un dibujo de un cuadrado que estaban en la pizarra. Debido a que ella era muy vivaz para reconocer los celulares escondidos, pocos serían los idiotas que lo utilizaban en su hora. Stefany estiraba la mano por detrás y dejaba un pedacito de papel que Gerald recibía en la mano.

—*Ya habla de una vez*

—*Yo soy reservada, loca*

—*Reservada? ¿Por dónde? Vomita quién de todos es*

—*El profesor Francisco*

Stefany se echó mano a la boca al leer las palabras. A través de los lentes parecían salir dos iris disparados. La profesora que estaba de espaldas giró la cabeza en dirección a la atolondrada muchacha, Stefany disimuló y la mujer volvió el rostro a la pizarra, siguió explicando.

—*El profesor de física?* —continuaron la conversación en papel—.

—Sí.

—De que me hablas? El profesor esta viejo, o eso creo

—No, la verdad es muy joven —Ambas comenzaron a sonreír.

—Te pasaste de pendeja

—Oye que hablas

—y que fue de Jorge?

—¡Que se valla a la ya sabes que!

—ja ja ja

—y que deje de fregarme la vida

La profesora giró de nuevo, y casi se percata del instante en que una extendía el brazo con el papel en la mano y la otra lo recibía. Por inercia, Ricardo también divisó la dirección donde vio la docente y se dio cuenta de las sonrisas encendidas que las compañeras daban. Stefany tenía la mano quieta en su costilla, pero no suspendió la maniobra. Ricardo devolvió la vista a la pizarra, el ceño se le relajó formando una expresión de decepción en el rostro, al igual la profesora cuando escuchó el incremento de una risa tontamente disimulada. Les clavó los ojos y vio entonces el transporte del papelito.

—¡Hasta cuándo van a cuchichear! —Gerald inclinó la cabeza escondiendo las mejillas rojas, la otra se tapaba la boca con tres dedos.

—A ver... Castillo...cámbiate de lugar... —ordenó la profesora enojada. Divisó las columnas y encontró a Ricardo con el asiento de al lado sin ocupar. —Siéntate al lado de Morales, Castillo... Castillo, qué estas esperando ¡Muévete!

Gerald tuvo que agachar la cabeza, ponerse al hombro un asa de la mochila, llevar los lapiceros en el centro del cuaderno y tomarlo. Se levantó a obedecer.

—Que pasa contigo Castillo, tú eres una excelente alumna —reclamó la profesora engrosando la voz—, y juntarte con Tolentino te ha corrompido.

En derredor se escucharon risas controladas, como queriendo expulsarse fuerte sin poder, Stefany lucía sonrojada en su sitio. La profesora escaneó a todo el salón con un par de ojos tan inflados como balas, y todo el mundo guardó silencio. Al verla llegar, Ricardo dio dos palmadas suaves a la carpeta al lado suyo, los labios se arquearon sin mostrar los dientes. Ella dejó la mochila en la espalda de la silla y su cuaderno en el madero. Cuando se dispuso para sentarse, su compañero la observaba con el rabillo del ojo, sintiendo en el interior un morbo que le causaba aquella silueta que doblaba las rodillas reposando sus formas en la silla. La escaneó de la cintura para arriba.

—Te pasaste, Gerald.

No le hizo caso. La profesora continuaba la clase pegando en la pizarra figuras hechas a mano, Ricardo movía el rostro a su derecha por instantes, solo podía contemplar a su compañera mirar a la pizarra con el rostro neutral, y luego dirigir sobre el cuaderno el camino del lapicero. Dio un suspiro. Por ratos pegaba la vista a la pizarra y en otros el iris espiaba silenciosamente a la persona de al lado. Moviéndose así, sin tomar un punto fijo, trataba de convencerse de su sobriedad por aprender de la clase, negando al subconsciente que solo estaba atento a los movimientos de Gerald. Mientras la profesora dejaba textos del libro para copiar en el cuaderno, Ricardo recordó de nuevo una escena macilenta, la misma que le había acosado desde un comienzo. Abrió el cuaderno y el libro, copió la frase "*Es una elección consciente y racional, orientada a conseguir un...*", entonces no se contuvo más.

—Gerald.

—¿Qué pasó? —le habló sin despegar la vista del cuaderno. Puso un dedo en el círculo de una

página.

—Qué paso con Stefany, que tanto se distrajeron.

—Nada, solo era algo tonto —esbozó una sonrisa sin ganas.

—No creo que sea algo tan leve, tú nunca has conversado cuando un profesor habla.

—Reconozco que está mal.

Ricardo volvió a la escritura, aunque no quiso guardar silencio.

—Dime, ¿De qué estaban hablando?

—Son tonterías.

—Creí que confiabas en mí.

—Son cosas de chicas —titubeó unos instantes para responder.

El pobre muchacho empezaba a ralentizar los dedos al escribir.

—De seguro habrá algún galán por ahí.

—Ah... Qué dices.

—Sí, ha de ser eso.

—Claro que no.

—Me has herido, Gerald —masticó entre dientes.

—¿Qué?

—Nada.

La chica torció la vista y volvió a escribir. Ricardo le recorría toda, su frente media arrugada y los dedos ágiles. Se molestó. ¿Cómo hago?

—Gerald, son pocas las veces en la que te has distraído en el salón, y viendo que no habría otra razón más lógica, pienso que estas un poco distraída por un chico. —Ella pasó el corrector a una macha que hizo en la hoja mientras escuchaba.

—¿Así? —Un tanto fastidiada, escribía más rápido. Un entraño sentir le nacía del interior, imposible que me haya visto con él.

—Sí.

—Y... entonces, según tú, ¿De quién se trata? —Ricardo la veía de soslayo, ausente e impávida, haciendo una sonrisa irónica, la frialdad de su parecer al tratar el tema le disgustó más. Quiso articular palabras, pero por un instante la boca se le trabó, luego tomó aire, el sonido salía.

—Tú estás con el profesor de física.

Aquellas palabras hicieron que Gerald borrara la sonrisa, dejara de escribir y empezase a balancear y darle dos giros al lapicero, para luego dejarlo caer en plena hoja de cuaderno. Giró la cabeza mirando a su compañero, atónita, desconcertada.

—Yo lo sé... no lo niegues —ella dio un parpadeo, sacudiendo levemente el rostro, *no esperabas que te lo dijera, maldita.*

—P... ¿Por qué dices eso?

—Yo los vi besándose detrás de los baños de primaria, los que ya no se usan —abrió más los ojos mientras su compañero engrosaba la voz—, y no me lo niegues, que me consta. Nada me hará negar lo que vi.

Ella esquivó la vista hacia nada. Después de un silencio de ultratumba, respondió.

—Yo... si, es la... es la verdad... Sí estoy con el profesor —tartamudeó al responder.

—¿Qué? —la palabra salió de su garganta casi combinada de un suspiro. Ella enrojeció.

—Así es.

—No puedo creerlo...

—¿Crear que cosa?

—Que tú estés con un profesor, eso es tan...

—¿Te parece raro?  
—¡Y no a ti?! Que, que, ¡Qué tienes en la cabeza!  
—Qué tienes tú en la cabeza.  
—Cuántos años tendrá ese tipo.  
—¿No te has dado cuenta de que es súper joven?  
— Eh... Sí, sí, parece joven, pero mucha gente aparenta... ah, qué mier...  
—Mejor.  
—Te apuesto a que ni siquiera sabes su edad.  
Ella escribía levantando la muñeca.  
—Tiene veintiséis años, y lo dijo delante de todos en su primer día.  
—Veintiséis —Ricardo sacudió el rostro. Gerald se frotó parte de la frente. Extendió la mano en señal de imposición, pero cuando abrió la boca para responder, su compañero la interrumpió.  
—Veintiséis.  
—Qué haces.  
—Dieciséis, diecisiete... —mostraba los dedos de la mano-...oye, generalmente una chica de secundaria, como tú, estaría con alguien, a lo mucho —puso énfasis en la voz en esas últimas palabras— mayor tres o cuatro años.  
—Y...  
—¡Gerald, ese tipo te lleva por diez años!  
—Y...  
—¡Y...?!  
—Baja la voz.  
—¡Y...!  
—A ti te gusta la profesora de religión, y es doce años mayor.  
—Es solo un gusto, yo no me ando besuqueando con ella detrás de los muros del colegio —agrandó los ojos.  
—¡Cállate, baja la voz!... —Ricardo le sintió altivez mientras algo por dentro se le quebraba. Nunca le había hablado de ese modo— Cierto, tú eres más educado... Ahora me he vuelto un poco...  
—Alocada...  
—Ja... no.  
—Qué ha pasado contigo.  
—No lo sé... además... no estoy haciendo nada malo.  
—No estoy seguro de darte la razón.  
—¿Por qué no?, los sentimientos son para demostrarse; y si son correspondidos, a buena hora.  
—Si alguien que reconozca al profesor llega a verlos, pueden expulsarte a ti y a él, y de paso llamar a la policía.  
—Tanto así...  
—Porque él está cometiendo un delito, se llama delito de seducción.  
—Ya lo sé, me lo explicó mi papá, además eso no es delito de seducción, ni siquiera hay delito cuando las dos personas hacen las cosas por voluntad propia. —Ricardo le miraba con las cejas pesadas, ella volteó de arranque— Oye... ¿donde diablos sacaste eso de “delito de seducción”!  
—De todas maneras, no creo que sea bueno...  
—¿Ese delito existe?  
—¡De todas maneras!... no, no creo que sea bueno... esa relación.  
—¿Por qué no? Dime una razón, ¡aparte de la edad!

El tipo buscó alguna razón sin hallarla. No tenía conocimiento de leyes como tampoco había ninguna circunstancia para impedir esta aventurilla, aparte de la edad, lo único que sustentaba su oposición a la relación era solo el intenso sentimiento de su interior hacia ella — ¿qué lo podría llamar, “amor”? —.

—¿Cómo se llama el profesor?

—Francisco.

—¿Sánchez?

—Sí. —El joven pasaba el dedo índice sobre el cuaderno abierto, aún no había terminado de copiar el texto del libro.

—No sé qué decirte, mi amiga. No lo veo muy seguro. —Ella esquivó el rostro, reanudó a copiar en el cuaderno—.

—No te preocupes, no necesito que me aconsejes.

—Debes saber que cuando un hombre quiere jugar, lo hace. —Ella hizo pesadas las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillo, Gerald. El hombre es... una de las... grandes criaturas de la tierra que puede separar el amor del sexo. Si un hombre ve a una chica que serviría bien como... desfogue, lo aprovechara sin pensarlo. Total, él no tiene nada que perder. —Gerald golpeaba el cabezal del lápiz contra la hoja de cuaderno, manejándole con el desliz de dos dedos.

—Tus palabras son duras. —La enamorada se llevó dos dedos a la sien. —Ahora hablas como Aurelio.

—Ese tipo no me cuadra.

—¿Aurelio?

—El profesor.

—Deberías conocerlo más.

—Solo te digo que te cuides, amiga, al final ciertos hombres salen con sorpresas.

—Me asustas.

—Yo sé, amiga...Pero... —Comenzó a pensar en la seguridad que ella sentiría con el desdichado profesor; ella miró abajo, su tez blanca le parecía hermosa, aunque ahora ofuscada. Pensó en que aquella postura la toma la gente que se juega alguna condena, como si buscara con la vista algún objeto perdido o punto de disyunción que permita aliviar el problema, al menos un poco...— Ve tú, Gerald... Yo no soy nadie para decirte lo que debes hacer, si eso te hace feliz, y es saludable, no hay razón para oponerme.

Gerald calló. Pensó en que fue estúpido hablar con el profesor en los baños de primaria; aunque nadie concurría allí, igual era de fácil acceso.

—Oye, por favor, prométeme que no se lo dirás a nadie.

—No vale la pena. —Aurelio me miraba de forma diferente. Él era la única persona que parecía entenderme.

—Lo sé. Pero hay algo aquí que persiste.

—Esto que está allí —volvió a tocar mi pecho— se llama... ahm... ansias de algo. Pero créeme que te iría mejor con alguien más.

El salón ya estaba vacío porque la mayoría había salido al recreo.

—Y qué te contó ella ¿Te dijo que tenía algo con el profesor?

—Sí, bro. Me lo confirmó.

—Y qué piensas hacer.

Quedé callado, no esperaba una pregunta tan directa. Tenía la cabeza intranquila y las ganas de ver a Gerald lejos del profesor me acosaban cada segundo, hasta sentía que me estorbaban.

—No sé, te digo que no sé.

Aurelio me miró con ojos tiernos. Le había contado a Alexis una parte de la historia, pero sin decirle que el gil de Gerald era un profesor, y este me había dicho que así pasa, que así sucede, que así uno sufre y padece cuando está enamorado, que no la puedes olvidar, que estará presente en cada cosa que haga, en todo tiempo y en todo lugar, pero que pasará muy pronto. Pero siempre lo decía con la voz tan desabrida como su cara, y percibiendo cómo era el asunto, no parecía cosa de unos cuantos días, o de unas semanas. Jairo, que estaba a la carpeta de atrás, me escuchó y me dijo que las mujeres son a veces perras, y que en cuanto ven que uno se muere por ellas, al toque se alzan y se hacen las valerosas, son altivas. Que la otra vez él le seguía los pasos a María Elena, la del otro salón, hasta le regalaba chocolatitos y esas cosas, un día le mandó por medio de un compañero un peluche que le había costado como treinta soles. Y que ella decía que iba a pensar bien estar con él. Pero como a la semana que pasó todos los quintos se enteraron que María Elena estaba con un tipo de otro colegio, ya mayor de edad, más alto, guapo y blancón —el cuerpo de Jairo pasaba la silla donde estaba sentado—. Y que desde ese momento ya ni bolas le hacía. Que todas son unas convenidas, y que se van con el mejor postor. “Te acuerdas della, eh, de María Elena”, y yo decía sí con la cabeza pero no recordando en verdad. Todos mis amigos, Angello, Alexis y Jairo siempre me lo decían con aire pesado.

Pero Aurelio era distinto, era diferente. En ese instante, me sorprendió que me mirara de esa forma, con los ojos brillantes, como si se compadeciera de mi situación y se pusiera en mi lugar, como realmente yo me sentía.

—Ricardo...-miró hacía abajo y volvió a verme— ella no vale la pena, te lo aseguro.

—Pero, tu no la conoces, ella es muy buena, tiene cosas muy buenas, adem...

—Pero no vale la pena, y te lo digo yo, que sí la conozco.

## XV

Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente.  
Lucas 22:62.

Parecía colgarse de un hilo de lino, oscilaba para donde la llevaba los vientos de las decepciones, la paz de conciencia se soltaría de aquella cuerda floja, tensionada de la mente. Así lo piensa, sentando en el sillón de la sala vacía, con el codo recostado en la manija abultada de la izquierda. También estaba en la secundaria cuando conoció a Rita, cuando era ella una figura escuálida y alargada, pero con la nariz perfilada, de apariencia endeble y fina como la forma de su cabeza, lo gandido de su rostro. Pero su forma de mirar y sus posturas con sus mensajes daban una invitación demoniaca que siempre dejaba a Francisco con las ganas alborotándole la sangre. Se encontraban todos los domingos, en la capilla evangélica, una casa en la que habían improvisado sillas y un altar en medio de un escenario de espectáculos. A las salidas, se buscaban entre las gentes de vestidos largos, escaneaban el sitio con la mirada, entre resquicios de brazos y hombros, se encontraba uno al otro, o viceversa, apartaban la vista pero se dirigían a esa dirección, coincidían sin coincidir, a veces de un saludo de manos, a veces uno de besitos en la mejilla, el tono rojo en la piel de sus caras, los acercamientos de los cuerpos, así nació. Francisco hacía puño con su mano, apoyaba un pómulo. En el recuerdo, Rita aceleraba el paso, sosteniendo de la mano a Francisco, saliendo de la capilla. Doblaron la esquina hacia la derecha. Pasaban el pequeño puesto de discos, también cruzan cerca del restaurante Vino Nuevo, extrañamente dirigido por miembros de la misma congregación. Por instantes, ella volteaba a mirarle, ambos se sonreían mutuamente, pensando en lo que van a hacer. El pecho de Rita estaba descubierto hasta antes del busto, él miraba de cuando en cuando de abajo para arriba: las piernas descubiertas hasta los muslos, la vasta de su falda rosada corta que se hacía olas con el paso, el cuello desnudo, unas ganas de probarlo, un deseo de probar sabores, mil excitaciones hacían acelerarle el corazón, y sentía algunas pintas de humedad en la parte baja de abdomen. Pasaron a la siguiente esquina. Él ya no reconocía el lugar. Cabinas de internet, tienda, casas, bodega, una esquina aún más solitaria, voltearon a la derecha. Un muro de apariencia desolada, bloques de ladrillos sucios, él la pegó a esa pared. La cogió de la cintura y ella del cuello. Se dieron muestras de amor entrelazando bocas. Las manos pasaron, como juego de villanos, de las caderas, deslizándose hasta los muslos, levantaba la basta de su falda, mientras los labios ahora saboreaban su cuello. Ella lo detuvo.

—Aquí no —le dijo.

—¡Vayan hacer sus cochinadas a otro lado, malcriados!

Se distrajeron al oír la voz, miraron a varias direcciones pero no supieron si se trataba de alguna abuela que deambulaba en su balcón para respirar el aire fresco sin esperar ver tremendo episodio, o tal vez habrá sido alguien del parque del frente, terreno cubierto de tierra muerta y abandonada, con cercos de alambres que se notaban hechos artesanalmente; solo les pareció escuchar a una mujer entrada en años. Rita se llevó una mano a la boca, con el cabello revuelto. Sonrieron. Le llevó de la mano, corrieron hacia la esquina de la otra cuadra, giraron. El muchacho pasaba y repasaba los ojos por los balconcitos que se elevaban con los pisos, uno sobre otro, los bloquitos de concreto en las veredas que se elevaron para intentos perdidos de jardines. Identificaba departamentos con luces, pero con el silencio de un desierto. Sintió que la mano que lo guiaba frenó, ella le acercó a una fachada verde oscuro, guarnecida por una reja negra, miró en los interiores. Abrió la reja introduciendo una mano y metió al enamorado, guiándole por la

escalera de un costado a la segunda planta. Sacó un manojito de llaves y Francisco quiso preguntar por qué tanta precisión. Dentro, un acogido ambiente, pero ese no era el destino final, tampoco lo fue la cocina ni el comedor. Ella lo seguía llevando del brazo hasta un estrecho pasillo, donde pasaron dos puertas y ella dobló a la izquierda, metió la llave a una cerradura y dio un leve giro a un costado. La habitación les dio la bienvenida, la cama llamaba. Ella entró y él se quedó en el umbral de la puerta con una sonrisa temblorosa.

—Ven, no te que des ahí parado... ven.

—Como digas.

Cruzó el umbral, se besaron en un vaivén de manoseos, ella le dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí con un pie, como patada de asno. Esa tarde vivieron locas emociones, que se prolongaron más de tres horas, que se repitieron más de tres veces.

Francisco miraba al techo de calamina y luego a la mesa de frente, tapada con un mantel echo de aluminios reciclados.

—Estúpido. —La voz de su padre resonaba desde el más indeseado punto de la memoria, y aumentaba mientras más lo asimilaba, y se hallaba en otra casa, en otra agonía, en otro tiempo.

—No le hables así. —sentada en una silla entretejida de junco, su madre trataba de defenderlo. Él la veía tan vieja como la silla, su padre seguía hablando de pie a su delante.

—¿Y qué quieres que le diga?, yo no voy a ocultar esa estupidez, porque eso es lo que es, una es-tu-pi-dez. A las cosas hay que decirlas tal como se llaman. —El chico miraba al suelo, lloraba. — ¿Tengo razón?, dime, pues ¿Tengo razón o no tengo razón?

La madre quedaba muda, Francisco sentía un rubor en la frente, se tapaba la boca con cuatro dedos, dejando una rejilla de torcedura de labios.

—¡Y!, qué hacemos —su padre continuaba dirigiéndose a él— ¡qué hacemos!, ¡qué hacemos!

—¡Ya!, ya no lo atolondres más —dijo la madre. A la mesa, un vaso de agua, el padre lo tomó en una mano con dedos largos como lombrices.

—He escuchado que esas evangélicas son bien drásticas, ah... —hablaba entre sorbo y sorbo— en qué lio te has metido.

—Papi, va'dormir... — Una voz externa de sus pensamientos le distrajo, giró la vista, un niño vistiendo un polo anaranjado y un short verde, uno de los pocos que le quedaba. Francisco le plantó la mirada, esta vez con ternura, torció la vista hacia un lado. Apagó las luces y ambos abandonaron la sala.

## XVI

Era sábado y el profesor asimiló aquel día más que nunca. El sudor nocturno, producto de un miedo furtivo, obvio, se combinó con el agua que limpió su cuerpo y se fue por la rejilla de la ducha. Cuando salía de la cortina secándose la espalda, miró el reloj colgante en un muro, eran las ocho. Se sonreía a si mismo intentando tapar el temblorcillo de sus manos y la agitación de sus hombros. Ya no había marcha atrás. Luego que se probó el pantalón más apegado al cuerpo que tenía, de un color guinda intenso, y después de peinarse minucioso, se dio una última vista general en el espejo.

—Parece que te estas alistando mucho para una simple reunión —dijo Rita, su mujer, apoyada en el marco de la puerta. El tipo se estremeció por dentro, sudó una línea de agua fría en la sien y la secó con la llema de un dedo.

—Lo que pasa es que me alisto para verme bien. Los profesores son todos viejos y... y no me gustan como se visten.

Rita lo divisó de pies a cabeza. Francisco suspiró hondo al acercar el rostro al lado izquierdo y verla desaparecer del espejo, camino a la sala. Se divisó nuevo el reflejo del semblante, una hebra de cabello cubría su frente, cuánto tiempo podría encubrir aquella farsa. Cuando cruzó el umbral y abrió la puerta del carro, Rita percibió su perfume varonil, emanaba un olor a bosques voluptuosos.

—¿Seguro que no vendrás a almorzar? —le hablaba apoyada a la puerta de la casa.

—No. Estaré aquí por la tarde.

Ella le observó con los párpados contraídos. Trémulo, prendió el motor. Condujo por una media hora a la avenida Las Flores, con las manos sudorosas y la coyuntura del pulgar golpeando el timón, después un montón de gestos para apaciguar y ocultarse los pensamientos de su propia conciencia. Un semáforo en rojo y él le puso atención a lo que decían en la radio, hablaban de las mujeres que el hombre no debe fijarse. La primera de la lista era la prima. El profesor divisó la pista del paradero doce. La segunda es la madre del mejor amigo. Qué horrible, aquí no hay semáforo pero allá está Gerald, en la otra pista, de pie en la esquina frente a la farmacia. Siguió de largo hasta encontrar la abertura de la pista, volteó en “u” y regresó a donde la vio. Estaba vestida de un jean ajustadito al cuerpo y una camisa manga larga a cuadritos, cuya basta le permitía verle medio ombligo. Francisco volvió a temblar, y deseó tener entre sus brazos esas curvas pubescentes. Apenas lo vio, ella fingió voltear a un lado y luego volvió a verlo. Subió al asiento trasero mientras él cambiaba de emisora. Siguieron su camino de frente hasta terminar la avenida, voltear a la derecha y unirse al camino que los llevaba al centro de Lima. Mientras conversaban, ella miraba las gentes atolondradas de las calles, y de tanto en tanto le hablaba sobre lo que veía en los afiches publicitarios de los postes. Él la veía desde el retrovisor, le recorría la mirada de pies a cabeza, y sentía humedecer sus entrañas. La boca perfecta y carnocita, seguía el camino de su lengua, sus ojitos chinos vivaces con el iris sobresaliente, sus caderas, las formas de sus muslos masticables bajo el jean, expandidos en el asiento, toda ella parecía deslumbrante. Ya, inútil, cálmate o pensará lo peor de ti. Apretaba los párpados disimulados, y trataba de blanquear la mente. Al llegar al centro comercial, giró y se adentró en el estacionamiento. Ella bajó. Se sonrieron al percatarse de sus rubores y él la tomó de la mano luego de limpiar la suya con la tela del pantalón. Se dirigieron a la primera planta. Las multitudes de gentes se desplazaban, se expandían y comprimían en distintos puntos del sitio, todos de distintas edades y a veces andaban por grupos. A los lados, un centenar de vitrinas enormes, todas exhibiendo modelos de ropa, calzados y accesorios, alguna de ellas con una persona de uniforme peculiar en la entrada.

Llegaron a una vitrina tan lustrosa que pudieron verse: un par de chicos, tomados de la mano, sin mucho desperejo en la edad, él era alto y endeble, ella un cuerpo blanquito, una carita redonda. A la vista común, dos enamoraditos paseando. Ella todavía no lo asimilaba, le costaba creer que el tipo que le provocó tantas tragedias emocionales y morbos solitarios la llevara de la mano, la condujera a divertirse, la besara, que el profesor la besara. Le parecía extraño a la par que fantástico, al andar movía la cabeza sonriendo, y luego sonriéndole.

Cruzaron la entrada rojiza con la cartelera de las películas en una pared. Francisco se formó en la cola, compraba las entradas y Gerald divisaba todo el sitio, casi todas las personas que estaban en la fila eran de su misma edad. Se preguntó si deberían estar en sus casas aprovechando el sábado para hacer sus tareas, luego recordó su propia posición y evadió responderse. Francisco la llevó entre un pasadizo estrecho donde más gente hacía una cola y se incorporaron.

—Oye, no hemos traído nada para comer.

—Cierto.

—Qué quieres tú.

Luego de decidirse, Francisco hizo una expresión de recuerdo, sacó de su morral un libro que llevaba en la portada una persona en una cama y un ojo como cabeza. Lo abrió mientras ella lo sostenía en las manos.

—Y Este es mi cuento favorito. Entretente mientras...

—Ah, sí lo leí.

—¡Tranquila!

—De verdad, lo vi en internet. Que el fama lo manda al carajo al cronopio ese. Y me gusta este final, “El almuerzo dista de ser un éxito” —lo miró coqueta— como tú y yo.

—O como te saldría con Jorge.

—Vete al carajo.

Gerald se sumergió en las palabras de una página, y no se percató de los minutos que fue leyendo, pero, *¿dónde queda el tal carajo?* Pensó que Francisco la miraba. Cuando levanto la vista, había desaparecido. Se asustó pensando que se había esfumado igual que el cronopio del cuento. ¿Tenía el poder de mandar al carajo a la gente o Francisco era de esos que desaparecían cuando se lo piden? Giró a varios lados y él apareció por fin, con gaseosas y un pan con salchicha apegado al pecho.

—Oye, creí que te habías ido al carajo en serio.

—¿Qué? Ah, como el cuento.

—Dónde quedará el tal carajo.

—Yo que sé. Pregúntale a Cortázar.

Entre risas entraron a la oscuridad del salón. La dirigió en los asientos más alejados del centro, porque a Francisco lo embargaba el sentimiento de que alguien conocido lo vería con una menor de edad. Durante la película la veía sonreír y carcajear, luego mirar fija y atenta, pero siempre con una sonrisa. Abrazándola, la apegó a su cuerpo. Después ella se recostó a su hombro y dos actores se besaban para luego viajar en un auto veloz. Francisco la miró y siguió el impulso de besarla. También siguió su deseo de recorrer su cintura, pegarse un poco más para sentir las olas de su cabello en su propio rostro. Terminaron besándose durante medía película. Salieron del centro y deambulaban las casonas de un jirón antiguo, cerca de una capilla rosada se elevaba en un lado, tan grande como un castillo. Era la hora de comer. Comenzaron a mirar la variedad de restaurantes, la vista de los interiores era agradable pero hubo uno en especial cuya arquitectura interior se asemejaba a las casonas coloniales. Mientras comían, Francisco se deleitaba en observarla hablar, descuartizar un trozo de carne tan elegantemente, llevárselo a la boca y luego

sonreír, Qué sucede, Nada, solo me encanta verte, Uno de estos días te cocinaré tu plato preferido, qué te gusta más, y para Francisco era el mismo cielo, Sabes cocinar, *eres toda una mujer preparada*.

Luego de almorzar, caminaron entre las veredas bajitas del Jirón de la Unión, que a veces se juntaban con las pistas de los carros. Se encontraron frente al Palacio de gobierno, y por un lado la catedral. Se sentaron en uno de los escalones grandes, mirando al parque, una fuente de agua se disparaba al cielo, se expandía y se volvía a caer, rodeando a la estatua de un hombre que parecía un soldado. Sus conversaciones se dirigían hacia lo que les gustaba, lo que les apasionaba, las distintas experiencias que marcaron sus vidas. En un momento ella se acomodaba a su delante, se pegaba a su pecho, él la rodeaba con sus brazos desnudos, sentía la espalda de la chica vibrar apenas un poco, apegaba su mejilla, la rosaba con la de ella suavemente y la volvía a besar, bajaba recorriendo su cuello con los labios hasta besarle la piel antes de los pechos, la apretó más para sí, la empezó a desear. Sin darse cuenta, en el cielo se fue transformado el matiz, de un blancuzco común a más azul amoratado. Decidieron regresar al estacionamiento, recoger el carro para abrirse camino al parque de la Reserva. La cola para pagar la entrada era larga, pero más grande fue la brillantez del rostro de su alumna, cuando observó las formas del agua salir disparadas para arriba. Las luces de las plataformas hacían figuras en el aire y junto con los espirales de aquellas olas artificiales y los malabares de los chorros transformaban el entorno en un paraíso acuático. Cuando un telón negro cubrió todo el cielo, se llevó a cabo un espectáculo luminoso con los arcos acuáticos, combinados con luces fosforescentes que deslumbraron a todos los espectadores. En una plataforma cuya extensión daba la impresión de una piscina sin fondo ni fin, echas de un concreto liso grisáceo, dos arcos gruesos se elevaban gracias a un dispensador, cruzaban sus chorros en sentidos contrarios, se expandían en lluvias refrescantes que mojaban a la gente y con ayuda de reflectores formaron un corazón rosado. Entonces la pareja se miró, el profesor sintió una corriente en el cuerpo, agrandó los ojos y coordinó los movimientos con su alumna que sintió lo mismo. La besó, y pudo sentir la energía calentita que de ella emanaba. Sintió sus caderas perfectas, su movimiento, sus brazos que rodeaban su nuca, la efervescencia corporal que calentaba su ser y embellecía el ambiente. El chorro de agua, los reflectores que formaban un corazón de luz, sus labios que disfrutaba en un balanceo de rostro, y aquella combinación de saliva en la lengua fue el factor que terminó por aplacar para siempre su desdichada conciencia, reduciéndola hasta la nada.

## XVII

El sol del mediodía les humedecía la piel de la espalda, sentían la tela de las camisas o las blusas pegadas al cuerpo, y el ligero deseo de desabotonarse el cuello por un rato. Pero todo aquel que pertenecía al quinto, en la sección del C, caminaba el pasillo lateral de las canchas sintéticas, doblaba a la derecha saltándose el murito innecesario de concreto en el pasillo, como un rompe muelle, y se iba al fondo, al último de los salones de la cuadra. Gran parte de ellos traían una caja particular. Era, por lo común, de un cartón cuadrado, forrado de papeles con diseños, y por dentro decorado y propicio para imitar un dormitorio a escala, cuya cama echa de cajitas con palillos de fósforo o cual sea la idea del alumno, mantendría un huevo rosado abrigado de ropas a medida. Apenas llegó, la profesora llamó por lista para que presentaran sus trabajos.

—¿Esto es educación? —Preguntó Angello— cuidar un huevo por siete míseros días, ¿esto es realmente educación?

—Y todavía como si fuera nuestro hijo, ¡a qué nos están incentivando! —dijo Aurelio entre risas.

—Mira. Después de presentarle la caja a la profesora, a la Soto... Cómo era su otro apellido.

—Soto Pastrana.

—Después de presentarle la caja y todo a la Soto Pastrala, Miré profe, ya le puse la ropita, el cuartito y toda la huea, ahora le saco la ropa, y se lo doy el huevo pelado para que se lo meta al fondo de la concha...

—Moquillaza Alcocer. —La voz de la profesora era similar al militarismo de la auxiliar, estaba llamando por lista, había pronunciado los apellidos de Jorge. Este se acercó al pupitre con una caja de cartón sin forrar y las paredes de adentro pintadas de ténpera verde. Dentro, una cajilla de bombilla rellena de algodón y un huevo cubierto con tela pegada a silicona. Su rostro, trazado con lapicero, era de ojos deformes y una boca estirada en forma de pera, como si estuviera asustado. Aquel trabajo dejó risas a los compañeros de su grupo por toda la semana.

—Aquí e-está, p-profe.

—¡Profesora, ese no es el huevo de Jorge, su huevo se le rompió! —dijo Daniel desde su asiento, y con papel higiénico en la nariz.

—No, p-profesora, este es mi huevo —se defendió Jorge y sus compañeros se rieron con el enredo de sus palabras.

—Voy a reconocerlo por mi firma. Ahí si no me engañan.

La profesora sacó el huevo de la caja, despegó el mísero pedazo de tela, un intento fracasado de ropa, le paso el ojo por todos lados contrayendo sus parpados. Finalmente fijó su vista en la zona donde puso su firma siete días antes.

—Este no es el huevo que te firmé, ¿Dónde está?

Los del grupo de Jorge se rieron fuerte. Lo que la profesora no creía era que en verdad era el huevo de quien lo presentaba.

—Oye, la profe te ha creído —dijo Angello a Daniel.

—Ese es el huevo, p-profesora.

—No me trates de estúpida, Jorge, ya le habrás hecho lo mismo a varios profesores pero a mí no me la haces, ¿crees que no hablan de ti?

—Creo que tanto que miente, la profesora no confía —dijo Daniel, poniendo un pedazo de papel extendido en la carpeta

—Pucha, ¿y si no le acepta? —dijo Aurelio.

—Profe, o sea, uno se esmera en hacer el trabajo bonito, para que usted no me crea.

—¿Te parece bonito pegar un pedazo de tela sin gracia, como sea?... Anda engaña a tu flaca.

¡Frsh! Daniel rio, la nariz que sonó como cañería botó una gota inmensa de mucosidad en el papel, su caída hizo sonido, y cuando sus compañeros lo vieron, se rieron peor. La risa duró incluso después del cambio de hora. La profesora había dado una clase ardua sobre la toma de decisiones y las personalidades de la gente. Cuando escuchó el timbre, guardaba sus cosas en un portafolio con la misma expresión neutral. Ricardo observó otra vez la caja de Jorge en el otro grupo, y como otros compañeros también abrió la boca y gestualizó una risa de mimo. Jorge le mostró el dedo medio derecho. Cuando ya Pastrana ya se había ido, Ricardo pidió permiso para salir al baño antes que el siguiente profesor llegara. Regresó en un tiempo corto, caminó hasta su sitio, miró al lugar de Jorge, ojeó otra vez su huevo en la caja. En un arranque de gracia, rio de nuevo delante de él. Lo que no se esperaba era que Jorge se levantara, avanzará hasta el otro sitio, cogiera el huevo de Ricardo y lo tirara contra el suelo. Ricardo le mentó la madre, cogió el huevo de su compañero y también lo reventó contra el suelo. Se agarraron de los cuellos de las camisas, se sacudían mientras se armaba una disputa de unos cuantos manotazos y empujones que terminó con insultos y críticas.

—Por eso la gente no te cree —dijo Ricardo.

—Anda, enojón.

—Fuera, tartamudo. Seré enojón pero no ando persiguiendo a las chicas como un depravado ni las ando manoseando. Imbécil.

Jorge lo observó con detenimiento, sonrió.

—Cosa que tu no podrás, por más que intentes, por eso Gerald no te quiere.

—¿Qué? —Ricardo volvió el rostro.

—Y-ya no te hagas, R-Ricardo ¡Ya todos se han dado cuenta que te gusta Gerald desde hace tiempo!

—¿Qué?

—¿Ricardo?

Las voces surgieron como si hubieran salido de un sueño invernadero, fuertes, notables. Todo el salón hizo un sonido de sirena.

—UuUUuuuhh.

—Habla, desahúevate. ¿Te gusta o no te gusta Gerald? Estas idiotizado por ella.

Ricardo sintió rubor de su propio rostro, tan caliente como nunca. El susto de que lo haya oído le calaba la piel. Solo sentía temor por ella, giró con lentitud, Gerald lo miraba sin parpadear, las cejas arqueadas, como preguntándole con sus ojos de diosa ¿eso es cierto? Luego miró a Aurelio, en la siguiente carpeta, que le movía la cabeza negativamente. ¿Qué hacer? Gerald seguía luciendo como ampallada en un momento inoportuno, pero ya suponía que se dio cuenta desde hace tiempo, y si no, tarde o temprano lo sabría. Qué más da.

—Déjenme tranquilo. —Se abrió paso bordeando las mesas de su grupo, y sintió la mirada de Gerald que lo seguía por la espalda, su piel se enrojecía, pero era un enrojecimiento sereno. Salió del salón. Al cabo de unos minutos regresó con la cara mal lavada que goteaba en parte del pasillo, las cejas despeinadas y los ojos llorosos. De inmediato entraba la profesora de comunicación y acomodaba las cosas en el pupitre. Todos se levantaron de sus asientos, Ricardo permaneció de pie. A una señal, se sentaron.

—Me imagino que todos habrán escrito su cuento y lo han traído ¿no? Ese trabajo cubre parte de la nota final, así que es una ayuda.

Se escucharon unos murmullos de lamento, algunos estaban preocupados de haberle dedicado más tiempo a todo menos a escribir un relato breve para una nota crucial. La profesora llevó una

silla al rincón del salón. Uno por uno, los alumnos salían al frente de la pizarra para leer un cuento de su propia invención y escritura. Ricardo miró a Gerald levantarse frente a él, caminó a la pizarra y estiró la hoja en sus manos. Teniendo el cuello de la camisa desabrochado, estaba lindísima.

*¿Sería justo que la vida fuera como una novela? Por supuesto, eso vivo contigo...*

Ricardo escucharía y recordaría solo esa frase, porque el resto del cuento estaba hecho de letras armoniosas e incomprensibles, parecía más un poema que un cuento, y se irritó al pensar para quién lo había escrito. Después, se oyeron palmas para ella. Avanzó con la frente en alto, y permaneció así cuando se sentó en su sitio, mirando arriba de la cabeza de su compañero para no tener que mirarlo a los ojos. Orgullosa, masticó Ricardo entre dientes, Maldita orgullosa. Tres compañeros después, y era el turno de Aurelio. El brigadier se puso de pie a la pizarra, sostenía la hoja. Todos sus compañeros dejaron de susurrar, tal como lo hacen al escuchar a alguien importante. El tipo leyó su narración:

*—Todavía te recuerdo, Lea, desde el momento en que te conocí, en medio del césped de la universidad de mi hermano, jugueteando con una hilera de tela de la vasta rota que colgaba de tu vestido, sin vergüenza. Desde entonces, después de comer, corría entre las ruinas de las pistas, llegaba a la universidad con forma de castillo barroco, tal distinto a las casonas del pueblito donde vivíamos, y jugábamos a preparar maquetas de casitas con las hojas y las ramas que encontrábamos tiradas en el jardín. En una de esas ocasiones te prometí que te haría una casita hecha de un tronco real, del roble que se hallaba en el taller de mi padre, tan bonita que ni la mansión en la que estábamos se compararía en esplendor. Tu sonrisita de niña y tus volteretas de cachorro entre la tierra del pasto me animaron aún más para realizar mi propósito. Todas las noches salía corriendo de mi casa, cruzando zanjones de aguas turbias, entraba al taller, y dentro del recinto buscaba el tronco que mi padre había cortado. Lo ponía entre las columnas de madera, y corté lo que me pareció prudente para construir mi casita. Mi padre quedaba a veces fastidiado cuando rompía algunas cosas, me pegaba, pero yo aguardaba y rogaba por quedarme, nomás por lo que te había prometido. Medía con la regla inmensa de metal, cortaba con los serruchos de varios tamaños y diferentes manijas, y en muchas veces me hería. Hasta que un día de un tiempo que hoy llamaríamos octubre, me acerqué a la universidad, llevaba la casita tapada con tela de tafetán, y soportaba el dolor de las llagas en las palmas de las manos. Pero cuando me hallaba cerca, contemplé un escenario perturbador: estabas hablando con un tipo de edad menor que la mía, llevaba en las manos no una casa, sino un castillo hecho de cremas y chocolate, era una torta, de longitudes más grandes que mi humilde obsequio. Tus ojos picarones, así como tus labios tiernos pero húmedos, me hicieron entender. Me acerqué y te ofrecí la casita que te había fabricado, pero no la recibiste, y te fuiste con el otro. Pero me turbé en el alma cuando me enteré, de las bocas externas, coloniales, que aquel que te había hecho el pastelito no era otro que el hijo de Anselmo, de la familia de los holgazanes. Al día siguiente llegó a mi familia la fatal invitación, nos alistamos en nuestros trajes de tejidos finos y oscuros, y mi padre me puso el saco negro. Nos dirigimos a tu casa y en tu sala encontramos tu féretro, sostenido por columnitas de acero. Al verte dentro de ese cajoncito, inerte y con la piel pálida, hepática, me entregué en duelo junto con tus padres, y escuché lo que decían, era una torda de chocolate, una tortita envenenada. Pude imaginar el horror y los dolores que habrían retorcido tu vientre antes de que tu cuerpo terminara la agonía. Desde allí todos lloran porque la majadería había entrado al pueblo, y nunca olvidaron su primer cumplido, el desenlace fatal de Lea.*

*—Aaaah...*

Los jadeos y los “ay” de conmovidos se escucharon. Los alumnos chocaron palmas conmovidos, y Aurelio regresaba al sitio con el rostro impávido. Ricardo le sonrió, luego volteó a ver a su amada, Gerald bajaba la cabeza, su semblante había cambiado; ahora sus ojos caídos jalaban los pómulos hacia abajo, Nunca lo diría, su orgullo no le permitiría admitirlo jamás: se sentía opacada.

Durante el cambio de hora, Gerald sacó el celular y lo puso entre el cuaderno. Está chateando otra vez con el profesor, pensó Ricardo. A veces ella sonreía mientras los ojitos se le saltaban, pegada a la pantallita. Sí, era el profesor. ‘Tamare, qué daño. Qué habrá pesando ella de mí. Soltó el cuerpo y lo relajó dejando los brazos colgados a los lados de la silla. Luego movía los ojos a varias direcciones y regresaba a mirarla, a varios sitios inútiles y de vuelta a mirarla. Por un instante ella levanto la vista del celular y entonces lo vio; cruzaron la vista por pocos nanosegundos, porque de inmediato la pegó al teléfono. Mierda. Ricardo no se contuvo más, tenía el alma dócil.

—Oye, Gerald... Gerald. —Ella le prestó la vista— ¿no... no crees que sería bonito que la vida fuera una novela?

Antes de terminar la frase, ella ya había vuelto la vista al celular. Después de dos segundos, respondió adusta:

—Las vidas novelescas no existen en la realidad, Ricardo —y siguió escribiendo indiferente.

## XVIII

Ricardo miraba a su carpeta, resignado. Stefany hablaba con Daniel en el grupo vecino y esperaba lo que Gerald le escribía en un papelito. Fatal error. En el preciso momento en que ella estiraba la mano y Stefany abría la suya, otra mano trigueña intervino el mensaje, fugaz, hábil, y les arrebató el papelito. Las dos alumnas miraron a la donde paró la mano, Aurelio señaló con el dedo índice y el anular a sus ojos y luego a ellas. Ambas torcieron la boca, Stefany le hizo a Gerald circunferencias imaginarias con dos dedos, y ella entendió. La campana sonó señalando el cambio de hora, la profesora Pastrana se llevó el portafolio al hombro y se fue sin despedirse. Cuando algunos alumnos estiraban el cuerpo poniéndose de pie, prestos a liberarse de la rutina y cruzar la puerta, por el umbral pasaba una cabellera rellena hasta la coronilla, donde se formaba un círculo de calvicie.

—Buenas tardes, chicos.

Algunos uniformados respondieron abúlicamente. Ricardo permanecía con la quijada en la carpeta, daba toquecitos a su lapicero azul. Miró al psicólogo que acababa de llegar, de pie apoyado en un margen de la puerta. Muchos uniformados se juntaban rodeándolo y le pedían permiso para ir al baño. Aurelio también lo observaba, mientras Angello le decía entre risas que cuando había un profesor u otro trabajador, el cordoncito de brigadier que llevaba en el hombro no le valía ninguna mísera autoridad. El psicólogo les pidió ir en grupos de cinco mientras el resto se quedaban esperando, repasando en el pasillo cercano, desordenados hasta que llegaran y otros cinco fueran. Gerald se había puesto de pie y se fue con el primer grupo para el baño. Ricardo la había visto salir y retuvo en su mente ese rostro de frivolidad. Sosteniendo su mentón con la mano izquierda, como el retrato de Vallejo, pensó en cómo serían aquellas aventuras locas con su enamorado profesor, qué harían, cómo sería cuando estaban juntos, a solas, Qué puedo hacer para que al menos ella vea que no debe hacer eso, como haría para entrarla en razón. Una idea destelló en su cabeza, aumentaba en brillantez mientras que un mar de dudas le ofuscaba la mente, y si no resulta, llegó un aglomerado de ansiedad. Parecía más un globo que se inflaba y el aire se escapaba por el orificio. ¡Claro! Aprovecha que el psicólogo está aquí. Escuchó al psicólogo decir que se quedaba hasta la llegada de la profesora, que vino a vigilarlos. No sintió pasar el tiempo y la idea en su cabeza comenzaba a inquietarle, miraba a Aurelio que conversaba sentado cerca del psicólogo. Es cierto, es una idea demasiado simple, pero no sé por qué le estoy poniendo atención.

—La profesora se demora —dijo Aurelio.

—Ya viene —respondió Omar, el psicólogo— tuvo un retrasito pero ya viene.

Entonces tengo tiempo, pensó Ricardo, comenzando a sudar frío, Pero no mucho, si viene la profesora ya no tendré... Por primera vez pensó en serio que esa idea, que era de esas soluciones milagrosas y fantasiosas, podría funcionar. Estaba sereno, y hasta un tanto flojo. Miraba a sus compañeros salir, articular palabras, el tiempo pasaba, no puedo desaprovechar, por qué me siento así con una idea tan pequeña...

—Creo que ahí viene —Las palabras del psicólogo le hicieron salir de sus reflexiones. Si da o no da, al menos quiero intentarlo. Ella dice que las novelitas no existen ¿no? ¡Que trague su propio veneno! El brigadier se había quedado callado.

—Aurelio. ¡Aurelio!

—Qué.

—¡Ven! —Él se movió a la silla de al lado para acercarse— qué pasa.

—Dame el papelito que le quitaste a Gerald.

- Cuál.
- El papelito... el papelito con el que conversaban.
- Cuál...ah...
- El papelito que le quitaste, que le iba a dar a Stefany, rosquete.
- Aaah...
- Apura, carajo.

Aurelio buscó en el bolsillo y se lo dio. Ricardo leyó con rapidez, sonrió como un lunático. Efectivamente estaba lo que quería, o al menos un poco. Se puso de pie, caminó disimuladamente por el lado del psicólogo. Como no tuvo el valor de contárselo con palabras, puso el papelito en la carpeta, y tocó fuerte ese lado con el puño. El psicólogo miró de reojo y desvió la vista. Ricardo puso las cejas pesadas, golpeó con mayor intensidad, el psicólogo lo miró desconcertado, y él miraba hacia la pared. Esto no funciona. Una última vez. Pegó con más fuerza la carpeta, entonces Omar le miró de vuelta y luego a donde había golpeado. Ricardo suspiró hondo, se alejó lentamente cuando notó que el psicólogo contraía los párpados para leer el papelito.

- Mi mamá vendrá a las nueve, no creo que será malo divertirnos un rato.
- Como digas.

La adolescente abrió un bolsillo de su mochila, sacó la llave que habría la otra puerta al lado de la principal.

- Recientemente movieron mis cosas para este lado.

Entraron. El cuarto era pequeño, bien hecho para un niño. Las paredes lucían una pintura color crema parecida la mayonesa. Por el lado izquierdo de Francisco se encontraban, quietos y sumisos, los libros que ella devoraba por muchas madrugadas. Más allá esperaba la cama cubierta de una frazada color rosado pálido. A la cabecera quedaba un aparador casi tan alto como el techo que servía como pared hasta que terminaba por dejar una parte vacía por la que Gerald podía ingresar a la cocina, y desde allí para todas las habitaciones de la casa. Francisco pasaba el ojo por los libros, señalaba algunos lomos y Gerald le explicaba. Su laptop reproducía algunas baladas de moda, luego se tornaban en algunas salsas que contagiaban unos deseos de bailar. Mientras ella leía la pasta de un tomo, él la tomó de un brazo, le dio media vuelta, cogiéndola de la cintura y acercándola. Ella se tomó de su hombro y comenzaron a moverse al son de los tambores, las trompetas y la voz fina que ordenaba unas vueltas y luego en reversa, moviendo las caderas. Cuando él la conducía pegada a su pecho, topó el tobillo con una pata de la cama. Cayeron sobre el colchón, ella encima de él. Se miraron ojo a ojo, rieron fuerte y conectaron. Se besuquearon. Gerald separó sus piernas, recostó su pecho sobre el de Francisco. El tipo comenzó a manosearle recorriendo los muslos y la cintura. Ella elevó el cuerpo y comenzó a desabotonarse la blusa.

- Ey, ey, ey, que estás haciendo.
- Lo que tenía ganas de hacer contigo hace mucho.
- ¿Qué?... cielo— Francisco le detuvo las manos.
- ¿Qué sucede?
- Lo mismo te pregunto.
- Pues, quiero ser tuya.
- No... no lo creo— el tipo comenzó a temblar.
- ¿No quieres?
- No es eso... sino que...
- Yo sí quiero.
- ¡Gerald, eres una niña! No quiero hacerte ese daño.

—Cuál daño, oye —Francisco le escaneó las formas desde abajo hacia arriba. Un deseo en su pecho se acrecentaba, junto con el temor. Meneó levemente la cabeza.

—No quiero hacerlo.

—No me rechaces —dijo ella con un tono de molestia, le besó más.

—No, no te rechazo, sino que... —sintió sucumbir ante sus encantos, hasta que un rostro conocido vino a su mente, entonces la volvió a alejar con suavidad—No quiero hacerte daño.

—Tú no me vas a hacer daño.

—Claro que sí.

—No, yo tengo...

—Es un delito, eres una menor de edad.

—No, no es un delito...

—Esto no está bie...

—No nos llevamos mucha diferencia de edad.

—Aun así, eres una niña.

—Mira mi cuerpo, ¿te parezco una niña? — bajaba lentamente las manos, mostrándose a sí misma. Él la observó, ciertamente la adultez se notaba venir bajo aquella tela de ropa, que parecía innecesaria.

—Aun así, puede ser peligroso. —Francisco empezó a dudar de sus propias afirmaciones a medida que Gerald acercaba su rostro. “Mi niña, estás preciosa, pero no puedo hacerte esto”, pensó, mientras sus manos maniobraban por si solas, luego el mismo las movía.

—Vamos a hacerlo, mi amor, nada malo va a pasar.

—Ya está pasando.

Esta acostada en el sillón más grande de la sala. Reposo la mejilla derecha sobre la almohada del cojín, observando el reloj en la pared, diez y media. Siente una incomodidad triturante desde que Francisco se había esfumado. Siente las pantorrillas sobre la manija del sillón y las mueve suavemente, como nadando en una piscina, observando al techo. Palpa sus muslos, el abdomen, los brazos, no le dolía nada pero esa ola maligna seguía allí. Después de varios minutos sumergida en incertidumbre analítica, por fin encontró una presunta razón: estaba sudorosa. La joven adúltera se incorpora, se pone las sandalias y adelanta las piernas lentamente. Una cascara rígida parecía cubrirle todo el cuerpo, le impedía mover las piernas con libertad, como si la comisión de un delito inminente le pesara, le desviara de lo que trataba de hacer. Gira y se encuentra con la cocina, su madre habría la refrigeradora y tomaba una manzana. La quedó mirando, sintiendo un grupo de hormigas que le clavaban tenazas en la espalda y la nuca. Era extraño porque sentía que no era la piel la que se alteraba. Mientras buscaba su toalla en el cuarto, divisaba su propio cuerpo sintiéndolo como una tela desgajada, marchita, pero no podía verlo con los ojos. Acaso la conciencia le reclamaba por entregar la virtud tan apresurada, ella veía la cosa difuminada, como si viera su semblante en el espejo manchado de vaho, borroso, sin saber la deshonra de un pecado mayor. Pasando por el mismo camino, giró a la derecha y entró al baño. Al ponerse tras la cortina de la ducha, gira la perilla y deja que el agua trabajara, enjabona en todas sus partes esperando encontrar calma de esa cosa hostigadora, limpiándose con la pequeña llovizna, que de nada le sirvió. Cierra la perilla y busca la toalla. La pasa a cada rincón del cuerpo, pero seguía sintiéndolo sucio, como si el sudor de un desconocido se hubiera impregnado en su piel. Se adentró tras la cortina, abrió la perilla de nuevo, soltándola al máximo. Aunque el agua la cubre con violencia, ella no resistía la respuesta corporal de alejarse del frío tanto como el sentimiento de asco que emanaba de sus entrañas. Sale, se seca de nuevo. La cosa seguía allí. ¡Qué pasa! Entró por tercera vez; escuchaba el sonido del agua chocar con su cuerpo y el suelo de

losa, siguiendo su viaje hasta el orificio enrejado que se encuentra cerca de una esquina de la bañera, a donde el líquido no vuelve. Un ruido se destacaba aún más en su memoria, como si siempre hubiera estado allí, quizá la risa de un individuo incubo que la señalaba, haciéndole sentir su dedo burlón, algún ser de orgasmos que levantaba como trofeo la poca dignidad que le queda a la gente. Sale de la ducha y aquello continuaba. De los lados de su cabeza, presentía que alguna materia chocaba ensordecedora, le acabaría por estallar el cráneo. Se la tocó por todos lados. Si no era dolor, al menos no físico, ¿de dónde provenía? Terminó entrando otra vez a la ducha, se restregó con enojo la piedra de jaboncillo que le quedaba, se lo pasó hasta las más pequeñas rendijas de la piel, lo sentía deshacerse en su piel de leche. Con desconcierto, se cubrió de la toalla y salió del baño, encontrándose con su madre.

—Gerald, ¿Tú has estado jugando con el agua de la ducha?

—Me estaba bañando.

Sin decir más, se apresuró pasando por la mujer que tenía una manzana en la mano, siguió la ruta anterior para ingresar al refugio de su cuarto. Frotó su cabello con una toalla pequeña que la esperaba en la silla, y sacó de un cajón la secadora. Apoyó una rodilla en la cama, estiró la mano sosteniendo la cola del aparato para enchufarlo al tomacorriente, giró la perilla seleccionando la máxima intensidad. Aunque la máquina hacía regular ruido, la chica sentía todavía la bulla entorpecedora en el pensamiento. Pasó el tubo del aire haciendo rayas sobre la cabeza con rapidez. Tiró a un lado la secadora, deslizó los brazos y el resto del cuerpo sobre la cama, como si estuviera cansada. En posición fetal, moviendo su cuerpo levemente para los costados, se separó el nudo de la toalla que se aferraba a su cintura, descubriéndola; sus formas quedaron expuestas. Desnuda, una figura delgada, fina y blanquísima, enroscada sobre su lado derecho, a modo de gusano amenazado, se tapó la boca con ambas manos. Comenzó a sollozar.

# Consecuencias

The word 'Consecuencias' is written in a large, red, serif font. To the right of the word, there are several red ink splatters of varying sizes, some overlapping the letters 's' and 'i'.

Nunca vivas, niña, un amor temprano, no eches a perder tus mejores años. Las mariposas con alas rotas no podrán volar ni tocar el cielo.

*Hombre equivocado*, Los Kjarkas.

## XIX

Aurelio se estiró contra la espalda de la silla.

—Al fin acabamos esta huea. Ya entendiste cómo es la fórmula, Ricardo.

—Sí, sí, contigo aprendo más rápido que con el profesor.

—Guarda, rosquete.

Ricardo cerró los cuadernos automática, los metió en la mochila. Se sentó en el sillón más grande, frente al televisor mientras Aurelio lo encendía y seleccionaba la aplicación de youtube. Ricardo vio una guitarra forrada de su estuche colgado a un lado de la pared. Comenzó a jugar. Aurelio miraba la guitarra y sintió deseos de maniobrarla.

—Sabes tocar, me imagino —dijo Ricardo.

—Sí. Más o menos. Creo que sí te puedo decir a ti la música que escucho. —Ricardo estiraba con sus dedos gordos las cuerdas de la guitarra sin poder ninguna melodía. Aurelio apuntó con el control a la tele, escribía con los botones.

—Nicola Di Bari— Susurra Ricardo, siguiéndolo.

—Así es. Pásame la guitarra un toque.

Él se la dio, y en la imagen del aparato salieron la lista de videos.

—No sé qué te parezca esta letra, pero a mí me encanta. Me paso escuchando esta música porque me parece más...— no completó la frase, puso la mano izquierda en el mástil y con la derecha rasgueaba. La música le hizo conocida a Ricardo, le recordaba a su abuelo. Aurelio tocaba al son de la canción.

—No llores, Ricardo.

Él sonrió de burla, pero en cuestión de segundos, la sonrisa se desdibujó al escuchar la letra y la voz de su amigo:

*Al fondo el corazón tenía una herida,  
sufría, sufría;  
le dije que no es nada, más mentía,  
lloraba, lloraba...*

Pensó en que Aurelio tenía un gran oído musical, porque cantaba a la misma nota que el cantante. Los ojos de Ricardo se cristalizaban, reflejaban imágenes de facciones de un rostro conocido, limpio, y con él, aparecía la blusa blanca, la corbata encima, la falda azul oscurísimo. Luego pensaba en que él tenía la propia culpa de su desgracia, por enamorarse de quien no debiera, o porque simplemente no había hecho nada por evitar las tentaciones en las que cayó la amada, pero la letra que seguía su compañero le dio una revelación,

*Sin culpa estoy yo,  
Gitano es mi corazón...*

—Esta música es la que escucho —dijo luego de terminar la canción.

—Es muy bonita.

—¡Sí ¿no?! —le miraba con una sonrisa.

—Sí, nunca me había puesto a escucharlas de verdad, le escuchaba esas canciones a mi abuelo antes que muera.

—A mí me gustan las canciones de antes porque son más sinceras, están llenas de cosas de verdad, no como música de ahora, que solo está llena de morbo y cacherío... —hacía un círculo invisible con la punta del control— ...son huevabas.

—A jaja, oye Aurelio, pareces un anciano. — éste le sonrió— pero ¿sabes?, me gusta tu estilo. Sigue siendo así.

Una brisa inusual se impregnaba de sus rostros, Aurelio observó la ventana de la sala media abierta, era de noche. Cuando salieron, las luces escasas del cerro apenas les servían para iluminar el asfalto, la avenida estaba muerta.

—No te precipites... —dijo Aurelio, notó que los ojos de su amigo se volvían más brillantes y evitaban el contacto con los suyos. —Si deseas llorar, conmigo no tengas temor.

Él sollozaba callado, cabizbajo, el ceño levantado; Aurelio le observaba en silencio, apoyaba su mentón a uno de sus puños; pero su amigo no desfogó mucho, porque se percató de lo que hacía y sintió reprimirse por un aire de vergüenza. Luego miraba al frente, en algún punto indetectable, y pensaba en no volver a llorar acompañado, pero Aurelio, como intuyendo sus pensamientos, le corregía.

—Ahora vez que es mejor llorar con alguien, no es bueno que te retengas lo que llevas guardado. —Ricardo le miró, sonrió, se frotó los ojos.

—Por eso a veces los hombres somos jodidos de carácter, de grandes, porque nos hacemos los machos, pero al final, cada uno oculta a un pobre diablo adentro.

—Sí. —Ricardo quería articular palabras, quería agradecerle a su compañero por escucharlo sin burlarse, pero hasta eso le daba vergüenza, vaciló al sonreír.

—Mejor canta conmigo.

Aurelio tocaba la guitarra mientras cantaba. Su amigo le seguía al ritmo y al tiempo de la canción. De repente, los ojos del que tocaba se abrieron más, lucían impresionados.

—*Al fondo el corazón tenía una herida,*

*Sufría, sufría...*

—¿Te sabes una canción moderna?

Aurelio frenó la tocada.

—Oye... a ver, canta un pedazo.

—¿Cuál?

—Cántate un pedazo.

—De esta canción.

—De la que sea... Sí, de esta.

—Al fondo el corazón tenía una herida, sufría, sufría... le dije que no era nada, más mentía, lloraba...

—Canta el coro, yo te acompaño —Aurelio tocó el acompañamiento.

—Sin culpa estoy yo gitano es mi corazón... —cuando terminó de cantar, su amigo le miró fijo.

—Tu voz es muy buena.

—¿De verdad?

—Sí, sí. Oye, en vez de perder el tiempo pensando en Gerald, por qué mejor no practicas el canto.

—No, no canto bien.

—¡Sí, cantas bacán!

—Ja.

Aurelio observó a su amigo, la luz del poste le daba a su rostro un matiz amarillo, hepático.

—Al menos sería mejor que perder el tiempo jugando en la compu —dijo Ricardo.

—Exacto.

—No sé por qué a veces a nuestra edad no lo entendemos.

Aurelio le sonrió.

—Al final de cuentas nosotros decidimos. Cómo o donde queremos pasar más tiempo, allí está nuestro corazón, esa cosa que hacemos es lo que somos.

Gerald terminaba de alistar el maletín, dobló y echó el short de pijama. Se vio al espejo del pequeño escritorio y se retocó con un poco más de polvillo. Se roció una última dosis de perfume en el cuello y la ropa.

—Tanto te perfumas, hija —dijo Edith, su madre. Ella no contestó. —Avísame cuando estés regresando.

—Sabes que voy a regresar, ma, la casa de Stefany queda en el doce. Ya te di la dirección.

—Ya.

Alguien tocó la puerta de la sala. Edith se incorporó para ir pero Gerald ya la seguía detrás. Stefany saludo a Edith.

—No se preocupe, seño, en la casa mi mamá a cocinado para Gerald.

—¿Segura, hija?

—Sí, no se preocupe. Estaremos aquí a las diez de la mañana.

Gerald se despidió de su madre dándole un beso en la frente. Tomaron una moto taxi hasta la avenida, se bajaron en medio de un desfile de gente que parecía hacer sus planes de noche. Dos jovencitas cerca al semáforo, la que era robusta abandonaba a la que llevaba un maletín mientras le decía “Gerald, por favor, cuídate, de verdad que no sé a dónde te iras a meter”, y daba media vuelta para su casa. Apenas la chica robusta desapareció, se estacionó en la esquina un volvo azul, tan conocido por ella.

Más tarde, acostado, el profesor observaba al techo del cuarto sintiendo la cabeza de Gerald sobre uno de sus bíceps. El cuarto que su primo le había prestado era propicio para repetir la ocasión sin fin. Él volteó para verla, se sonrieron, él la presionó de los muslos desnudos, se balanceó de nuevo encima de su cuerpo, sumergiéndose en su piel de leche.

## XX

Ricardo cruzaba el umbral de la casa. Aurelio prende el televisor y divisaban los primeros rounds: todos los éxitos de José José, los clásicos de Luis Miguel, las letras de Roberto Carlos, que a Aurelio le parecían poesía, y luego de un descanso con galletas saladas y dos vasos tremendos de Inka Cola, siguieron con las búsqueda de unas canciones que le serían fáciles de interpretar a Ricardo, entre sin bandera, Kalimba y Alejandro Sanz, y hubo en algunos instantes algunas letras en salsa de Jerry Rivera, que a Ricardo se le ocurrió cantar mientras agarraba un peluche de Elmo que era del sobrino de Aurelio.

—Oye, ya me cansé.

—Tienes que encontrar una canción para que puedas deslumbrar, pues, todos te van a querer si cantas en la actuación.

—Pero yo no puedo, o no se...

—Claro que puedes, no arrugues ahora que le puedes demostrar a Gerald algo bueno que tienes.

—¿A Gerald?

Gerald miraba arriba, desnuda bajo la sábana blanca. El techó era de un blanco marfileño. Escuchaba al profesor respirar a su lado, dándole la espalda. Se llevó las manos a los senos y los tocaba suavemente. Vinieron a su mente imágenes de hace solo unos instantes, fueron más emociones que otra cosa, solo su rostro, luego el techo y sus parpados se abrían y cerraban, y sentían como recorrían todo su cuerpo. Era consciente que durante el acto fue muy niña, muy inexperta. Miró a un lado, los tubos de fierro habían dejado rasgaduras marrones en la pared. Nunca pensó estar en esta situación. Miró a Francisco, su espalda desnuda era más clara que los antebrazos, fina y lustrosa. Lo que hago está mal, pensó, pero no sé por qué...

—Oye, ¿Gerald no es de la misma religión que tú? —Preguntó Ricardo.

—Sí. ¿Por?

—Y por qué, o sea, ¿por qué hace lo que hace?... con... el profesor.

—La verdad no sé lo que hago. —Susurró ella dando la vuelta al lado izquierdo. Pegó la mejilla a un brazo. Aurelio desde el otro sillón lucía pensativo.

—No lo sé. Pero lo que sé es que ella misma toma sus decisiones.

Ricardo lo miró serio.

—Oye, lo que yo esperaba es que me dieras... quizá alguna respuesta mejor formulada, o sea, media filosófica, bien explicadita...

—Ah. Ya sé lo que me quieres decir.

—Porque se supone que a ella le enseñaron buenos principios y todo eso... y ¿no le sancionan o algo así?

—Me podrían expulsar —pensó Gerald mientras miraba un cuadro en una mesa de noche, una foto de Francisco con alguien muy parecido a él, quizá un primo.

—Ja, aunque la verdad las iglesias toman esas medidas cuando alguien comete cosas extremas.

—¿Como qué cosas?

—Adulterio. —se dijo Gerald.

—O asesinato. —Continuó Aurelio— o algún gran crimen, cosas así.

—¿Tú crees que el profesorcito la haya llevado a la cama?

Gerald vuelve a mirar al techo, Ya lo he estado haciendo con él varias veces.

—Esa es una buena pregunta— respondió Aurelio.

—En estos días se ve de todo ¿no?

Aurelio asentaba con la cabeza y tomaba un trago de gaseosa.

—Pero no has contestado a mi pregunta.

—Yo creo que tu pregunta es ¿por qué la gente se vuelve mala?

—Sí, me robaste las palabras.

Aurelio se quedó pensado unos segundos antes de responder.

—Mira... No se todas las cosas, pero sé algo. Dios nos ha dado a todos la libertad de escoger —dejó el vaso en la mesa— lo que, obviamente no tenemos es la oportunidad de escoger las consecuencias. Como la clásica de Newton, toda acción tiene una reacción. La gente puede mentir, robar, plagiar, hundir, arruinar, todo lo que quieras, pero siempre habrá una consecuencia que se impone.

—Creo que me dado cuenta de lo que dices. Es como el karma, que llega sin importar el tiempo, pero de que llega, llega.

—Es mucho más que eso —dijo Aurelio— todo lo que hacemos lo pagamos. Es solo cuestión de nuestras decisiones, somos nosotros y... y nadie más.

—Entonces lo de Gerald...

—Cuando un sicario te llega a matar, es porque ya tiene tiempo haciéndolo, ¿cierto?

—Claro. Obvio.

—Así es con el mentiroso, el palomilla y el asesino, el violador, el ladrón, el estafador, todos ellos habrán hecho eso primero con cierto aire de temor... luego, por la costumbre, pierden el miedo y la sensibilidad... se *insensibilizan*. Entonces, si Gerald hace una cosa mala, y luego le preguntas como se siente, ¿Qué te respondería?

—Yo creo que mal.

—Y si ella hace la misma cosa todos los días, después de un mes le preguntas como se siente, y ¿qué te respondería?

—La verdad... No me interesa. No siento nada. —Dijo Gerald, sin percatarse que lo dijo en voz alta.

—Obvio —Dijo Aurelio.

—Pareces un pastor, Aurelio —le dijo Ricardo.

—Pero todo eso se reduce a uno mismo —finalizó Aurelio, repitiendo en voz baja— todo a uno mismo.

Ricardo se había quedado con esa pregunta ¿Y si realmente la llevó a la cama? Todo este tiempo que la he estado queriendo se ha ido volando, y uno idiota se queda aquí tocando palmas. Aurelio se había ido a la tienda de al lado para comprar más gaseosa. Por fin, Ricardito, abres los ojos. Ricardo acarició su frente con resignación, su debate interno llegaba a conclusiones. Ahora sí ya estaba renunciando a Gerald para siempre, dejándola en el vacío de sus acciones. Aurelio llegó.

—Siempre tomas gaseosa. —Dijo Ricardo.

—La verdad no. Solo cuando hay visitas.

Después de vestirse, Francisco salió del baño y depositó en el tachito de basura un globo transparente y con apariencia de llenura. Se acercó a la puerta y escribió en su celular. Gerald, también vestida, tomaba su mochila que estaba a un lado, y se percató de la hora en la pantalla de su teléfono. Había notado lo que su acompañante dejó en el tacho.

—Creo que nunca es bueno dejar rastro.

Como las veces anteriores, sacó una bolsita de su mochila, abrió el tachito y guardó el globo en la bolsa.

## XXI

En los últimos días Gerald despejaba su mente, ya sin copiar todos los ejercicios de matemática, confiada en que los resolvería luego, se ponía su cabeza a maquinar toda clase de maleficencias. Y de pronto le llega un recuerdo: Acostada en la cama, la base del celular incomoda un poco sobre la boca de su estómago. Él parece notar lo, se lo quita de un tirón y lo deja en la mesa de noche. Asiéndole cosquillas, su alumna sede, ríe de forma infantil ya sin remordimiento, se mece haciendo sonar los resortes de la cama, al profesor se le ocurren malos pensamientos con aquel sonido voluptuoso, y dócil, ella cae otra vez extendiendo los brazos y él encima de su cuerpo, y ella le manosea la espalda desnuda, disfruta los flechazos, las perforaciones, y después continúan jugueteando. Riendo, lanzándose la almohada, profesor y alumna, haciendo adivinanzas ridículas, pueriles, a veces ensordecedoras, imitaciones baratas de los chistes en internet. Y por un resquicio de su mente, el profesor Francisco recordaba cómo una frase macilenta salió de su boca en el salón de clases, horas antes:

—Los jóvenes se corrompen, hasta dónde hemos llegado.

—Oye, en serio, ya dime.

Los flechazos que tiraba el sol en el patio eran intensos, inspiraban la aridez un desierto y a Ricardo le recordaba la resequedad de su paciencia.

—No, tú estás loco.

Stefany le contradecía, sus lentes parecían rebotar mientras marchaba al pequeño quiosco, volvía el rostro, caminaba en reversa y le habla a Ricardo y luego vuelve a girar, y entre esas miradas esquivas, Ricardo odiaba cada vez más ese par de ojos chinos, fúnebres y negros. Ella entra al comedor de los profesores porque tiene hambre. Ah, maldita gorda, relájate Ricardo. ¿Crees que alguien así te soltaría la verdad de una? Esta oculta más de lo que aparenta saber. Se da media vuelta, prefiere ir a tragar que hablar de algo serio, se pasa las canchas de gras, Necesito saber qué ocurre con ella, entra por el pasillo común desfilado de uniformes, Por qué uno tiene que estar haciendo esto, me siento ridículo, me veo ridículo. Un par de niñas pasan agarradas de canastita, ven a Ricardo balbuceando solo, se ríen en su delante, él sigue su camino pensando en Qué porquería, por qué soy así, al llegar al salón, descubre una filosofía que le sale a la gente cuando está inspirada, tontería fatal.

—Por qué uno tiene que enamorarse.

Stefany espera la comida frente al recibidor. El profesor Francisco conversa con el psicólogo Omar, ambos sentados en una mesa cercana.

—Gracias a ti conozco más a la gente de aquí.

—Cuando viniste el primer día, te vi muy torombolo, desubicado, y me recordarte cuando llegué a trabajar aquí.

—Hace cuando fue.

EL psicólogo casi se atora con un trozo de carne áspera. Stefany gimió una risa.

—Hace dieciséis años.

La mesera, una mujer de estatura bajita, macetuda, le llevó un platillo de ají. Por qué diablos le atiende a él primero, piensa Stefany, pero luego mira su taper descartable lleno de su comida y se está embolsando, por fin. Stefany da media vuelta con la bolsa entre las manos cuando estaría a punto de escuchar una revelación de ultratumba.

—Y, pancho, ¿Cómo está tu familia?

—Bien.

—Como está tu hijito.

Stefany frenó. El corazón le expandió una ola de estremecimiento al cuerpo, o al menos ella lo describía así. Sintió la mirada del profesor de física acuchillándole la espalda. Stefany sabía que su parada brusca pudo ser sospecha. Francisco la mira por unos instantes, y continua la conversa.

—Bien, gracias a Dios. La otra vez salió en el inicial vestido de león.

Stefany avanza con lentitud, Francisco la queda observando.

—Hacen cositas para entretener a los niños no.

—Sí, sus cochinitas y todo eso para que aprendan, no puedo que ese inicial donde lo puse enseñan muy bien.

—Y su mamá, estará cabezona.

—Ja, esa loca está en el celular desde que llego a la casa. —Francisco levantó la vista y observaba a la alumna que salía de la puerta, aquella silueta le parecía conocida.

Apenas sacó la sombra del umbral, Stefany alargó las piernas, corrió todo lo que su cuerpo se lo permitía, avanzó casi a ojos cerrados, blandiendo la falda oscura a cuadros, sus brazos apretaban fuerte la caja de comida, evitando y esquivando la manada dispersa de los alumnos de primero, una rata que corren sin control. Avanzaba hasta el último salón del pasillo. Llegó sudando al pasarse la puerta, buscó a todos lados, la maldita no estaba por ninguna parte. Salió, allí venía, de frente.

—¡Gerald! —la jaloneo para dentro, la condujo al fondo. La compañera se asustó, ambas respiraron con profundidad. Le pidió a Stefany que se calmara.

—Qué pasó.

—Tienes que saber algo, es de vida o muerte.

—Habla.

—El profesor de física tiene familia. Tiene una mujer y un hijo.

La profesora rosa se llenaba la boca de saliva, hablaba gastando la tinta el plumón mientras que Gerald se golpeaba la frente con el reverso del lapicero, No es posible, no es posible, no maldita sea no, La profesora pide a todos que saquen el libro, pero primero detiene a los alumnos, Esa loca me habrá mentido. Ya Geraldine atiende de una vez. Su introspección no le había dejado tranquila desde escuchar esa información de Stefany. Prefiere calmarse y sigue viendo a la profesora, Hoy está más cotorra que de costumbre. Cuando la docente se sentó al pupitre, Gerald sacó con disimulo el celular a la mesa, cubriéndolo con el libro. Buscó el nombre Francisco Sánchez en todas las redes sociales que su teléfono permitía, ya lo había investigado antes sin encontrar huellas de su enamorado, no tenía perfil de Facebook, ni de Instagram, ni de twitter, no tenía nada, cómo saber sobre él. Estaba volviendo a buscar pero ya con una urgencia de muerte, Porque si realmente es verdad, entonces yo estuve todo el tiempo con un hombre... *El profesor de física tiene familia*, Las palabras de Stefany la mortificaban, *tiene una mujer y un hijo*, la hacían apresurar lo deditos, buscó miles de perfiles que coincidían con aquel nombre, pero no encontró nada que tratase de su profesor. Cómo indagar sobre su familia, ¿Será cierto lo que dijo Stefany?, acaso él le habrá mentido al psicólogo. ¿Para qué? peor aún, no será que él... No, no creo, para mí que le habrá mentido al psicólogo.

## XXII

—Mejor vente a mi trabajo, tú mamá se fue con Miguel al Rímac.

—¿Tú tienes la llave?

—Sí.

—Pero ¿no puedes recogerme?

—Acá tengo tonterías que arreglar.

—Pero, es sábado.

—Sí, pues, pero me tocó... yo diría que mejor te vengas, porque tu mamá se va a demorar y te vas a quedar sin almuerzo. Vente en carro. De aquí nos vamos a comprarte el libro que dijiste.

—Okey, te veo allí.

Colgó el celular. Miró el reloj y se dio con la sorpresa que eran las diez. Se levantó de golpe. Se tomó una hora para cepillarse la boca, entrar a la ducha, cambiarse y agregar, como condimento a las presas de carne, un poco de polvillo de maquillar al rostro. Mientras iba a la avenida se preguntaba cómo diablos se había quedado dormida hasta tan tarde. Llegar al centro de Lima demoraría cuarenta minutos. El sol comenzó a arder en las nubes de 15 de Enero. La gente se tomaría el atrevimiento de andar sin el cuidado con que Gerald anda, caminando entre las sombras para no broncearse. Los buses pasaban ligeros en la avenida las Flores. Al subir a uno, encontró con fortuna un asiento individual desocupado. Durante la pasantía, la chica trataba de tapar su rostro de los rayos luminosos de las ventanas con un pequeño morral. El bochorno del ambiente le comenzó a dar sueño. De cuando en cuando, mientras el bus doblaba, ella podía bajar el morral y descansar el brazo para aprovechar la sombra de los edificios que tapaban el sol. La blusa bien abotonada le hacía juego con la blancura de su piel, dándole una apariencia modesta y atractiva. Se soltó el cabello, dejando olas de gruesas tapándole el busto, y terminó así de acomodarse, darle a su figura la sensualidad de la adultez que ya se le avecinaba. Sin darse cuenta de lo lindísima que estaba, renegó tener que viajar al trabajo de su padre, con tremendo sol, un sábado que se podría invertir en Francisco, sin pensar que se lo encontraría. Pasando bajo el puente, el Río Rímac dejaba en el terreno más tierra húmeda que agua fluyendo, y en el aglomerado de rocas más grandes, un cerro de basura, bolsas de diferentes colores. Por la ventana entraba un olor putrefacto y Gerald se asqueó. Tras cruzar el puente, el bus daría unas cuantas paradas hasta Leticia, donde Gerald bajaría. Entre el último peldaño del bus y la vereda, la adolescente sacudió su cabeza tratando de quitarse la modorra. Adelantó los pasos hasta la avenida siguiente. Después de tres cuadras adentro, divisó el enorme edificio de arquitectura antigua donde su padre trabajaba. Por la entrada principal se mostrarían dos estatuas de león a piedra, pero ella se encontraba del lado del portón trasero, donde había visto llegar, en casi cada visita, reos en camiones esposados de las manos y los tobillos. “El Palacio de Injusticia”, recuerda cómo su padre lo llamaba. Mirando al a derecha se encontraba un parque de extensiones medianas. Se acercó. Gerald ya no reconocía el lugar. La última vez que lo visitó fue a sus doce. Sin necesidad de venir más seguido, no fue testigo del radical cambio: se habían retirado todas las rejas y los cuadros de gras protegidos por marcos pequeños de concreto; en su lugar se habían colocado caminos de cuadros rojizos y asientos madera en lados diferentes. La limpieza le daba un aire miraflorentino. Recorriendo la vista a todo el sitio, observó los caminos del centro, y detuvo los ojos al contemplar las facciones de un rostro muy conocido, acompañado de un menor de tres años.

—¿Francisco?

El mismo. Ya te acordaste, él te había dicho que vivía en el centro de Lima, y tú lo corroboraste cuando entraste a su cuarto. ¿O no? Michael recorría un carrito en el suelo de cuadritos rotos, a

veces lo levantaba en el aire, hacía sonidos con la boca botando saliva. Su padre lo contemplaba a un lado. Gerald le observó confundida. Quién será ese niño. Sintió un augurio negro, Él tiene un hijito, chiquito, Stefany ya no hables. Stefany tenía razón. Entonces significa que también... Una señorita alta, flaca, se le acercó tocando su espalda, tenía una bolsa que parecía tener caramelos.

—Él ya está creciendo, y mucho.

—Sí —respondió Rita—. Oye, ya verás que vamos a mejorar.— Ella acercó sus labios al de su marido. Gerald observó petrificada la escena, un escalofrío combinado de espasmo le calaba las entrañas. Finalmente supo cómo el pensamiento hacía ruido. *La chica... el niño... se besan... se abrazan...No...* La mujer rodeó con un brazo la cintura de Francisco. Las mejillas claras de Gerald dieron un matiz rojizo, así como sus ojos. La opresión en el pecho que le había escuchado describir a tantas mujeres traicio...

—No. No puede estar pasando.

Apretó su boca con la mano derecha y la arrastró fuertemente hasta el final del rostro. Miró a los lados buscando un refugio. Recordó que su padre saldría del palacio en cualquier instante. ¡Pero él no debía verla con esos ojos que ya se estaban cristalizando! Aceleró con pasos temblorosos hacía el quiosco que estaba a unos metros, deseando que no la descubriesen. La familia avanzaba en paso lento, salía de los límites del parquecito, pasando por una librería cercana hasta caminar de frente, perdiéndose en la calle que seguía. Absorta, con mil sentimientos detectados cruzándose en su pecho, avanzó hasta encontrar donde reposar. En una de las bancas, un señor bigotudo dejó de leer el periódico y observó una escena inusual: Con el viento frío del centro, a las once de la mañana, una linda chica de edad escolar se sentaba en una banca cercana, llevaba las manos al rostro y se ponía a llorar silenciosamente.

## XXIII

El resto del sábado y el domingo se la pasó en las cuatro paredes de una privacidad lamentable. Salía solo para comer e ir al baño. Justificó su aislamiento diciendo que tenía exámenes finales y debería devorar los cuadernos con las clases de todo el año. Con las rodillas rosando sus mejillas, y acomodando la espalda a la cabecera de la cama, deambulaba la mente en un par de recuerdos dulces, las veces que le entregaba cartitas decoradas con poemas, hechas con esmero y dedicación, los sábados que aprovecharon para salir, valiéndose de mentiras a su madre, dizque trabajos con las compañeras, las malditas horas pegadas al teléfono hablando de los pleitos miserables en su hogar y del amor que la consolaba, sin saber cuan miserable era ella, las horas de gloria que alcanzó al robarle uno y mil besos. Tonta, fui una tonta. Y todo eso, ¿se esfumó en un ratito? ¿Tan rápido pasó? Todos los disfrutes se fueron formando en su mente como una inútil fantasía errada, que se esfumaba cada vez más, partícula por partícula, una lágrima por cada recuerdo. De pronto todo se transformó en fragmentos góticos, como una rosa que se marchita desde los pétalos, se arruga hasta deformarse y perderse en el polvo de la inexistencia. Había sido feliz, eso no cabe duda, pero ya había pasado. Recordó la primera noche cuando le entregó el cuerpo, feliz, decidida y radiante, haciendo el amor con la persona equivocada. El malestar que sintió después resultó ser un lamento de culpa, una tristeza producto de la tentación. Luego pensó en la maldad que un hombre puede tener, al ocultarte media vida y usarte, Gerald, usarte solo para satisfacer su apetito lejos de su casa, de su familia. Ya perdió la imagen del caballero digno, del buen profesor. El peor de los hombres, porque fue capaz de escoger a una menor de edad para desfogar sus deseos y denigrarle la juventud para siempre. Qué tonta fui, Geraldine, qué tonta fui. Algo común ocurrió en su cabecita, ahora todos los hombres me dan asco.

Lunes. El volvo azulejo ingresaba al colegio por la tercera puerta, cerca de las canchas. Luego de echarle llave, el profesor Francisco se aproximó al pasillo de secundaria, y logró divisar entre el revoltijo de niños de primaria y los chicos que llegaban, un rostro blanquito y particular: la mochila de Gerald pendía de un asa en uno de sus hombros, metía el cuaderno de control y se la llevó a la espalda. Automata, vuelve el rostro a la izquierda, Francisco agita una mano pero ella lo ignora y gira a la derecha por el pasillo. Francisco quedó atónito. Nunca de los nunca, dejó sus saludos en el aire ¿Por qué ahora lo hizo? Gerald entró a su salón, buscó la última carpeta de al fondo, porque sabía que el llanto llamaría la atención de los demás. Acomodándose, apoyó la frente en los antebrazos, suspiró hondo. El salón se abarrotó de alumnos en poco rato. Cabizbaja, expulsa recuerdos cristalinos en formas de gotas que sus ojos drenan, un deambular en la vida al lado de Francisco, otra vez las cartitas que se mandaban, los sábados como único día de relajo, las salidas exuberante y las incontables veces que se decían su amor. Todo aquello cargado de nostalgia, todo fue y siempre será una vil mentira, se acumuló en su cabecita precoz como una inútil fantasía que se difuminaba en el resentimiento.

Un muchacho de tez clara como la suya se acercaba a la puerta, el duro se puso de pie y le saludó. Le llamaba Rogelio, le daba palmaditas en el hombro y luego terminaron hablando a altas voces en una conversación que carecía de sentido. Rogelio se fue sin antes dejar algo en las manos del Duro, una especie de paquetito rosado. Lo abrió. Un muchacho del salón se acercó y rieron estúpidamente. Vertieron un poco de tempera roja sobre la toalla, el líquido sobresalía de las aletitas. Gerald miró alrededor y muchas dentaduras burlonas se notaban. El duro puso la toalla higiénica en la silla del pupitre y regresó a su propio sitio. Todos miraban al pupitre, los cacharros llenos de mediocridad.

—Buenas tardes, chicos. —La profesora Rosa entró en la escena y frenó en seco cuando se

acercó a su sitio, abrió bien los ojos de pajarito y se percató del harapo rojizo extendido en su silla.

—Anthony, ¿por qué tu enamorada anda dejando sus cosas por todo sitio?

Casi todo el salón estalló a pura risa. La risa de Ricardo imitaba a una urraca; estaba sentado en la columna del medio, había forzado su risa para olvidarse del semblante triste de Gerald, porque la vio desde que entró sin saludar. Volteó a mirarla al fondo, ésta se encontraba tocándose la sien, mirando algún punto indetectable a su delante, con los ojos cansados y el ceño caído. Ni eso pudo hacerla reír un momento. Pasaron las horas, llegó el profesor del otro curso, se pasó el tiempo enseñando. Volvió a verla, todo el día no ha cambiado de cara, ¿Por qué está así? la mira de tanto en tanto, por dentro repasaba la idea de acercarse y preguntar, y mientras más asimilaba la idea más se humedecía las manos que las tiene entrelazadas, su corazón se aceleró. Ya ha sonado la campana, es ahora o nunca, ¡anda maldita sea, anda! ¡Bah! Imbécil, te quedaste sentado y Gerald salió igual que todo el mundo, Ricardo seguía insultándose en su mente.

Apenas ella sale del marco de la puerta, un rostro inesperado: el profesor está ahí, ¿te estaba esperando?, lo esquivó.

—Hola.... Ey, que sucede... — le trató de coger por un codo, ella empujó su mano sacudiendo el brazo.

—Oye, pasa algo...-todo intento de hacerla hablar careció de resultado, tenía fruncido el ceño y las manos en forma de puño, nunca había sentido tantas ganas de darle trompadas a un hombre, y la irritó que él la siguiera como un enfermo— por lo menos dime por qué estas así...explícame.  
—La joven frenó en seco. Miró a los lados.

—Vamos al muro detrás de la sala de música, no querrás que te vean tocando así a una alumna.

Siguieron de frente, pasaron la pequeña elevación de concreto pegada a la escalera, la cancha de gras se lucía al lado izquierdo, caminaban bordeando la red.

—Los muros del otro pabellón son más desiertos. —le dijo él, ella siguió sin escucharlo.

Llegaban al bloque que se elevaba en salones, frente a las canchas. ¡Imbécil! ¡Los baños de primaria son más concurridos! Gerald repasaba en su cabeza lo que le diría, le injuriaba por dentro. Borearon el pequeño pabellón hasta que terminó la pared, a la izquierda, un estrecho camino de ladrillo, envolturas y polvo se formaba entre la pared del pabellón y el muro donde termina el colegio. Casi nadie sabe de este lugar. Entró ella, y después de unos minutos de disimulo, entró él. Ella lo vio venir, ¿Por qué no puedes mirarlo a los ojos?

—Cuéntame —dijo Francisco. La irritada mujer suspiró, por fin lo mira. Lanzó con fuerza la mano hacia su mejilla izquierda.

—¿Qué diablos te pasa?

—¿Por qué no me dijiste que ya tenías una mujer? —Francisco sintió la palidez de su piel, un baldazo de agua fría— y... además ¿Por qué no me dijiste que tenías un hijo?

—A ver, a ver...

—Estas casado con ella —el hombre suspiró silenciosamente, ya presentía que llegaría el momento de encarar la verdad— ¡Tienes una familia!, tienes una familia...

—Gerald...

—¿Por qué no me dijiste desde un inicio que ya tenías una casa bien formada?, ¿por qué lo ocultaste, Francisco? ¿Por qué ocultarlo?

—Gerald, mira... ¿Do...dónde nos viste?

—En el parque frente al palacio de justicia. Estaban con un niño, yéndose como a Ságaro. — El hombre trató de divisar en su memoria. Sentía el latir de su pecho que vibraba hasta retumbar en sus tímpanos, escucha su propio corazón. —No me trataste como un simple juego, no...

—Oye, escúchame...

—No...

—Oye, escu...

—¡Estuve con un hombre... con familia! ¡¿En qué diablos pensabas?! No sospechabas que me iría a enterar...y tu esposa, le has ocultado esto tanto...

—No... ella no lo sabe.

—Y ¿Qué piensas hacer?, ¿eh? —Aunque sentía su pulso, algo de él permanecía impávido, indiferente. Tras demorar en responder, ella lo empujó.

—Sería un imbécil si se lo cuento, ¿No te parece?... No piensas contárselo...

Una lluvia de cachetadas y empujones le cayeron encima. Gerald desfogó toda una estructura de furia combinada con lágrimas, se desquitó como nunca lo había hecho en su vida, tal como colérica y despechada amante impuesta en una relación, porque eso había sido realmente. Francisco quedó absorto ante ese corto pero inolvidable suceso, nunca se lo había esperado, ni siquiera de las manos de Rita.

—Escucha, no quiero que te me vuelvas a acercar, ¿me oíste?

—Oye...-la tomó del brazo, ella lo esquivaba pero él lo tomó a la fuerza— Gerald... si, lo acepto, falle... pero, aunque te suene mal, todo que te expresé, lo que siento por ti, es real.

—¿Qué?

—Es cierto.

—¡Ay! Francisco en qué cabeza cabe... que maldito —se zafó de él.

—Gerald, no te usé en ningún momento...

—Qué basura de tu parte, engañar de esa manera...

—Sí, sí ¡Es la verdad!, ¡porque yo no quiero a la madre de mi hijo, tú no sabes el infierno que vivo en mi casa, estaba cansado de que me exigiera tiempo, estaba cansado de sus babosadas, su familia me trata como una mierda, no me quieren ni ver, son unos evangélicos idiotas, me obligaron a casarme porque la embarcé y...

—No me interesa, no me interesa. —Gerald se tapó los oídos, nunca estuvo ni querrá estar en esas conversaciones en la que los adultos ponen al descubierto sus intimidades más descabelladas.

—...Además ya nos vamos a separar.

—Maldito —desvió la mirada con ironía.

— ¡Es la verdad, ya me voy a separar!

—No te voy a escuchar...

—Yo ya no dormía con ella... yo ya no dormía con ella, dormía en el sillón de la... oye... espera...

—Suéltame —él la cogió del brazo con fuerza.

—No te voy a soltar, primero escúchame.

—Me lastimas... —Gerald miró fijamente su ceño fruncido, sus ojos salidos para afuera, sintió un intenso temor.

—Necesitaba un... un desahogo... una alternativa para escapar de tanta presión...— él hacía movimientos de manos al tiempo que paseaba los ojos por el suelo—.

—¿Presión?!

—Sí presión, necesitaba algo para olvidarme de mi casa, al menos por un momento...

—¿Y entonces se te ocurrió agarrar a una colegiala de secundaria? ¡Déjame irme!

—No... no fue así... Ya me he acostumbrado a andar contigo, si me dejas de hablar, me dejarás en la situación en la que estuve antes de conocerte.

—Suelta...

—En la situación rutinaria, tú lo sabes, me hundiré en la costumbre de trabajar, comer, dormir, andar sin vida, sin propósito de nuevo.

—Anda cuida a tu familia. Suelta...

—Escucha... No, no te pienso dejar... —Apretó fuerte y retorció su brazo con furia. Sus ojos estaban inflados, y las cejas se fruncían junto con sus sienes, todo su rostro inspiraba a un psicópata dispuesto a todo, Gerald sintió el más profundo de los miedos.

— ¡Suéltame!

—No, no te voy a soltar.

— ¡Suéltame si no quieres que grite para que vean como tratas de abusar de una menor de edad!

— ¡Gerald!

— ¡Y también te denuncie por eso!

Quedó atónito. La soltó de golpe. Tan solo habrán cruzado miradas por uno o dos segundos más, de inmediato ella giró, salió con el cuerpo temblando, pasando por el camino estrecho por el que entró. Francisco sentía una opresión en el pecho. Se quedó petrificado por varios segundos, mirando al frente. Nunca pensó que una chiquilla lo dejaría tan desorientado como ahora, que no sabía reconocer a su lado el muro de ladrillos con los orificios llenos de telarañas. Quedó pasmado unos instantes. Movié la vista. Al salir le invadió un sentimiento de incredulidad cuando los ojos se le empezaban a cristalizar.

Un grupo cerca del pupitre reía, las gargantas hacían sonidos de pavos, de cacatúas. Todos varones, la mayoría con los bordes de las camisas fuera del pantalón y con el pelo revoloteado. Ricardo observó a medio metro de distancia, a una Gerald desahuciada, triste, con el mentón apoyado a los brazos sobre la carpeta.

—Oigan, yo tengo una pregunta de gran importancia —dijo Aurelio—. ¿Tarzán perdió la virginidad con la chica de amarillo o con el gorila?

—Con tu prima —respondió Saltachín.

— ¡Ah ya!, entonces fue con el gorila, ja, ja. —Respondió Aurelio. Las risas se triplicaron. Gerald, con el semblante decaído, bajó el rostro ocultándolo entre el orificio que formaban sus brazos, aislándose del exterior. Algo habrá pasado con ese maldito Francisco, pensó Ricardo, mientras la observaba, metido en el grupo de varones.

El profesor no pensó que el sentimiento se le prolongaría aún hasta la hora de salida. Sacó el carro del portón tercero, condujo de frente y giró para estacionarse en el portón de secundaria. Quería verla siquiera una vez más, unita más. El cielo ya era oscuro y un gentío de uniformados salían en una marcha discordante. La buscó con la mirada entre los rostros color ocre, los hombros de los varones y las corbatas mal puestas. Por fin la vio, la contempló con su angelical semblante, las facciones mustias y la mirada extraviada a varias direcciones, con los ojitos llenos de chasco. Aunque no lloraba, la forma de sus ojos era distinta a la común. Aun triste, era hermosa. Clavó en ella el iris, esquivando la manada de alumnos que salían indiferentes a su lado, se abrían en la pista y tomaban caminos distintos, tan ignorantes de sus sentimientos. Geraldine giró a la derecha, a paso largo. El profesor dio un fuerte suspiro. La muchacha desaparecía en el fondo de la pista camino a las alhucemas, absorbida por otro puñado de estudiantes, y giró desapareciendo en una esquina. Prendió el motor del carro; desde su mejilla una lágrima se prestaba para bajar, se lanzó hasta difuminarse en una ola de su camiseta. Arrancó.

Ricardo avanzó la puerta, la cerró tras sí y tiró la mochila a uno de los muebles. Saludó

vagamente a su madre que estaba a la mesa. Se echó en el sillón grande como llegando de un trabajo abrumador. La música criolla que salía del parlante le ayudó a detectar la presencia inhóspita de su padre. El triste sonido de la guitarra y el acompañamiento del cajón le hicieron agradable al oído. Se sentó pegando la espalda al mueble en una posición que utilizan las visitas educadas. Estaba cantando Zambo Cavero, y la letra de la canción que comenzaba le llamó la atención.

*En un rincón del arrabal la vi rogar  
y sus ojitos verde mar  
tenían huellas de llorar...  
Sola quedó, desamparada y sin amor,  
y solo Dios sabrá si tiene salvación...  
Tan solo yo, que la quería y la adoré,  
al verla así también lloré  
como en la noche en que se fue.*

A su lado, se detuvo un cuerpo desgastado y delgado de los brazos. Con los pies plantados en V, el hombre dejó observar una prominente bola hinchada a modo de panza, seña letal de años de chela acumulados en un solo barril.

—Hijo.

—Pá.

Por primera vez, Ricardo se identificó con los cantos negroides llenos de sentimentales letras que se han inmortalizado a lo largo de los años, y que sirven para evocar toda clase de emociones. Imaginaba las innumerables danzas típicas que había visto; era, pues, un orgullo patriótico. Después cantaban los Morochucos. Levantaba la suela de un zapato al ritmo del cajón, y en ese taconeó, recordó a una Gerald triste, con el rostro pegado a la carpeta, y luego cómo guardaba sus cosas en la mochila, cabizbaja, y salía por la puerta del aula, sin despedirse de nadie. Afirmó que la causa de esa cara penosa era el malparido de... La guitarra con el vibrar de las cuerdas lloraba, y Ricardo, con una sonrisa trémula en la boca, también sollozó con ella.

La casa parecía más grande y onda. Apenas llegó se lanzó al sillón.

—¿Seguro que no quieres ir al cumpleaños de Yolanda? —la mujer y Michael estaban bien vestidos.

—Sí, tengo que ordenar las notas de los alumnos.

—Bueno, te lo perderás.

Apenas la puerta fue cerrada, Francisco soltó las gotas de los ojos. Los suspiros fueron largos. Él mismo no lo creía. En voz baja mencionaba el nombre de una alumna. Se frotó las mejillas y no sabía qué diablos le pasaba. Por qué esa extraña sensibilidad, por qué todo le parecía abúlico, sin propósito. Observó toda la sala y parecía sentir un dolor en las sienes. Tocó los bolsillos de la casaca y palpó la llave de la casa en uno de ellos, y ¡por qué siento esta maldita cosa! Salió. En medio de la soledad de la calle, avanzó cuatro puertas. En la quinta se leía unas letras pintadas sobre el margen de una reja: Juguería del Quiasmo. Jaló una silla para sentarse casi de golpe, sintió la libertad de hacerlo porque las otras mesas estaban desiertas. Tocó la reja con una moneda.

—Seño, buenas.

—¿Cómo te va? ¿No fuiste con Rita al cumpleaños de tu cuñada? —la señora Margarita preguntó con las manos apoyadas sobre las rejas—.

—No, vine cansado del colegio.

—Te veo un poco estresado.

—Estoy bien. Una chelita.

—¿Negra o gringa?

—Gringa —Francisco tenía la imagen de Gerald en su pensamiento, el maldito malestar indescriptible tampoco lo dejaba. La cerveza común se toma en ocasiones comunes, aquella era una situación distinta.

—Mejor deme una negra.

—Ya.

A los pocos segundos la mujer llegó con la botella más oscura de su tienda, y en la punta había un vaso de plástico descartable.

—Voy a poner mi música, no te molesta, ¿cierto? —dijo la señora.

—No, para nada.

—Ya.

Puso el vaso a un lado, cogió el abrebotellas que pendía de un hilo amarrado a la reja. Quitó la chapa; Observando cómo caía en la madera de la mesa, rodando de los bordes torcidos en circunferencia hasta quedar quieta, el tipo recorría en su cabeza una imagen, una torva esclavitud. La chica modelaba en su mente luciendo el común uniforme azul noche. En la existencia de los mortales no se supone, en general, magnificar la unidad del matrimonio fornicando en otros lares, y menos cuando se trata de una menor de edad, de esas que portan los rutinarios uniformes, reconociendo así, ser la dependencia común y reglamentaria de la educación, aún tratadas de las pequeñas frutillas. Esto se conoce entre los adultos; se conoce, pero no se vivifica en todo sentido, ni en todo ojo, ni en toda casa, —no aprendas que se desobedezca en la compartida cama—. La sociedad —blanquiñosa por piel e hipócrita por órgano— no espera que cierta colegiala sea, lo que por cristiandad llamaríamos, adúltera; aunque de escolares la gente derrocha en fornicar. Ya, mejor no divagues más. Se ha servido un vaso, observa el color negruzco del líquido y se percató de que en la radio de la señora Margarita se oye a José José, *Yo que fui tormenta, yo que fui tornado...*

—A tu salud, preciosa.

Las gotas del líquido se aglomeraron en un charco de desamor que recorría el camino de su lengua, se arrojaba por el esófago, cayendo al oscuro abismo; una premonición en el subconsciente le convencía de que él era como aquella última partícula de líquido, lanzándose a un profundo vacío, tan cerrado, tan sentido. Dejó el vaso y lloró de nuevo. Se sobaba el rostro desde los pómulos hasta pellizcar levemente los labios, y sintió que se iban a reventar las sienas. Una chica. Una chica. Casi una niña. Los tragos solo lo llenaban de más recuerdos. Parecía que esos recuerdos se formaban en el camino de líneas diagonales y transparentes del vaso en la mano, la ocasión en que se besaron por vez primera en un parque tan desierto y oportuno. Vino un trago. Vio después las muchas cartas y poemas que la musa le dedicaba, escritos de su puño y letra, en papeles de varios colores. Otro trago. En la tercera vez el vaso le mostró la ocasión en que ella le miraba fijamente desde cierta distancia, directo a los ojos, tan radiante con su carita de porcelana, mirando quizá a unos diez centímetros a bajo, en verdad casi tenía altura de niña. En esa distancia él quedó inmóvil por un rato, mirando la mesa y extrañó su cuerpo adolescente. Sacó el celular. Tecleó con un índice para encontrar la foto de Gerald. No fue difícil porque era la única persona con la que hablaba por ese medio.

Gerald estaba al lado de su hermano, ambos sentados en el sillón de la sala, veían un dibujo de peces que conversaban en la televisión. Su celular vibró en el bolsillo de su casaca. Lo sacó y vio la casilla de notificaciones.

—*Hola*

¿Es prudente responder? Toda mujer debe valerse, te dices a ti misma. Apagó la pantalla, ¡Que se joda! Listo. Permaneció por unos segundos con el teléfono en la mano, apretándolo como desfogando una represalia de su orgullo feminista. El ver los checks plomitos sin cambiar a celeste capaz lo alborote. Que se hunda, quizá como muchos de nosotros nos habremos hundido. No se equivocó, Francisco esperaba a que las líneas plomas se tornaran a celeste. No ocurría. Esperó con la vista fija en la pantalla, unos segundos más. Nada. El cuerpo inmóvil pero la mente, trémula, se aferraba a la idea que volaba, girando entre las paredes de la psiquis, Ya verás que va a contestar. Francisco volvió a lagrimear cuando observó la hora en la pantalla. Dos minutos. Nunca se había demorado tanto en responder. Un instante en el limbo de la mente no fue suficiente —y parece que ni lo será—. No despegó la vista del teléfono. Tres minutos. Inútil. Tecleó la pantalla y masticaba entre dientes, Por favor.

La radio de la señora Margarita reproducía otra canción de José José.

*Tanto tiempo disfrutamos de este amor  
nuestras almas se acercaron tanto así  
que yo guardo tu sabor,  
pero tú llevas también  
sabor a mí...*

Después de escribir muchos mensajes, la pantalla se humedeció con sus dedos, apretaba otras teclas y se salió de control. Francisco tiró el celular en la mesa. Llegó a una certera conclusión.

—No cabe duda que el que se acuesta con chiquillos amanece cagado.

## XXIV

Ay, Gerald, por qué tenías que haberte entregado de ese modo. Tarada, estúpida, imbécil, llora todo lo que quieras, pero ya pasó. Tiene la pijama puesta y las rodillas pegadas al mentón, con la espalda hacia la cabecera de la cama. Nunca más vuelvas a enamorarte, nunca más volveré a ser tan idiota, nunca más. Indagaré. Al frente, el tubo en L con que se trancaba la puerta que daba a la calle, Cómo diablos no me di cuenta, estaba asegurada junto con el cerrojo y ella lo ve, ¡Porque maldita sea no averigüé todo sobre él!, pero no se percata. Eres una mocosa, Gerald, hoy más que nunca te preocupas de lo que sucederá, ojala que no hayas concebido nada *inoportuno* en tu vientre. Ahora qué voy a hacer. Lo previno siempre, pero ningún método era perfecto. No había sentido nada anormal en estos días, Hace tiempo era para controlar el ciclo mensual, ya es tiempo de ponerme las pilas ¿no? Pero bueno, Gerald, ya pasó, no tienes por qué llorar en la leche derramada. Se levantó a recoger su ropa desordenada en el piso. Su madre ha entrado y la mira ordenar las cosas fuera de su sitio, se percata del uniforme de colegio en la silla de al lado.

—Ya lo has ensuciado mucho.

—Cuál —dijo Gerald.

—Tu uniforme. Qué raro, tú siempre lo lavas.

—Fue un descuido. Ya mismo lo lavo.

—Me lo llevo porque ahora estoy lavando ropa.

—Ya.

—Tu mochila también está sucia. —la madre quitó los cuadernos de la mochila, los dejó en el escritorio.

—Ya es tiempo de revisártelos.

—No me preocupa. Rebuscó la mochila en la funda interior en la que se podría guardar documentos. Pasó la mano por el bolsillo pequeño de adelante y sacó una bolsa de canchita.

—Mejor que ella la lave —pensó Gerald en sus adentros— porque así puedo pensar más tran... Yo no toqué para nada ese bolsillo desde el viernes. ¡No!... acaso no tiré el...

Demasiado tarde, Gerald. La madre abre el bolsillo grande y Gerald, de espaldas, comienza a sudar frío. Algo en el interior de esa tela huele raro. Palpa y mira, Gerald siente el pecho salirse, Que no lo encuentre, Que no lo encuentre, la madre mete los dedos, saca, los ojos se le abren en proporciones planetarias, parpadea con rapidez y luego contrae los párpados.

—Óyeme, óyeme, óyeme... Qué es esto. —Gerald quedó petrificada. —Mírame, que es esto, explícame.

La muchacha voltea y mira en los dedos índice y pulgar de su madre el preservativo que se había olvidado de tirar, guardado en una bolsa de plástico transparente, con diminutas manchas blancuzcas. Sintió la palidez de su propio rostro.

—¡Explícame!, ¡qué no me escuchas!

—Eso...

—¡Qué significa esto!

No había palabras. Un sinfín de ideas y pensamientos atropellaron su mente de adolescente. Sus manos se humedecieron.

—Eso es...

—Por qué te pusiste pálida.

—Eso... es un...

—Por qué te pusiste pálida ¡Qué ha pasado! ¡Has estado con alguien!

—No, no.

—Has estado con alguien.

—No, no, eso pues, me lo pusieron unos compañeros del salón, son los que me andan fastidiando, y...

—Quienes te fastidian.

—Mis compañeros, o sea, ellos han puesto eso, lo hacen para molestarme.

—Pero esto, Gerald, esto es un preservativo, y esta usado. —Ella enmudeció.

—Qué ha pasado. ¡No te quedes callada! ¡Di la verdad! ¡Contesta! Has estado con alguien.

—No, no.

—No soy estúpida Gerald. Tú tienes esto porque tienes a un hombre. Habla de una vez.

La juventud se derrumbaba. Un viaje articulado de placeres sin fin y enraizados en la locura se ha destruido en un pequeño descubrimiento. Si confiesas, te sacaran el alma a golpes, uno porque lo has ocultado, y otra porque la posibilidad de quedar emb... pero, ¡Qué hago entonces! La madre clavaba la mirada con unos ojos emponchados, delatantes, aunque detrás de ellos había un cortejo de temores.

—Lo que pasa es que... hay un profesor que me... que me ha estado siguiendo...

## XXV

—Le llama la subdirectora —dijo Elia.

Martes. El profesor Francisco ha dejado sus cosas en el pupitre y salió del salón de primero. Iba entre el estrecho camino de la cancha de gras y la red que la protegía. Ahora piensa en adormecerse, olvídate de esa mocosa imbécil. Gira y se adentra en el ambiente de las primeras aulas de la entrada principal, que son de las autoridades, Ahora debo pensar en llevarme mejor con Rita. Una puerta de madera bañada de blanco al frente, y un letrero de plástico: Subdirección. Toca con la unión de sus dedos y la voz de una mujer robusta le dice que entre. Mientras el movimiento de la bisagra separaba a la puerta, se construía en sus ojos una imagen terrible: Gerald, una señora a su lado, ambas en las sillas dando al escritorio de la subdirectora.

—Profesor, buenos días.

—Buenos días.

—Aquí ha venido la señora que es madre de la alumna... —los ojos del profesor trataron de esconder un vahído instantáneo de los sentidos, por dentro temblaba, Este es el fin... y dice que tiene una acusación contra usted.

—Y en que consiste— dijo Francisco fingiendo serenidad.

—Habla hija. —dijo la subdirectora. Gerald permaneció callada. La madre la miraba atenta y Francisco mantenía un ceño casi recto. La chica lo miró, las facciones de su rostro masculino denotaban un retumbante sentimiento de miseria.

—Habla —dijo la madre.

—Lo que pasa es que está un poco asustada —intervino la subdirectora—. Mire profesor, lo que pasa es que la alumna dice que desde hace un par de semanas que usted llegó, porque el profesor es nuevo, señora —se dirigió por un instante a la madre— he, desde hace poco usted se ha mostrado un poco cariñoso con la alumna... más de lo normal.

—Yo.

—Eh... eso nos cuenta la alumna.

—¿A qué se refiere?

—Se refiere a que hubo ciertos gestos, ciertas miradas, ciertas señas de parte de usted a la alumna, que fueron subidas de tono.

—¿Y en qué momento hice yo eso?

—La alumna dice que... cuéntale.

Gerald sintió los ojos de Francisco clavados en ella, ahora su mirada era de asombro, pero no era el único, no eran dos, eran seis ojos que la miraban concentrando su atención en ella.

—Lo que pasó fue que... recuerda cuando usted me... recuerda cuando usted me levantó para hacer un ejemplo de un ejercicio.

—Ya.

—Entonces... usted, pues desde hace un tiempo hubieron miradas y frasecitas que me incomodaron...

—Y...

—Y...

—O sea, te incomodó la forma que te cargué.

—Sí, no me pareció.

—¿Y eso es todo?

—No, también no me gustan ciertos gestos que... usted me hace...

—Qué me quieres decir, te molestó que te cargaré o la forma en que enseñé.

Gerald se quedó muda. Dile la verdad idiota, encáralo delante de la profesora, la mente de Gerald divaga otra vez, se insultaba y lo insultaba, Pero si digo la verdad, entonces yo también tendré la culpa. Su corazón latía como si hubiera estado corriendo, lo escuchaba tras los oídos.

—No tengas miedo hija —dijo la subdirectora— dilo, él no te va a hacer nada.

—Lo que pasa es que usted me había guiñado el ojo la otra vez, y en otra ocasión cuando me uso de ejemplo para un ejercicios me tomo en sus brazos y no era tan necesario.

—Gerald, deja de dar vueltas, cuenta lo que encontramos en tu mochila, que para eso hemos venido. —La madre la desafió, con un tono de fastidio.

—Lo que pasa es que, profesor... —sacó el preservativo dentro de la bolsa transparente— encontré esto en uno de mis bolsillos. Y en cuanto lo vi, creí que usted lo había puesto.

—¡Qué! Por qué eso de mí.

—Por las miradas que usted me hace, profesor.

—Qué miradas, qué cargos, yo no hice nada de lo que tú me dices. Quizá sea un poco bromista con los chicos cuando les enseño, pero no creo haber hecho una seña que les haga incomodado, señora subdirectora...

—Pero me incomodó a mí.

—Y qué tiene que ver eso con tus conclusiones de ese preservativo.

—Que solo usted pudo haberlo puesto.

—Yo, y por qué habría de hacer eso.

—Por alguna broma o un intento de insinuación, un acoso —intervino la madre.

—A ver, ustedes sacan una conclusión de unas supuestas miradas, para pensar que fui yo el que puso eso en su mochila. ¿Eso suena lógico? Señora subdirectora, con todo respeto, creo que estamos perdiendo el tiempo.

—¡Claro que no! —dijo la madre—, cómo va a aparecer esa cosa en la mochila que mi hija lleva al colegio, si hubiera sido en otro lado hubiera sido diferente.

—A ver, señora relájese, recuerde lo que hablamos hace un momento, que la alumna no tiene una prueba específica de quien fue el que puso eso ahí. Si traje al profesor fue solo para descartar la posibilidad de que esté involucrado —dijo la subdirectora, sus rollos abdominales rosaban las manijas de su silla, tenía el cabello teñido de rojo.

—Directora, hoy en día hay muchos casos que profesores acosan menores edad, y hasta las violan —dijo la madre.

—Pues este no es el caso, señora. —dijo Francisco.

—Como lo sé yo.

—Pregúntele a su hija.

Gerald permaneció muda. El psicólogo Omar entró para hablar con la subdirectora, y se quedó entre la puerta y el marco al ver que estaba ocupada.

—Claro, seño, estamos dialogando, porque no podemos denunciar oficialmente sin tener pruebas de algún hecho, por eso la alumna Gerald vino a consultarme.

—Pero entonces, ¿Quién puso esto allí? —dijo la madre y se dirigió a Gerald— ¡habla de una vez!, no decías tú que te miraba y no te trataba como a las otras alumnas.

—Señora —dijo Francisco— pregúntele bien a su hija, quizá está haciendo enredar las cosas para tapar sus propias acciones. Tampoco me va a negar que los chicos a veces hacen eso, ¿o sí?

La señora se quedó callada.

—Tendría que indagar bien, el profesor aunque es nuevo siempre ha mostrado respeto por los alumnos y por sus colegas, y es la primera vez que he recibido una queja de él —dijo la subdirectora.

—Quizá fue uno de sus compañeros que le haya hecho esa broma. Los muchachos del quinto C son muy inquietos, y he visto que les hacen algunas cosas parecidas solo por jugar —dijo Francisco—. Bien, subdirectora, creo que debo estar dando clase.

—Gerald, ¿tienes algo que decir? —preguntó al subdirectora.

—No, yo solo tenía una sospecha, y quería descartarla.

—Y ¿lo hiciste?

—Sí...—ella volvió el rostro hacia él, sintió el odio que de él emanaba en su contra, sintió su mirada penetrante— Disculpe, profesor.

—Okey —dijo él antes de irse.

El profesor se asomó a la puerta, El psicólogo Omar se hizo un lado para que él avanzara. Al poco rato, Gerald con su madre se despedía de la subdirectora, salían de su oficina y cruzaban el umbral de la puertilla lateral del portón. Gerald acompañó a su madre hasta salir del colegio. Edith llevaba las cejas pesadas, se volvió y arremetió con una cachetada contra su hija.

—Imbécil. Me hiciste quedar como una idiota.

—¿Qué? te dije que solo era una sospecha, nunca lo acusé totalmente.

—Entonces quien ha sido, tú te andas acostando con alguien y no lo quieres confesar.

—No, por favor, te he dicho que no.

—Entonces, no me trates de huevona.

—Mis compañeros han sido. Ya me acuerdo.

—Mis compañeros han sido, inútil, y ahora lo dices, sabes que tengo que trabajar, contigo hablaré en la casa.

La mujer dio la espalda y avanzó por el lado izquierdo de la pista desierta. Gerald la quedó mirando, luego observó por unos instantes la fachada verde de la casa adelante, una cuadra vieja, sobándose la mejilla golpeada.

—Te pasaste, panchito —le dijo Omar entre risas.

—De qué. —Francisco estaba de pie.

—Como que echándole miradas a esa alumna. —Omar sonreía mientras llenaba un formulario, sobre el pupitre. Observó a Francisco de perfil.

—Yo nunca le he mirado ni la he tocado ni nada de nada. Esta loca.

—Aunque tampoco ella va a plantearse algo en base a la nada.

—Para mí que se ha tirado a alguien y quiere chantarme la culpa.

—Tú no les has hecho nada de nada, dices.

Tenía el alma llena de ira. Cómo diablos fue capaz. Y por qué lo hizo, por qué ese preservativo, ¿era mío?, porque parece que no soy el único que... ¡Ah! Se sentó de golpe en una silla cercana. Evocó a Gerald, recordó cada facción de ese rostro ridículo, tembloroso frente al bodoque de la subdirectora.

—Y toda vino con la madre.

—Estas asado.

No respondió. Permaneció mirando a la pared. El iris se le dilató, y su talón derecho no dejaba de rebotar contra el piso. Omar reconocía aquella forma de concentrarse, aquellos ojos estaban ansiosos, centrándose en algún lugar, o en alguien. Sintió un estremecimiento interior.

—Cálmate, no es para tanto.

Ricardo sintió que se le amalaba la cabeza, necesitaba contarle a alguien de confianza lo que sentía, lo que repugnaba de aquella chica... Miró a la izquierda, se levantó para cerrar la puerta y regresó. Hablaba entre dientes y sus titubeos eran parecidos a la fusión de dos vocales temerosas.

—Mira... Omar, la verdad es que a mí, a mí sí me gusta esa chica. —Los ojos del doctor se

agrandaron como pupilas de gato. Francisco sonreía con simpatía.

—A ver a ver a ver... tú dices que te gusta esa alumna.

—Sí. —dijo después de un suspiro disimulado. —O sea, uno es adulto y todo, pero no me vas a negar que de vez en cuando hay una que otra chibola bonita... Acéptalo.

El psicólogo lo miró impávido.

—Pero eso no quiere decir que uno esté con ella, simplemente es una atracción y ya.

—Claro, claro.

Francisco jugaba con un lapicero de un tarrito en el escritorio, encontró en Omar alguien confiable para relatar los sentimientos incómodos que lo embargaban.

—No he hecho muchas cosas con la alumna. —El psicólogo lo miró fijamente.

—Qué quieres decir con eso de que no hiciste muchas cosas. Especificate.

—O sea, los primeros días necesitaba alguien que me explicara cómo eran los alumnos del quinto, para llevarme bien con ellos. Además ella quería que le compartiera un libro, y se lo pase por WhatsApp, y conversamos por ese medio.

—¡WhatsApp!... oye, te das cuenta de lo que dices, le has pedido el número de celular a una alumna. —Al oírlo, Francisco cambió de semblante.

—Sí.

La frente del psicólogo se arrugó arqueándose con la calvicie y las cejas.

—Eh... pero no le he hecho nada, ni la he tocado de forma indebida, ni nada de eso, solo hablamos y ya.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —Francisco se ruborizaba. Su frente comenzó a brillar— ¿Te le has insinuado de alguna manera?

—No, no, no. Solo hablamos. Te digo que a uno le puede gustar alguna, pero no es para estar en esas cosas.

—Qué conversaciones tuvieron.

—Del salón, de los libros, hablamos de lo que a ella le gusta... sobre lo que a mí me gusta...

—Y todavía con esas, y que más.

—Nada más.

—¿Seguro?

—No, nada más, lo juro. Pero eso fueron los primeros días que llegué. Ya con estoy ni más le hablo.

—Ten cuidado, Francisco, por dónde te metes. Según esas conversaciones te pueden perjudicar.

El psicólogo se rascó un lado de la cabeza. Francisco sudaba frío, Mierda, creí que este me ayudaría... éste conchasuma...

—Entonces... —el psicólogo interrumpió sus pensamientos, hablaba sereno— eres tú o no eres tú el que puso ese condón en su mochila. Ahora le estoy creyendo a la mamá que vino.

La garganta de Francisco se enredó en un desfile de hilachas congeladas, el condón es mío, pero yo no lo puse ahí, ella se olvidó de botarlo después que lo usamos...

—Yo no metí esa cosa en su mochila.

—Pero entonces de dónde lo ha sacado ella.

—¡Yo no sé, doctor, yo no sé! Hay miles de razones por las que un chibolo lleva un condón en el bolsillo, no es raro en estos días. Tú eres psicólogo, Omar, tú sabes más de eso.

—Entonces ella anda con un hombre.

—Qué se yo, a lo mejor, estamos en una época muy corrompida, los alumnos fuman y toman fuera de aquí, quién dice que ella no pueda ser la excepción.

—Dijiste que te gustaba.

—Dije que me gustaba, no que estuviera con ella, o la quisiera para una enamorada.

—En tu caso para una amante, Francisco, porque tú vives con una mujer.

—Sí, sí...

—Y ten en claro esto... —se puso de pie— de verdad sería hasta un delito...

—No me acuses de nada.

—No, no, solo es una advertencia. Ten cuidado por lo que hablas en chat, el acoso se denuncia.

Es todo lo que te quiero decir.

—Ja, no, no soy de esos, Omar.

—Claro, claro, no te acuso ni nada, pero, solo te advierto que tengas cuidado, un solo mensaje en falso te puede traer muchos problemas.

Francisco quedó con el semblante serio. Después de varios minutos, se despidió, salió de la oficina. El psicólogo Omar se acomodó en el asiento, también su semblante había cambiado. Identificó un sentimiento de inusual de maleza en el ambiente, como si algo no estuviera en orden.

—Esto no me cuadra.

Abrió el cajón del pupitre, sacó un cuadernillo y lo levantó para sacudirlo. Las hojas se separaban como un abanico, y cuando lo agitó, un pedazo de hoja cuadriculada se desplazó con suavidad. Lo tomó, acercó el rostro y recordaba cómo lo había encontrado al lado de un alumno que palpaba una carpeta, como un lunático, en el quinto C, la misma sección de la alumna Castillo. Leyó la tinta roja, parecía ser una conversa de dos alumnas:

—*No se amiga*

—*Lo amo igual, le diré a la hora de salida para salir a otro lado, es viernes*

—*Dile que me ponga buena nota quiero que salga un veinte en física jjaja*

—*No te preocupes yo lo conenzo*

## XXVI

—Sígueme.

Era la primera vez que Ricardo tomaba desayuno en la casa de un compañero. Por un instante le pareció extraña tanta confianza, miraba el ras de su tasa, meditaba en lo bien que aquello se sentía. Después de juntar las tasas, Aurelio le dijo que lo siguiera y entraron a su cuarto. Ricardo se sorprendió: la habitación no tenía tanto desorden, aparte de la ropa colgada en un tubo de la cama y migas diminutas de comida en el escritorio, donde estaba la computadora. Al lado de ella, una mini biblioteca alta hasta donde terminaba su barriga, barnizada de un marrón pálido, donde exhibía sus libros de varios tamaños, encuadernaciones con varios niveles de grosor, y una colección de tomos de literatura antigua.

—Aaala, tu sí que lees como cancha.

—Jeh, trato, trato. La verdad es que no me da el tiempo como yo quisiera, tengo que acompañar a mi mamá al mercado para ayudarle con la bolsa, tengo que hacer la tarea, buscar el trabajo en internet, leer la información, si es que me interesa. Me gustaría tener más tiempo.

Ricardo observó un cuadernillo abierto sobre el escritorio, a un lado había un libro que mostraba en su portada la caricatura del mar y una balsa.

—Oye, a ver, pásate un libro, para comenzar leer.

—¿Seguro?

—Sí, me gustaría leer alguno.

Aurelio pasaba el dedo índice por algunos lomos, luego se detuvo.

—No estás haciendo esto por Gerald... o sí.

—No, no.

—Porque ella es caso perdido, ya te lo di...

—No, no, no voy a ser nada por ella, es porque yo quiero aprender para mí. —Bien. Te gusta la ficción, el terror, el romance, comedia, historia...

—Ah...

—Cuál te gusta.

—A ver... algo que sea divertido.

—Claro.

—Para comenzar, pues.

Aurelio miró entre los lomos. Sacó un libro de pasta blanda.

—Lee la pestaña.

—¿La qué?

—La pestañita... a ver, abre el libro... donde está éste sticker, es un separador. A ver si me respondes esa pregunta. —Ricardo leyó:

—*¿En qué momento se ha jodido el Perú?* Jajaja, no sé, cholo, me agarraste con eso, no se responder.

—Esa es de Mario Vargas Llosa, trata sobre muchos cambios que suceden en el país... ah..., no, ésta te va a aburrir. —Le quitó el libro y buscó otro. —Este está más suave. Lee lo que dice la pestaña.

—Oye, cholo, por qué eres tan raro.

—¿Qué? —Aurelio volteó.

—O sea, todo tú, eres... como maduro, como un adulto. —Aurelio le quedo mirando.

—Lee la pestaña que te dije. —Ricardo abrió la página, leyó:

*Quizá el amor nos hace envejecer antes de tiempo, y nos vuelve más jóvenes cuando pasa la*

*juventud.*

—Aah, está bacán.

—Llévate ese, te lo regalo. Hace tiempo que no lo leo.

—Y por qué ya no lo lees.

—No sé. Tengo la costumbre de no releer los libros que ya he leído. No sé por qué. —Siguió buscando en el librero.

—Oye, que bacán está esto. Te imaginas que tu vida sea una novela. —Aurelio le miró con una sonrisa vaga.

—Ricardo, en la realidad, las vidas novelescas no existen... bueno, al menos no en este país. —Siguió hablando mientras observaba dos libros de pasta negra— Por eso existen los libros, para sacarnos de la porquería de mundo en que hemos nacido, para salir de la realidad, por lo menos un rato... Y, siendo franco, creo que ese es mi motivo principal para leer.

—Claro. Eso es mejor que salir a jugar Dota o ir al cine. O eso es lo mejor para ti, ¿no?

—Uno pasa más tiempo haciendo lo que más quiere —juntó un grupo de tomos llenando un vacío que había quedado—.

—Qué piensas sobre los que paran jugando dota y otras cosas que han salido.

—Yo pienso que todos ellos del salón que se pasan haciendo hora viendo el celular, hablando gaferas de las personas y de sí mismos... ah... yo creo que están buscando un reflejo de sí mismos... para mi es solo una pérdida de tiempo.

—Pero es un relajo.

—No digo que esté mal. Yo me relajo a veces viendo youtube y viendo lo que publican, pero mi mamá siempre fue terriblemente estricta. Y ahora ya me acostumbé a no entrar mucho. Y este es el resultado —abrió sus manos mostrándose— todo el mundo cree que soy un amargado, incluso mi mamá y mi hermano ahora se quejan de que no salgo con amigos ni ando al ritmo de la gente, que siempre ando aburrido. Y yo respondo, Bueno, me criaron así, ¿no?

—Pero, siempre es bueno que salgas, que te diviertas.

Aurelio carcajeó vagamente.

—Sí salgo, con algunos amigos que viven por aquí cerca. Solo que no lo hago con tanta frecuencia. No soy ningún antisocial.

—Entonces si te invito a una partida de Dota, ¿no aceptarías?

—¿Por qué no? Tú eres “pro” ¿cierto?

—Maso.

—Oye, Ricardo, ¿por qué me pediste que te diera el papelito que le quite a Gerald?

—Cuál.

—El de la vez pasada.

Ricardo recordó el preciso instante, cada segundo, y divisando el recuerdo en su cabeza, se observó tal como mira una película, goleando disimulado, torpemente disimulado, una carpeta como un loquito. Se ruborizó.

—Por nada, una tontería que no sirvió. No me hubieras hecho caso.

—¡Oigan, oigan! Miren lo que encontré. —Saltachín señalaba a un pequeño porongo de agua cortado a la mitad que servía como tacho de basura. Todos los de su grupo, que estaban ya en la otra pared del salón, se acercaron. Cuando miraron al interior del objeto, sus risas comenzaron a opacar los ejercicios de la profesora de E.P.T., que salían de sus bocas como si tuvieran atorada la garganta. Saltachín sacó con la mano aquella bolsilla transparente con apariencia de un palillo largo, parecía sucia de alguna sustancia entre amarillenta y blancuzca. Mientras que mierdeaban de asombro y la profesora preguntaba desde su silla, ellos se volvían hacia ella.

—No es nada— dijo el Duro, y agregó a sus compañeros que tenían los ojos absortos en la bolsita— digamos que es un globito.

Sus conversaciones llamaron la atención a Ricardo. Volteó a su izquierda, Aurelio reía en su asiento, y en las carpetas que le rodeaban no había gente. Volteó a la derecha, los tipos jugaban con aquel globo blanco. Pero más le llamó la atención lo que tenía adelante: Gerald lucía tan sonrojada como un tomate, ahogada en su propia vergüenza. ¿Por qué diablos no tiraste eso en otro lado, Gerald?! Por qué no lo botaste en otro lado. Pero no te mortifiques, tú mamá te lo dio después de hablar con la subdirectora y no ibas a cargarlo todo el día. Aunque era improbable, su miedo era ser descubierta, que sus amigos la señalaran de ser la responsable que apareciera aquella cosilla en el tacho. Ricardo la observaba con detenimiento, viendo cómo su cara reflejaba malestar, se tapaba los ojos con una mano, pero era tonto porque las mejillas llenas de sangre se le notaban contrastando con su piel de leche, y observando el globito que blandeaba en la mano de un compañero, y volviéndola a observar a ella, sintió místicamente que ambos asuntos estaban de algún modo conectados.

—Qué le estará pasando.

Cuatro horas de teoría, y la campana sonó. Los muchachos guardaban los cuadernos, dejando la carpeta tan vacía como si nadie hubiera estudiado. Cuando avanzaban para salir, el psicólogo Omar se plantó bajó el umbral de la puerta.

—Quién es el brigadier.

—Yo— Aurelio levantó la mano, blandiendo con sarcasmo el cordón en su hombro.

—Acompáñame.

Salieron bordeando la cancha de gras sintético para dirigirse a su oficina. En el salón, Gerald estaba entumecida en la puerta, los labios flacos de un compañero comenzaban a rosarse con la circunferencia de goma del globito que habían encontrado. Sintió asco. Casi medio salón seguía adentro solo para ver como Daniel soplaba adentro y el condón se hacía más largo, más ancho y perdía su color.

—Aurelio, dime, ¿reconoces esta letra?— el psicólogo le mostró el papelito que él mismo había tenido. Las voces ensordecedoras de los alumnos llamaban la atención de dos uniformados del otro quinto, que entraron hasta el fondo del salón y observaba absortos.

—Sí, señor.

—De quiénes son. —¿Qué asco!, ¡Bota eso!, gritaban las voces, ¡Cochino!, Gerald sintió un revoltijo mortal en las entrañas, ¡Asquerosos, que asquerosos!, buscaba con la mirada entre las carpetas, alguna bolsita donde poder vomitar, fue inútil.

—Una es de Gerald Castillo, y otra de Stefany López—dijo Aurelio.

—Entonces —el psicólogo se echó atrás, puso un índice a sus labios y se acercó— ¿tú tienes idea de lo que ellas están hablando en este papel? — ¡OE! ¡OE! ¡OE! ¡OE! Saltachín pateaba el objeto inflado como una pelota, con la punta del zapato lo elevaba, caía suavemente al suelo.

—Parece que él se le insinuó en un inicio, señor, o quizá ella, no lo sé. El punto es que ellos están juntos.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, señor, ella y Stefany conversan muchísimo sobre eso, creo que es la única con la que Gerald se habla más en el salón. —¡DEPRAVADO! Saltachín terminó pateando fuerte el globo, ¡SUCIO!, y se acercaba a la puerta con una manada de estudiantes gritándole entre risotadas, ¡ROSQUETE! El instrumento flotó al lado de Gerald, ¡TE GUSTA AGARRAR LAS COSAS DE HOMBRES!, y ella sintió un vahído casi fugaz, ¡PAJERO! pero muy prolongado, apretó la vista, se le quedó en la cabeza su retrato blancuzco y con manchas de sustancia blanca y verduzca por

dentro, combinadas con el polvo del suelo que parecía no ser barrido por un año, y le daba al objeto pinta de una criatura repugnante que se movía por sí sola. Para ella era el infierno.

—Pero, ¿por qué no lo denunciaste? ¿Por qué quedarse callado?

Aurelio miró abajo, el vidrio del pupitre retrataba su rostro, titubeaba.

—La verdad... señor... no, no sabía cómo hacerlo, a veces me parece que el profesor solo juega con una chiquilla, que luego ella se dará cuenta más adelante de lo que hace.

—Pero... ¿y si le hace daño?

Aurelio apartó la vista, volvió a pensar. Daniel tiró el globo al patio de un manazo, otros alumnos que pasaban corriendo lo llevaron entre zapatazos, después lo dejaron flotar hasta donde se lo llevara el viento.

—¡Deténganlo! —dijo el Duro— ¡Si lo ve la auxiliar nos caga! —Demasiado tarde, el globo flotaba muy lejos, entre columnas azules y la pared del pasadizo.

—No me había puesto a pensar en eso... —dijo Aurelio.

—Y si la deja embarazada, dime, qué hacemos... Tú solo sabes lo que me dices ahora, pero han pasado muchísimas cosas más detrás de este papel, cosas que ni tú ni yo sabemos, y que...

—Que pudimos...

—Que pudimos haber evitado.

El globo rebotó frente a una puerta. Dos uniformados que parecían niños de primaria lo metieron al salón del primero C. Lo mostraron, lo tocaban y se preguntaban entre ellos. Algunos reían. Meneaban con un dedo la puntita dura que sobresalía en un lado, que sí era de un blanco lleno. Solo unas cuantas caritas comenzaron a explicar frases entrecortadas. Miguel, el hermano menor de Gerald se acercó al globo, preguntaba.

—Hagamos algo, Aurelio. Por favor, por favor, vigíleme a esta alumna. Mantenme informado. Si puedes indagar más, me dices.

Los chiquillos de primero comenzaban a reír fuerte, Miguel trataba de seguir el juego sin entender muy bien. ¡Es un condón! Dijo una joven, de unos doce años. Uno de ellos saltó arriba del objeto.

—Pierda cuidado, señor, yo le averiguaré más.

El globo se reventó debajo de sus zapatos. Todos los uniformados comenzaron a reír. Faltaban cinco minutos para que acabara el recreo.

—Gracias por apoyar. Esto es algo muy delicado. Creo que no necesito pedirte que guardes reserva.

—Lo sé, no se preocupe —dijo Aurelio, antes de levantarse—, soy una tumba.

## XXVII

Francisco recibió el mensaje por el celular, se levantó del pupitre, acudió al llamado. Cuando se acercaba a la oficina del psicólogo, vio la puerta abriéndose con lentitud. El brigadier del quinto C salía, la cerraba tras sí, encontrándose con el profesor casi de frente, pero avanzó caminando por su costado sin saludarle ni dirigirle la mirada. Francisco hizo un gesto altivo, prefirió ignorarlo. Empujó la puerta. Dentro, se sentó frente al pupitre del psicólogo.

—Dime. —Francisco irguió la espalda.

—Y... Cómo has estado.

—Yo bien.

—Me dijiste que no hablarías otra vez con esa alumna.

—¿Cuál alumna? —hizo las cejas pesadas.

—No te hagas, tú sabes de quien estoy hablando.

—Pues yo no sé. —dijo con brusquedad. —Yo no me voy con rodeos.

—Y yo menos. —La voz garraspada del psicólogo pareció desgarrar las paredes—. Explícame, que significa esto. —El psicólogo lanzó a Francisco una hoja que parecía ser la fotocopia de tres pedazos de papel. Cada uno de ellos llevaba los diálogos con una caligrafía tan bien delineada que delataba a un par de chicas, y la poca luz de la tinta de fotocopia confirmaba que eran escritas en lapiceros color rosado o rojo. Francisco iba leyendo, sus ojos se agrandaban más y más en un intento inútil por controlarlos, la piel se le erosionaba en puntos y los bellos de los brazos se le erizaron bajo la casaca deportiva, mientras balbuceaba y el labio inferior se adelantaba del superior. El psicólogo observó cada una de las señales que transmitía su cuerpo. Francisco trató de mostrar impavidez.

—Yo, yo, yo no sé lo que eso significa.

Omar pegó dos palmadas con las manos que abrió grandemente contra el pupitre.

—Niégame que esas chicas hablan de ti. —Francisco le miró, sus ojos estaban pasmados y trataban de fingir estoicismo—. ¡Niégamelo! —Siguió callado.

—Voy a pedirte que te vayas de aquí.

—¿Qué?

—Que te vayas de ese salón, del colegio, de este sitio.

—Y quién es usted para decirme eso, si no hice nada malo.

—¡Por favor!

—¡Por favor qué!

—Reconoce tus faltas, lo que has hecho es una maldad, es una deshonra para el colegio, tú no sabes el loquerío que se va a armar si esto llega al ministerio.

—Ay, no, no es as...

—Reconócelo

—Yo no voy a reconocer...

—Reconócelo, reconoce que estás haciendo algo muy grave.

—¡Yo no voy a reconocer nada porque yo no hice nada!

—Sínico, sinvergüenza.

—Llámeme como quiera, pero no voy a reconocer algo que no hice.

—Tu nombre está aquí en estos papeles.

—Yo, yo, ¡no sé!, ¡no sé qué habrán querido esas mocosas decir, o no sé quién o usted se ha inventado esto!

—Y también mencionan el curso de física, tú curso —Omar lo señaló con un dedo grueso,

oscuro. Francisco le maldijo dentro de sí. —Tengo más pruebas, Francisco.

Los patios del colegio eran casi un desierto a esas horas de la tarde, todos los alumnos practicaban un bullicio dentro de los salones, y el aire húmedo se sentía correr desde las canchas de gras hasta cerca de la entrada, donde aumenta la tensión en el aula de psicología; Al lado de ella, la subdirectora se extrañó en su oficina al escuchar alguna conversación de tono inusualmente alto. La conversación era decisiva, Francisco no afirmaba nada pero tampoco lo negaba.

—Entonces, acepta de una vez, Francisco.

El profesor estaba sudando, ya se le notaba en la frente y la tez de su rostro se puso pálida. Tenía la boca abierta, mostrando los dientes de conejo.

—Si tú lo niegas, de todos modos tengo a unos alumnos que me han ayudado a llegar a esta verdad.

Francisco se estremeció entre sus adentros. Recordó por un instante al brigadier del salón que hace unos minutos salía de la misma oficina que estaba pisando.

—Así que, ya sabes, tengo más testigos.

—Omar... Omar, por favor, no quiero perder mi trabajo.

—Y no quiero tampoco que todo el colegio se perjudique por ti.

—Yo tengo un hijo chiquito, por favor. Omar... Omar...— El psicólogo miró al suelo, no se había puesto a pensar en ese detalle.

—Necesito trabajar porque mi señora no trabaja, Omar, por favor, ten piedad, te prometo que ya no volveré a hablarle a esa chica nunca más, palabra, te lo juro, Omar... —El ceño del psicólogo lucía fruncido, ahora se estiraba hacia arriba, comenzó a rascarse la calvicie.

—Vete de aquí. Te mereces algo peor.

—Pero, Omar... Mi fami...

— Vete de aquí... tú... tú no le has llegado a... tocar de más... no se te pasó la mano ¿cierto? ¿Sabes lo que quiero decir?

El corazón de Francisco latió como nunca lo había hecho desde que había roto el record de la universidad en el maratón, ni en ninguna otra vez en otro deporte, incluso cuando hacía gemir melodiosamente a Gerald debajo de su cuerpo, y su pecho parecía salirse.

—No... Omar, yo no le he hecho nada malo a la chica, simplemente conversamos, pero nada más.

—Ah. Entonces vete, renuncia del colegio...

—Pero...

—Y búscate otro.

—Omar, no puede se...

—¡Hazlo!, si no has hecho nada con la chica y aun así te quiere denunciar, puede hacerlo, en estos días las chicas se informan mucho, y están al tanto de muchas cuestiones. ¿Qué te garantiza que Castillo no te pueda hacer lo mismo, para protegerse? —Francisco pensó seriamente en aquella afirmación—. ¡Hazlo!, vete de aquí, presenta tu renuncia hoy mismo, busca otro colegio para que no te frieguen si es que deciden denunciarte... y si es que realmente no eres culpable de un pecado mayor. Presenta tu renuncia hoy mismo, ¡y ya!

—Pero...

—Si no quieres que yo mismo hable.

Francisco le miró con la irritación de un condenado. Respiraba hondo, y se dio cuenta de lo que le convenía más. Al final de cuentas, el psicólogo tenía razón. Salió de la oficina, con el semblante cargado de rencor, miraba al pavimento de los caminos, una maraña de odios y maleficencia vindicativa surgió en las entrañas de su pecho, y todas esas flechas apuntaban hacia

la chica que antes había amado, Esto no terminará así. Avanzó, maldiciéndola, injuriándola por dentro.

A las ocho y media de la noche, llegaba a su sala con una faceta destrozada, una angustia vil le carcomía el pensamiento. Se sentó en el sillón al lado de Rita. Ella acababa de extender la mano sosteniendo el celular. Ahora editaba la foto.

—Cómo te fue hoy.

El tipo no respondía. Sentado en el suelo, dándole la espalda, Michael veía un dibujo animado en la tele. Rita se olvidó de lo que había preguntado tratando de maniobrar un cuadrado con los dedos, dentro de la imagen.

—La verdad... Me ha ido... —recostó su cuello sobre el cojín, ya sabía lo que se vendría— más o menos. —Rita no le oía—. Bueno la verdad no me ha ido muy bien.

Después de unos segundos silenciosos, ella balbuceó algo.

—¿Qué?

—Que no me ha ido muy bien.

—¿Y por qué?— regresó a mirar el celular.

—Porque...

—Voy a servirte tu comida, espera.

Se levantó. Mientras servía, Francisco apoyaba los puños, se levantaba con resigna, ahora el sudor de sus manos era por nervios a la posible reacción de ella.

—Rita...

—Toma. —El cogió el plato después de que ella lo mantuvo unos segundos. Lo puso en mesa.

—Rita... me... me han acusado de algo muy feo en el colegio.

—¿Cómo así?, cuéntame. —Se sentó automática en la mesa mientras manipulaba el celular. Francisco comenzó a renegar por su acento falso de española, hoy más que antes.

—Lo que pasa es que... a una chica le han encontrado un condón en un bolsillo, a una alumna, su mamá le encontró a una alumna eso... y...

—Y... —Al ver su dificultad para expresarse, apagó la pantalla del celular y la dejó a un lado. Francisco se abochornó.

—Ah... ella creía que yo le había puesto ese condón en el bolsillo.

—¿Qué? haber... repite por favor.

—Que la madre de una alumna le encontró a ella un preservativo dentro del de bolsillo de su mochila, y creen que yo lo puse —levantó la voz.

—¿Qué cosa?! Y por qué piensan eso.

—No sé, dicen que me han visto coqueteándole a la alumna y esas babosadas.

—Qué estás diciendo...-Rita abrió los ojos— tú lo has hecho.

—No, claro que no, yo no lo hice, la mocosa con su mamá fueron a hablar con la subdirectora, y la subdirectora me llamó... y, y, y les dije que yo no había hecho nada, y la subdirectora me jodió feo.

—¿Qué te dijo?

—Que... que es raro que una alumna se queje de usted, o sea hablando de mí, que se queje de usted y encima venga con una madre de familia.

—O sea que piensan que tú...

—Piensan que yo lo hice, y le dije a la subdirectora que yo no fui, que quizá la muchacha estaba con otro y porque le encontraron el condón me habrá chantado a mí la culpa, para salvarse, o a lo mejor estaba loca, o le habrán hecho una broma sus compañeros.

—Y entonces, en que quedó la subdirectora...

Francisco titubeó.

—Me sacaron del colegio.

Rita se levantó de inmediato, contrajo los párpados y se llevó una mano a la frente.

—¿Qué hicieron qué?

—Me botaron, mujer. Me botaron del colegio. Ya no sé qué hacer...— se iba para el cuarto, ella lo seguía— no sé qué voy a hacer.

—¿Cómo que te botaron del colegio! ¡Qué estás diciendo!

—¡Eso pasó!

En va y un ven de pasos, cruces y palabras ásperas, Michael miraba de reojo, veía al televisor, confundido.

—Cómo que... aah... No, no, no, tú sabes que tengo que pagar la pensión del colegio de Michael.

—Yo sé, lo sé muy bien.

—¡Y entonces por qué dejaste que te corran!

—¡Te estoy explicando que no es mi culpa! ¡Maldita sea!

—¿Cómo no va a ser tu culpa! ¡Algo habrás echo tú, porque no te pueden botar así como así!

—¡Yo no hice nada!

—¡Sí! ¡Qué hiciste!

—¡Yo no hice nada! —tiró algunas cosas de la mesita de noche— ¡Yo no hice nada! —apretó los puños y comenzó a golpear la madera.

—¿Crees que soy estúpida?! ¡Ah!

—Déjame... —salió a la sala.

—¡Ven acá! ¡Imbecil!, no es posible que te boten del trabajo, no, no es posible.

—¡Entiende de una vez!... —Ella lloraba, pasaba las manos por el cabello y se lo frotaba con fuerza, lo llevaba hacia atrás. Francisco le miraba con la nariz respingona. Eran tantas, tantísimas veces que la vio así, que le comenzó a fastidiar.

—¿Qué malo que eres! Qué has hecho, si es por lo que dices entonces has estado acosando de verdad a una de la que le enseñas...

—Que, no...

Michael veía cómo una cerdita rosada se mecía en un columpio, y varios animalitos jugaban sentados en una caja de arena, mientras Francisco miraba a su mujer con el rostro cargado de irritación, caminaba de la sala a la cocina y de la cocina al cuarto y del cuarto a la sala. Rita le seguía a cada paso, su cuerpo flaco necesitaba fuerzas para agarrar al tipo, sentarlo en un lugar fijo, mientras se lanzaban toda clase de injurias, partiendo del tema del colegio hacia otras cuestiones que parecieron haber quedado resueltas en el pasado, reabriendo heridas ya cicatrizadas por el tiempo. Después, solo se echaban en cara hasta las cosas más pequeñas y ridículas.

Por instantes, Michael volteó a mirar como su madre le daba de golpes a su padre.

—¡No es la primera vez! ¡No es la primera vez!

—¡Ya no empieces!

Lo que sí le aturdió al pequeño fue cuando, después de que ambos padres se gritaban y cambiaban de tono de voz, y comentaran cosas que para él no tendría sentido, después de todo ello, las voces se apagaron por un momento. Luego Rita gritaba ¡Mejor, ojala nunca vinieras! El padre salía del cuarto con un maletín de mano. Quiso avanzar a la puerta donde se topó con el pequeño y se quedó a mirarlo un instante, se acercó y le besó en la frente y parte del cerquillo que la cubría, Pronto vuelvo, le susurró. Michael le observó maniobrar el cerrojo y abrir la puerta, y

la madre la cerró con fuerza apenas él cruzó el umbral.

## XXVIII

Aurelio estaba corriendo por las pistas circundantes del colegio, sosteniendo en un asta una bandera roja que flameaba, con la oz, el martillo y estrellas amarillas adornando en un lado, gritando: “La victoria es mía”. Un estupor de pensamiento le hizo regresar en sí para darse cuenta que mantenía la vista fija en algo inexistente, como si hubiese vivido todo lo que ha imaginado. Sacudió la cabeza, masticaba el susurro entre los dientes,

—Esto terminará por volverme loco, no puede seguir así.

—¿Qué? —Ricardo, sentado a su lado, le habló al tiempo que acomodaba una A junto a otras dos en el mazo. Aurelio miró alrededor y detectaba las caras inquietas de sus compañeros, todos moviendo la posición de las cartas en la mano.

—Nada.

—¿Que te volvías loco?

—Loco ya está. —Saltachín votó una Q y cogió una carta del maso en la mesa. Sus ojos eran cristalinos y redondos como una pelota, y peor ahora, que ganaba. Los cuatro estaban sentados en el grupo de carpetas más cercano a la puerta.

—Eres una basura, Aurelio. —Daniel cogió una carta del maso pero no tiró ninguna.

—Por qué.

—Porque Angello no te pidió permiso para salir al baño y tú no le apuntaste cuando salió.

—¿Cuándo?

—Cuando se fue la profesora de P.F.R.H.

—Sí le apunté

—No, no le apuntaste, mentiroso —Saltachín tomó un sorbo de su gaseosa, la dejó al filo de tres cartas boca abajo— tú no apuntas a los que te juntas.

—Sí, pues, eso está mal. —Daniel afirmó.

—Yo apuntó a todos los que deben estar apuntados —Aurelio hacía las cejas pesadas—, apenas vino la otra profesora saqué la ficha conductual y le puse. Ustedes saben que lo hago. Si me tocase apuntarme a mí mismo, lo haría. Bro, invítame tu gaseosa.

—Habría que verlo —Ricardo intervino sonriente, mientras le pasaba su botella. Miró al fondo, a la izquierda, Gerald permanecía con el rostro enroscado entre sus brazos y la carpeta. Por ratos levantaba la vista y jugaba con una hilacha de su cerquillo. Toda ella era triste. Será por el profesor que ya no trabaja aquí, pero yo ya no puedo hacer nada. Qué habrá pasado.

—Con tal que no seas como la profesora de E.P.T. —ha dicho Daniel.

—Sí, esa profesora me llega, dice una cosa, luego otra. —ha dicho Saltachín.

—Muchos adultos son así, no siempre se muestran como son —intervino Ricardo, dándose cuenta de su propia incoherencia.

—Eso es aquí —dijo Angello—, porque si te fueras a Europa, puta, huevón, si te encuentran tu billetera te la regresan, allá no tienen por qué robarte ni mentir, porque todos tienen.

—Mi papá me dijo que no dijera malas palabras, pero me lo dijo así: ¡No grites groserías, mierda! —Todos rieron por la intervención de Saltachín, todos menos Ricardo distraído. Aurelio terminaba un trago, ahora mira impávido a su compañero.

—Los adultos son de doble moral. —Daniel expulsa el comentario mientras se manda otro trago, Aurelio abría la boca.

—Yo diría: los peruanos.

—Cambia de cara, amigo, pareces un viejo. —Ricardo se dirigió a Aurelio.

—Sí Aurelio, a la firme, ¿por qué pareces tan serio?

Los tres rostros restantes le clavaron la mirada. Aurelio se tomó otro trago de gaseosa ajena. ¿Se acuerda por qué actúa así? A ver... No, no se acuerda. O no te quieres acordar, Aurelio. Sí, de qué serviría contarles mi vida a estos tipejos.

—No sé, solo sé que nada sé.

—Ahh, filosofeo.

Pero al regresar a su casa, iba a paso ligero entre los pocos caminos pavimentados del parque lateral al colegio, una tierrada muerta con unos cuantos árboles desnutridos, y la noche inspiraba más que estaba en medio de un bosque. Con una compañía ancestral, la soledad nocturna, se puso a pensar seriamente en aquella pregunta, se la hizo a sí mismo *de nuevo*. ¿Por qué soy tan serio? No hubo nada más que te hizo cambiar ¿no? El camino del parque estaba acompañado de algunos alumnos. No hubo nada más ¿no? Pero te has olvidado de una cosa, Aurelio, cuando te invitaron a esa fiesta, cuando estabas en el otro colegio. Por supuesto que me acuerdo. La zona era Campoy. Aldo y los otros me recogieron en una esquina cercana al colegio para ir juntos. Nos fuimos en taxi y llegamos como en una hora, a un Tottus esquinero. Miré alrededor, el espacio de las pistas era pequeño y daba la impresión de que las casas de la zona estaban “apretada”, pero transitaba mucha gente. Volteamos a la derecha y caminamos entre un camino de barro y casas sin pintar, no era cerro pero la falta de asfalto hacía las pisadas discordantes. Me eché mucha colonia especial porque esta era la vez en la que podría conquistar a Laura, o eso me habían dicho. El corazón se me aceleraba a medida que llegábamos. Pararon en un portón grande. Tocamos la puerta trasera y nos abrió el hermano de Érica. Le abrazamos. Adentro era un zaguán de tierra y escasas cosas viejas, y después estaba la sala. Todo estaba decorado y la mesa parecía de dos metros de bocaditos. Pero mi atención se centró en Laura, la busqué mirando a todos lados. Apareció Érica y me saludo de mejilla.

—Cómo estas Aurelio.

—Bien.

Le di mi regalo para su hermano y retuve el otro en la mano. Conversamos por un momento y quizá hice notar mucho mi inquietud, porque ella me miró fijamente y me dijo que a quién buscaba, yo le dije que a nadie. Pero que maldad, ella sabía desde un comienzo que estaba buscando a Laura. Me preguntó sobre el regalo que tenía en la mano y le dije que era para alguien. Me lo quitó de las manos y lo dejó en la mesa, me dijo Ven, me sacó a bailar y luego me llevó a mirar las cosas de su casa. En un desborde de ansiedad le pregunté por Laura y me dijo que sí vendría, pero que vendría con una sorpresa. Me habló cosas muy buenas de ella, como nunca lo había dicho. Giré a la ventana de la sala y miré el rostro de Laura pasar al lado de un chico. Mi corazón saltó. Corrí a la mesa por mi regalo y la esperé entrar. Érica sonreía. Laura entró y saludó a quien le abrió. Detrás, un joven más alto y con la ropa muy pegada al cuerpo. De pronto me miró y volvió a saludar a quienes tenía cerca. Bien, Aurelio, hoy o nunca. Me acerqué y ella se acercó con el joven.

—Cómo estas Aurelio.

—Que tal Laurita. —El chico se volvió para saludar a alguien pero ella lo agarró del brazo.

—Te presento a mi enamorado.

—Mucho gusto, Sebastián.

Dentro de mí, sentí un quebranto de todos los sentidos, fue como si me hubieran golpeado al pecho, y no sé cómo tuve fuerzas para devolverle el saludo de la mano. El dolor casi era literal. Durante la fiesta ella bailó con él. Me sentí destrozado y no tenía sentido seguir ahí. Érica quizá lo previno, y por eso me sacó a bailar otra vez. Fingí entusiasmo pero sentía una pesadez en la cejas y en los labios, y todo mi rostro se venía jalando hacia abajo. Miraba por ratos disimulados a

Laura con su enamorado. Incluso me parecía que me miraba de reojo y entonces lo rodeaba al chico del cuello y lo besaba. Érica los miraba, me miraba a mí y se reía. No aguanté más. Cogí mi regalo y me dirigí a Aldo, le dije que si ya nos podíamos ir.

—¡Pero si la fiesta recién ha empezado!

—Pero yo ya me tengo que ir a mi casa.

—Vete tú si quieres.

El celular vibró en mi bolsillo, lo saqué y caí en la cuenta que era la una de la mañana. ¡Nunca había salido tan tarde de mi casa! Mi mamá me estaba llamando. Salí de la casa sin despedirme y tomé el camino de regreso a la avenida. El Tottus estaba cerrado, todo el sitio me parecía frío y desierto, algunas casas estaban sin pintar y me parecía peligroso. En la avenida no había ni un alma. ¿Cómo haré para regresarme? Me sentí más solo que nunca. Sentía un miedo terrible de que algún maldito choro pasase y me asalte o me hiciera algo. Miraba a las esquinas de alrededor, el Tottus cerrado, y el frío me hizo temblar. Fue entonces cuando comencé a llorar. Hice una oración a Dios. Mi mamá llamó, le conté todo lo que me estaba sucediendo. Contrario a lo que quizá hubieran hecho otras madres, ella me gritó feo, me insultó con toda clase de injurias, me dijo que tomara un taxi y que me regresara, y que escogiera bien el taxi. Como lo esperaba, culminó con una afirmación fatal.

—Vente en taxi y acá yo te lo pago. Eso te pasa por imbécil. —Colgó.

Me sentí el peor de los desdichados. Esperé unos minutos y pocos carros pasaban. El aire de la madrugada no me dejaba pararme tranquilo y me sobaba los brazos. Otra vez sentía que por alguna de las esquinas saldría algún fumón que me haría daño. Era el peor de los infiernos. Por fin un taxi. Lo paré y me llevó hasta mi casa. Mi mamá me recibió enojada y me dijo, más que preguntas, frases que me ridiculizaban con maldad, luego me llenó de odio con una frase: A ti siempre te la hacen, taradito mental. ¡*Mental!* ¡Oh, maldición de las maldiciones!, esa palabra de mierda me habría causado tantos infiernos en la cabeza, tanto daño, tantos limbos de espíritu, desde mi juventud. Entre al cuarto, me desvestí, me quité la camisa perfumada arrancándome los botones, bajé de un tirón el jean color claro, me acosté de golpe. Un desfile de rostros de adolescentes marchaba en mi cabeza, todos riéndose, todos gozando, tomando y bailando perreo, estúpidos, babosos, infelices, mediocres, y entre ellos destacó el rostro de Laura, su tez clara, sus ojos saltones, que se perdió luego junto con todas esas escenas, en un rincón oscuro.

—No cabe duda que el amor es solo una porquería.

## XXIX

Geraldine. Qué bonita que está ¿no? Tapadita bajo la sábana y dormidita. ¿Toda ella aparentando ser siempre un ángel? En realidad, quitando todo lo que había pasado, no era una mala persona, el problema era la percepción y la tentativa hambre de enojo con que él la está mirando. ¿Qué pasa? ¿Por qué mierda no actúa de una vez? Saca el instrumento ya cargado con un poquito de líquido, antes de inyectarlo prueba la aguja con dos dedos. Mira de frente, a la oscuridad de la cocina. Qué ridículo lo que estoy haciendo. Ella ni se mueve, y apenas la oye roncar. La mira de pies a cabeza, y encuentra un blanco, destapa uno de sus tobillos. Que te apures, que alguien puede despertarse y te agarra. Ya entró la aguja, fugaz, presiona casi temblando, está entrando, está vacía. La saca de golpe, quita la punta y la tira por algún lado, de inmediato se esconde entre la rendija del ropero y la pared, porque Gerald se ha movido y ha levantado el torso. Ella se toca el tobillo, parpadea, vuelve a dormirse. Él Guarda el cartucho en un bolsillo. Por fin. Los minutos que esperó mirando a la muñeca izquierda se hacían eternos, como media hora esperando que el número 3 pase al 4, y de ahí al 5. La destapó. Vio su cuerpo precioso. Ahora la cosa está en cerrar la puerta sin hacer bulla, sino se despierta su vieja, o su viejo, porque esta era más ruidosa que la puerta de la sala. La abrió un poco más. Metió debajo de la chica sus manos húmedas y la alzó. El celular, carajo. Cogió el celular de la adolescente y se lo echó al bolsillo. Salió a la vereda y, volteando, apoyó su cabeza en un hombro y con una mano jaló la puerta, y cuando su madera de abajo carraspeaba contra el piso, la dejó juntadita sin cerrarla. Caminó un tanto y por poquito se le ocurre subir la cabeza para mirar la cámara del vecino, casito y la jodía toda, porque ahora hay esa hueva de la tecnología de reconocimiento de rostros, por más que tenga la capucha y unos lentes oscuros puestos. Procedió a llevarla a la esquina, luego volteó y bajó, un perro le jodía y le hizo caer a unas piedras que estorbaban en el camino. Después de injuriar al perro le lanzó un piedrón, malnacido. Recogió a la chica y siguió hasta salir de la reja, y su carrito azul le esperaba, ¡por fin ya está casi terminado! La metió en los asientos traseros manoseando sus piernas, pero la ansiedad le impedía disfrutar. Está viendo otra vez el reloj porque se ha olvidado la hora, no pasa de las 3:10. Todo le habrá tomado como unos diez minutos, diez minutos que le parecieron eternos. La miró a ella y otra vez la sangre hirviendo, ni él sabe comprender toda emoción de su cuerpo. Se metió también al carro y condujo. Salió a la avenida Las Flores, siguió de frente, bajándose todos los paraderos, dando un montón de vueltas, una bajada y otra vez liso. Gerald solo sentía el piso tambalearse, moviendo su dirección, como si alguien la estuviera llevando sin saber dónde. Quería moverse pero algo le impedía salir de esa modorra extraña, tan fuerte era ese sueño que la adormilaba, paralizándola toda. ¿O quizá no era modorra, sino una pared que la mantenía inmóvil, presa de su propio cuerpo? El tipo manejaba ya media hora, y no hablaba, la cara entumecida ¿Por qué estás tan nervioso? Obviamente tengo que estarlo, estoy logrando la hazaña de mi vida. Un rompe muelle, el carro parece saltar, quizá Gerald se cayó de los asientos, ¿quieres mirarla?, pobrecita, como se sentirá ella, Esta noche yo le voy a hacer sentir la estrellas, pero esta vez como nunca lo hice, hoy voy a reventarle el vientre de tanto amor. Ya llegamos, Gerald, ya llegamos amor. Un barrio bien feo, que terriblemente es otro cerro, parece. Sacude los bolsillos y saca las llaves, abre la reja rápido, rápido, maldita sea, la cruza, va en un pasadizo; al fondo, a la izquierda, su cuarto chiquito, apenas un mes alquilado, apenas un misero lecho que será de amor, a la fuerza, pero de amor. Regresa al carro, veloz, abre la puerta, la saca y la lleva de los brazos, Rápido, carajo, rápido antes que te vean. La metió al fondo y la recostó en la cama. Salió corriendo y cerró todas las puertas del carro con llave. Cerró la reja, se metió y echó llave al cuarto.

## XXX

La madre de Aurelio la hizo pasar, Edith se sentó en el sillón más grande de la sala. Aurelio reconocía esa voz, porque la oyó en la capilla de cuando en cuando. Salió del baño y se adentró en su cuarto. A Ricardo quizá le gustaría estar aquí, pensó. Miraba los libros de su biblioteca y se acordaba de las muchas cosas que conversó con su amigo. Quiso salir un momento para saludar a la hermana Edith, y miro su colección de quince tomos de literatura universal, le faltaba uno. Después de hacer esfuerzo, se acordó que debería estar en la sala. Recorrió el pasillo estrecho afuera de su cuarto para ir a la sala, cuando los sollozos de alguien lo frenaron en seco. ¿Quién está llorando, mi mamá? No, la hermana Edith. Se acercó al filo de la pared, el llanto venía del otro lado, Es la hermana Edith, por qué llora. Aurelio se puso a escuchar. Ella hablaba bajito, y su dicción no ayudaba, pero una parte en su ser se estremeció cuando mencionaron algo sobre Gerald. Corrió a su cuarto para buscar su celular, buscó entre sus contactos y llamó. A seis cuadras de distancia, cuyos caminos se torcían, Ricardo veía tele en su casa.

—Qué fue.

—Ricardo, tengo algo que decirte. No sé si sepas algo.

—Qué cosa. —Aurelio demoró unos instantes.

—No te asustes... bueno si, pero... bueno, quiero saber si sabes algo.

—Qué cosa.

—Gerald desapareció, su familia le está buscando desesperada. Dicen que no la han visto desde que se acostó el martes en la noche.

Los sentidos de Ricardo se alejaron del programa de la tele y se había puesto de pie, autómeta.

—¿Qué?

—Sí, Gerald ha desaparecido.

—Pero, ¿Cómo?

—No sé, su mamá esta acá conversando con la mía, está llorando feísimo, mano.

—¡Aurelio! —Una voz le llamaba desde la sala.

—Tengo que colgar, me están llamando para hablar con ellas.

—Oye pero no, espera, no entiendo...

—Después te explico...

Aurelio colgó y salió para la sala.

A Gerald le dolía el trapo que le habían amarrado en la boca como un caballo, de una textura áspera que le lastimaba las boqueras. Estaba amarrada del brazo izquierdo, una soga se encargaba de atajarla desde antes del codo hasta la muñeca, y el nudo se desprendían en cuatro líneas poderosas que reunían en un instrumento de fierro que yacía incrustado en la pared, su forma parecía a una bala alambrada, deforme. Observó que nunca vio antes esa clase de nudo con que estaba amarrada, se tocó la piel y le ardía. Estaba sentada en la cabecera de la cama, vistiendo la misma ropa del martes. Buscaba inútilmente algo para romper la cuerda, o por lo menos lo que le tapaba la boca. A lo mucho, el cuarto tendría dieciséis pasos de largo por doce de ancho. La cama estaba pegada a un rincón, y cerca tenía una televisión vieja sobre un aparador. Después, un armario de madera carcomida, un maletín encima de una mesa cuadrada, ropa de varón a un lado de suelo, y nada más. Jaló el brazo atado tanto como pudo, y se percató que sentía una intensa punzada en la parte baja el vientre, parecido a una infección urinaria, entonces llegó a conclusiones certeras y aterradoras. Trataba de pensar cómo había llegado allí, pero solo recordaba sus deseos intensos por escapar en medio de un telón de oscuridad, sintiendo que

tocaban su cuerpo manos ásperas, violentas, sudorosas. Tuvo ganas de vomitar. Se quedó mirando y pensando en cómo podía zafarse de ese fierro herrumbroso, lo observó analizando la forma en que salía de la pared. Forcejeó con toda la urgencia de su alma, meneó el brazo de todos los modos posibles. ¡Es por tu vida Gerald! ¡Es por tu vida! No tuvo éxito. Siguió muchos minutos de fracaso y angustia. Mientras más se le iba el sueño, sentía una carga bajo el vientre que era necesario expulsar. ¡Y ahora qué hago! Buscó en el perímetro y miró al frente una abertura, era una puerta abierta, adentro había un muro de mayólicas azulejas. Intentó forcejear de nuevo mientras el líquido era cada vez menos soportable. El tiempo se le iba en pasos agigantados y no podía percatarse de que ya oscurecía. Al no poder aguantar más, miró a todo el sitio, se formuló la más inusual de las soluciones. Tanteando que la cuerda se lo permitía, se bajó de la cama, se puso de cuclillas apegando una costilla al filo, se bajó temblando el buzo gris, luego la prenda interior, y dejó que la vejiga se vaciara, sintiendo el líquido molesto bajar de la uretra, sus mejillas se enrojecían y se contraían con sus párpados, en el suelo el charco transparente se esparcía. Dio un suspiro profundo, un tanto aliviada. Quedó en esa posición durante unos minutos, luego se acomodó la ropa y se subió de nuevo al colchón. Tras varias horas, el tiempo pasaba sintiéndose eterno, notó que ya oscurecía por la luz tenue que se debilitaba en una abertura enrejada arriba de la puerta, y la oscuridad cubría el cuarto. El pañuelo en la boca estaba bastante húmedo, le ardía, ya pestañeaba de cansancio recostando su nuca al cabezal de la cama, cuando parecía que alguien hacía notar sus pasos desde lejos. Un manotaje de llaves tintineaba, y el sonido de su unión con el cerrojo de la puerta resonaba en los oídos de Gerald, sus pupilas se dilatan. La manija se desliza y se corre a un lado, se abre la puerta.

## XXXI

—Me dijeron que encontraron la puerta entreabierta —dijo Aurelio.

—O sea que no se dieron cuenta de en qué momento se fue, o se la llevaron —dijo Ricardo.

—Así es.

—Pero... ¡cómo!

La algarabía de voces continuaba, llenaban el salón con el holgorio de siempre, los uniformados hablando entre ellos y carcajeando de manera tan común, Ricardo maldijo aquella rutina, y más en ese instante que obtendría información urgente, parecía escuchar que la bulla aumentaba.

—Lo que pasa es que había dos puertas en la casa de Gerald, una daba a la sala y la otra daba a su cuarto.

—¿A su cuarto?

—Si... a ver, mira... — se dirigió a la parte trasera de su cuaderno, dibujaba- La casa de Gerald se puede decir que tiene como dos salas, y al fondo se unen y luego están los cuartos. En las dos puertas, una daba a la sala, y la otra daba al cuarto de ella, antes era al fondo pero decidieron pasarlo ahí, y cuando su mamá vio que ella no estaba la busco por todos los lados, y luego se percató de que su puerta estaba entreabierta aquí...

—Ah ya.

—Por eso, pues.

—Y qué piensan ellos.

—Su mamá cree que se ha escapado, o bueno, eso creía... hasta que...

—¿Qué? ¿Le contaste lo del profesor? —Aurelio relajó los brazos.

—¿Qué querías que hiciera? Lo primero que me dijo fue que le dijera absolutamente todo de cómo era su hija en el colegio, si tenía un enamorado, todo eso.

—Y cómo reaccionó ella.

—Pero por qué no me dijiste antes Aurelio. —Edith era un mar de lágrimas, se limpiaba los párpados con un trozo de papel que la madre de Aurelio le proporcionó, y éste bajaba la cabeza, mirando al piso de la sala.

—Perdón, hermana, pero... todo lo que oí sobre eso fueron solo rumores, nunca supe si fue verdad o no. Usted sabe que no siempre había que fiarse de los chismes que hay en el propio salón, si vienen de ellos que solo lo toman todo a la broma.

—Igual le hubieras contado, hijo —la madre de Aurelio le reprendía a un lado.

—Sí, me hubieras contado —dijo Edith.

—Yo siempre pensaba que Gerald era una chica... decente. Que respetaba lo que le habían enseñado en la iglesia, y como la veía tranquila siempre, no le tome importancia a lo que decían.

—Cholo, debiste haberlo contado desde hace tiempo.

—Tú no hables, pendejo, que tú también pudiste haberle contado.

—Pero tú estabas más cerca.

—Ya, el punto es que todos tenemos la culpa. Debimos haberle dicho a su mamá.

—Pero la que más sabe de esto es Stefany. ¿No vez que ella le tapaba todo? ¿Le dijiste eso a su mamá?

—Le mencioné sobre Stefany.

—Y qué te dijo.

—Dónde vive ¡quiero hablar con ella ahora! —dijo Edith.

—Ella vive en el lado de la reja derecha del mercadito —dijo Aurelio—, en la otra entrada de

donde usted vive, frente al estadio la Bombonera.

—Esta me dijo que su compañera vivía lejos. Me mintió —dijo Edith.

—Entonces fueron a la casa de Stefany.

—‘Mano, fuimos a la casa de Stefany, salió ella, y ¿crees que nos dijo algo útil? No nos dijo ni miércoles, se hizo la loca, dijo que no sabía nada, que fueron solo conversaciones de WhatsApp, y que después Gerald terminó con el tipo y que no le dijo absolutamente nada más, y entonces yo le dije a Stefany Tú debes saber dónde está, porque ella solo hablaba contigo, y ella se puso brava, dijo que ella que no sabía nada más, que lo juraba, y la hermana Edith le lloraba, loco, le decía que ya han llamado a la policía y su hija no aparece, que no la ven desde el miércoles en la mañana, que por favor no le tape nada, y yo le defendí, y ella dijo que de verdad no sabía nada, que si sabe algo se lo diría.

—Cómo van a hacer ahora.

—No sé, mano, yo hice cuanto pude. Le dije a la hermana Edith que hable más con el psicólogo y con la subdirectora y el director Cedric, que ellos podrían ayudarle.

—Y ya le habrán avisado a la policía.

—Obvio, mano, lo bueno es que el papá de Gerald es abogado, trabaja en el poder judicial, porque si no le hubieran cobrado un huevo de plata.

—Buenas tardes chicos, profesora, ¿me da unos minutos por favor? —la profesora Rosa, la tutora del aula, se asomó bajó el umbral de la puerta.

—Adelante profesora.

—Chicos, he... un favor. Necesito hacer una reunión urgente con los papás. Aurelio, por favor... recoge los controles de todos.

—Fech —dijo Aurelio mientras se levantaba.

—¡Fr...nnn! —Se le llenó el alma de ira cuando lo vio entrar, y apenas articuló una palabra tergiversada en un sonido impreciso. El tipo cerró la puerta tras sí, se adelantó y sentó en la silla cerca a la cama. Portaba un rostro lleno de tedio, y cogió el control cerca al televisor. Gerald se ajetreaba en un intento desesperado por librarse de la cuerda que la atajaba, la sacudía con ferocidad como un perro rabioso. El sujeto se mantenía impávido. Ella gritaba hasta deteriorarse la voz en la tela amordazada, trataba de llamar su atención golpeando y samaqueando el colchón, con el rechinar de la cama vieja y sus patadas en el aire. Nada. La televisión reproducía la sección de noticias del canal cuatro. Entonces él la miró: estaba con el rostro enrojecido, el sudor le había dejado manchas sucias, denotando las gotas que habían salido de sus ojos y bajado en dos líneas grisáceas hasta el pañuelo amarrado. Toda ella era un maltrato.

—Creo que no era tan necesario ese bozal.

Se acercó y desató el trapo de la boca. Apenas lo hizo le lanzó una patada en el abdomen empujándolo al aparador, y le formuló lo que había estado gritando toda la tarde.

—¡Qué te pasa! ¡Dónde estoy! ¡Por qué haces esto!

Calmado, se sentó otra vez cerca al televisor. El tipo sabría muy bien que ella gritaría hasta por lo menos media hora intensa de horror y arranques de cólera; puso la muñeca izquierda en la pierna, miraba a la pantalla y luego al reloj, calculaba disimuladamente. Después se volvió a pecatar, había pasado quince minutos de más gritando y reclamando explicaciones. ¡ALGUIEN QUE ME ESCUCHE! La voz salía carrasposa de las cuerdas vocales, ¡ESTOY ENCERRADA!, el temblor de su cuerpo correspondía con la forma de mirar al sujeto adelante, ¡ME TIENEN RAPTADA!, y lo mira observar la televisión con una indiferencia psicópata, ¡Ayúdenme!, y su voz se apagaba en un susurro debilitado,...por favor. Exhausta, guardó silencio. Agachó la cabeza mirando el piso grisáceo con rajaduras, las paredes arenosas del salitre, las manchas de humedad

en los rincones. Miraba al sujeto viendo la tele, con una expresión parsimoniosa en el rostro, lo miraba tal como los asesinos en serie que había escuchado de varias historias, con una indiferencia de ultratumba, como si tomaran todo a un juego aburrido. Aquello le asustaba peor, y de pronto arrancaba con las súplicas a alta voz, ¡Auxilio!, después parecía descansar a propósito y reanudaba los gritos lo más fuerte posible. Por fin, luego de casi una hora, viendo que no tendría explicación de aquel hombre, lloraba cabizbaja, y sus lágrimas cesaron en un cansancio maldito. Él volteó a mirarle fijamente y ella a él. El sujeto miró la pata de la cama más cercana a la pared, y se fijó en el charco de líquido que se extendía hasta detenerse cerca del aparador. Gerald se sonrojó y él regresó al televisor.

—Mejor te vigilo más seguido, para dejarte ir al baño cuando lo necesites.

## XXXII

Cuatro madres y un padre. La profesora Rosa miró el reloj y los volvió a ver. Solo faltaban dos minutos para que comience la reunión y faltaban más padres. Los últimos alumnos terminaban de copiar un texto de la pizarra, guardaban sus cosas en la mochila con agilidad, se la llevaban a la espalda y salían. Aurelio pasaba y repasaba con su mochila entre el pasillo y la entrada del salón, y por ratos veía el cielo oscuro, solitario. Trataba de meditar en por qué a Lima nunca se le veían estrellas durante la noche. No se percató en que el salón se estaba llenando con más adultos.

—Señores padres, buenas noches —dijo la profesora Rosa—. Sé que ha sido un poco apresurada la decisión que he tomado para decirles que vengan, peor lo que quiero hablarse es sobre un asunto urgente...

—Creí que ya te habías ido a tu casa —le dijo Aurelio a Ricardo que venía del baño con su mochila.

—También tengo curiosidad.

Una señora de baja estatura se acercaba, llevaba una chompa oscura igual que sus jeans, miró de improviso a Aurelio.

—Buenas noches, hermana.

—Buenas noches —respondió, y se metió al salón.

—Ella es la mamá de Gerald —dijo Aurelio.

—Tiene su tamaño— respondió Ricardo.

Ambos jóvenes aguzaron el oído para escuchar lo que hablaban en la reunión. Permanecieron cerca a la puerta, incluso cuando los zapatos de los escolares dejaron de escucharse, y el pasillo quedó desierto. Pasados los minutos, Aurelio se sentía tedioso, manifestó su deseo de irse, Ricardo le pedía que se quedara, que no quiero ver solo, que solo será un ratito nomás. La profesora exponía el mayor incidente que tuvo en sus treinta años enseñando: una alumna desaparecida por causas misteriosas, que tuvo un romance clandestino con algún profesor de la institución que, feliz o desgraciadamente, renunció a enseñar, lo cual también se podía tomar muy sospechoso. Muy aparte de suplicar a los padres que sus hijos colaboren en las investigaciones, si pudiesen, comenzó a hablar sobre los peligros que abundan en estos días, que ya no se confíen tan fácil, que puedan aprender de esta experiencia para cuidar a sus hijos, sobre todo a los más pequeños, y que cuando están a un paso de ser adultos, es cuando más atención deben darles. Señaló a la señora de nombre Edith y ella se puso de pie desde su asiento. Otra mamá llegaba. Edith rogaba ayuda para encontrar a su hija, ya van más de tres días que no aparece, entra otra madre de familia, los muchachos de la entrada le saludan.

—¿Ya denunció a la policía? —dijo un papá.

—Fue lo primero que hice y me dijeron que la iban a poner en la lista de personas desaparecidas. —Aurelio le decía a Ricardo que en teoría eso lo debe manejar la Dirincri.

—Pero, ¿tú crees que realmente la encuentren? —preguntaba Ricardo mientras Aurelio arqueaba los labios negativamente.

—La verdad... casi todos los casos que he escuchado de chicas que desaparecen... las encuentran... —un último señor entra al aula— bueno, al menos en este país... las encuentran... muertas.

—Pero señora, por qué usted no cuidó a su hija.

—Sí, debí ponerse las pilas, a mi hija yo siempre le reviso el celular y le controlo las salidas. Porque hoy en día hay muchísimos casos de secuestros de menores y vaya a ver las cochinas que la gente mala le puede hacer.

La reunión pasaba entre una charla de prevención, a un diálogo desesperado, los minutos se entretejían entre prevenciones sobre el asunto y reproches contra la madre, y el hilo se perdió en un conjunto de contención. Aurelio miró y pudo sentir la saturación de la madre de Gerald.

—¡Esto es tonto! —dijo una señora—, cómo no va a tomar prevenciones drásticas en su hija si le encontró un preservativo en el bolsillo.

—No, esto no es lo que la profesora quiere —susurró Aurelio.

—La culpa la tiene la madre —dijo otra mujer. —Todo el peso lo tiene usted.

Mientras Aurelio escuchaba mirado al suelo, se percató de reojo que la silueta de Ricardo se metía en el salón, y le llamó la atención escuchar su voz titubear en alto.

—Señores, disculpen que me meta... pero, el problema aquí es de la señora, pero ella habrá cometido quizá los mismos errores que usted cometen con sus hijos... Podrán decir muchas cosas, pero quizá ustedes tampoco se ponen a revisar lo que sus hijos llevan en los celulares, ni tampoco revisaran, por ejemplo, las cuentas de Facebook, y menos sus conversaciones.

—Y tú como sabes. —Se defendió una madre.

—Por favor —dijo Ricardo— sean honestos con ustedes mismos. Mi mamá me da libertad de salir a donde sea, y casi nunca me hace restricciones, nunca ha visto las cosas que veo y que descargo de Google, ni le importa a quién rayos tenga agregado al Facebook, y nunca se puso a mi lado para ver lo que miro en YouTube. Y cada vez que se encuentra con otra madre, le dice que siempre está al tanto de mí y que soy un hijo “educado”, que siempre me revisa hasta los calzoncillos, que me tiene ahí vigilado, pero la verdad es otra. Si ustedes escucharan y vieran un día las... tonterías que sus hijos traen y hacen en el colegio, las veces que se pasan la manzanita con un hueco y fuman, el porno que llevan en el celular y que muestran al rincón, y, y ¿dicen que tienen controlados a sus hijos?... Lo que la profesora quiere en realidad es que esto no ocurra de nuevo en el salón, y, y, y la única forma de lograrlo es que ustedes... vean donde sus hijos pasan más tiempo, porque donde ellos pasan más tiempo —miró a Aurelio que estaba en la entrada, le sonrió-... donde o como ellos pasen más tiempo, allí están sus verdaderas intenciones... y eso es lo que son.

Aurelio desvió la mirada, la sonrisa que se formó en su boca era de sarcasmo puro, en todo el perro tiempo de brigadier, ¡por fin uno de sus compañeros le había hecho caso en algo!

Se quedó dormida otra vez, con la mejilla recostada en un brazo, ocupando casi toda la cabecera de la cama. La vio descuidada y sucia. Pensó en que quizá podía asearse, Pero si la despierto, no podré... La jeringa estaba listecita encima del televisor. Pensando en que ella se escaparía por algún lado, prefirió disfrutarla, que Ya mañana se baña. Introdujo la jeringa y drenó. Después le sacó el short negro y la prenda interior, incluso su polo rosado. Su desnudez le sacudió el cuerpo, la vez pasada casi no la vio porque estaban con las luces apagadas. La acomodó a lo largo de la cama. Él se sacó su polo azul viejo y los trapos de sus piernas con sigilo y vibración en su ser. Suspiró. Se echó encima. Le pasó las manos por la espalda, los muslos, las caderas, subió a la cintura, los senos, la apretó para sí y recorría el camino sin cesar. Su delicado animalillo buscó sus bosques. También drenó y vibró. Por unos instantes sintió temor cuando el femenino cuerpo parecía moverse debajo del suyo, pero entonces siguió con más fuerza. Gerald, casi paralizada, trataba de golpear con sus brazos sin éxito. Dentro de sí, gritaba pidiendo ayuda, sin poder articular la garganta, encerrada en una cúpula irrompible desde adentro, los gritos se ahogaban dentro de esas atrofiadas paredes, y se perdían difuminándose en el tiempo de ese espacio negruzco, sin salir al exterior. Por esos momentos, sintió que sus lamentos nunca llegarían a tocar la luz de afuera, traspasar ese cascarón que le impedía moverse. El tipo seguía.

### XXXIII

Por ratos la dejaba durmiendo para irse a confines desconocidos. Ella se quedaba con la cabeza recostada en un aro de metal de la cama, pensaba y soñaba en su casa, en lo grande que estaba su hermanito, en las libertades de conversar con las amigas de la capilla, en el ir y venir del colegio, reírse y frustrarse con las babosadas de sus compañeros, y cuando abría los ojos, la imagen de un cuarto lúgubre se formaba, recordaba la realidad en la que estaba metida, se sentaba en el filo de la cama, lloraba mucho. Sentía el cerquillo desordenado al igual que el revoltijo de todo el cabello; también sentía la cara pegajosa. Apoyaba una mejilla en la mano libre, la muñeca derecha media colgada ya hasta le dolía de tanto tratar de zafarse, se quedó en su piel las hilachas gruesas de la cuerda en forma de irritaciones rojizas. Gritaba por ayuda ya sin esperanzas. A veces, como cayendo en la cuenta del ambiente, se estiraba todo lo posible con el brazo alargado y el pie rosando el control del televisor que el desgraciado dejaba más lejos. Miraba y pasaba por los canales informándose de cuan bien y cuan jodido iba el mundo. El sujeto llegaba más a menudo durante el día, la desamarraba para que fuera al baño, y cuando salía la volvía a amarrar. Cuando se le antojaba, la tomaba por sorpresa sin importar como estaba, la despojaba de su ropa que se rompía de a pocos, la hacía suya de mil maneras y de mil poses, la hacía temblar horrorosa en ese envolvimiento de apetitos y perforaciones, que la torturaban en algunas ocasiones con mucho dolor, y siempre en un mar de lágrimas, a veces carraspeadas y quebradizas, a veces silenciosas. Luego se iba satisfecho, cerrando la puerta con llave y nunca sacándola del bolsillo, y ella se quedaba mirando un punto indetectable en el muro de al frente, inerte, como si hubiera perdido la existencia misma.

En una de esas ocasiones el sujeto llegó de noche. Prendió la luz del cuarto y la encontró observando de frente, a una nada absoluta, tenía el rostro pálido, con una quietud horripilante. Estaba más delgada. Le tiró a la cama una bolsa blanca y un tenedor descartable.

—Es Chaufa.

Él abrió su bolsa sentándose en la única silla que había, sacó la cajita de tecnopor, se sobó las manos, opíparo. Comía. Gerald observó la bolsa sobre el colchón con los ojos cargados de miseria. Lo miró a él.

—¡YAAA! —Francisco se estremeció, casi se le cae la cajita— ¡Ya basta!

—¡Qué mierda te pasa!

—¡Por qué me tienes aquí!

—¡Cállate! —Él se puso de pie— come de una vez.

—¡No encuentro razón para que me sigas teniendo aquí! ¡Por favor suéltame! ¡Por lo que más quieras, suéltame, déjame ir!

El tipo levantó la mano para pegarle, las mejillas de Gerald estaban rojas como nunca, y sus cabellos se enredaban y se pegaban a ellas con las lágrimas. Sus ojos se contraían y abrían. Al ver su horror, bajó la guardia. La miro desarreglada, fea. Pero ya la tenía al alcance.

—¡Tú me conoces muy bien, y sabes que no quise perjudicarte para nada! ¡Por lo que más quieras!

—Qué es lo que quieres para que dejes de llorar.

—Qué me saques de aquí por favor. Solo te pido eso nada más... No sé ya como rogártelo.

Él se acercó a su rostro. La tomó del mentón.

—Por favor, Gerald. No me pidas eso. Mi amor.

Se acercó a sus labios, la comenzó a besar, saboreó el sabor salado de sus lágrimas y comenzó a tocarla. La recostó y la sostenía con fuerza cuando ella se sacudía débilmente, volviendo a

gritar. Recorrió su cuello, sus piernas y el resto del cuerpo. Con un último *NO* que lanzaba hasta los cielos, Gerald se resistía a ser profanada.

Las costumbres de Ricardo primero se deformaban de a poco, y ahora de a mucho. Cada vez que tocaba el curso de tutoría, la profesora Rosa decía que todos se pongan de pie y rezaran dos Padre Nuestros y dos ave María para que Dios se compadezca de Gerald y que apareciera. Mientras los alumnos levantaban las manos como sosteniendo algo, incluyéndole, solo unos poquitos, como Aurelio, mantenían la cabeza agachada sin nada que decir y solo escuchaban. Entonces se puso a pensar si realmente bastaría tan solo eso para que su compañera regresara. El pensamiento se le incrustó seriamente en el subconsciente, y los sentimientos por Gerald regresaban ya no en una lluvia de amores y excitaciones como antes, sino ahora como una necesidad de compadecer a alguien. Cada vez que iba a la avenida Las Flores, sea para llegar a Metro Hacienda o para tomar el bus a otras actividades, se quedaba mirando los carros que pasaban, el semáforo que recién habían puesto, las gentes que entre modorra y ajeteo pasaban y repasaban las aceras, las pistas; las cincuenta cabezas sonrojadas de bochorno y sudores corporales, apretadas en el interior de los buses, que viajaban entre dos sentidos distintos de pistas diferentes, siguiendo el camino del trajín limeño. Más allá del paradero diez, ve la avenida que cruzaba en vertical cuyo camino iría precisamente a Metro Hacienda, y los carros que se entrometían en la vía horizontal, cuya ida saldría de Las Flores, donde la cosa se ponía más jodida. Se quedaba plantado por dos o tres minutos y pensaba que a Gerald no la había secuestrado nadie, que quizá ella por simple capricho o placer se habrá querido fugar de su casa, se quedaba allí de pie, esperándola inconscientemente si aparecía. Dos o tres minutos que se hacían eternos, pero que invertía en mirar los rostros que venían de frente para aquí, los que venían de la izquierda que era personas que bajaban de los carros para allá, y al frente en la otra pista que venía de derecha a izquierda, pero en ese ejercicio solo encontraba gente de miradas frívolas, o perdidas, y narices respingonas y alteradas como si olieran caca. Alguna vez se encontró con el rostro repugnante de un hombre más bajo que él, que llevaba unos ojos salidos para afuera, y cruzaba la pista para la esquina donde Ricardo estaba. Al acercarse, sus ojos emponchados le quedaron mirando como viendo a un delincuente en fragante, hasta que siguió de largo hacia el fondo de la calle. Después de contemplar, se acordaba lo que tenía que hacer y miraba el reloj del celular, apenas llevaba pocos minutos ahí.

—Ya hace más de una semana que no aparece.

Resignado, caminaba.

## XXXIV

Gerald se ha despertado, recuerda la escena de hace unas horas y le da nauseas. La imagen maldita de ese hombre le aturde la mente. Se sentó en el filo de la cama, ha tratado de girar su cabeza, relajándola, se tocó el vientre y se sorprendió de su delgadez. Se sentía débil y todavía con el peso de otro cuerpo encima. Toda ella estaba sin fuerzas, porque casi no comía lo que le traían. Pensó en reincorporarse pero el jalón del brazo izquierdo le hizo volver a la realidad.

—No creo que sea necesario darle vuelta. —el sujeto iba manejando a cincuenta por hora, entre la pista casi ondulada de la avenida Tupac Amaru. El carro rojizo de adelante le hizo acodarse de alguna manera de Gerald, y recordó lo que había indagado en internet.

—Ella tendrá que amoldarse a mí, a mi modo de ser. Una vez que se acostumbre y que ya no muestre resistencia, entonces la soltaré. Se acostumbrará y viviremos justos. Pero si se me escapa... —su semblante cambió— lo máximo que me puede dar es solo diez... o no... veinte de reja. A lo mucho treinta. Esta jodida la cosa, pero es mejor que si la... que si me la pele. Aunque... — Sintió deseos de frenar el carro pero el tráfico no se lo permitió— aunque si ella no sede, va intentar fugarse... *Y quien sabe si ya lo habrá intentado.* En todo caso no me conviene, me atrapan y si encuentran cosas más graves, me pueden poner más tiempo... pero... —subía las llantas sobre un rompemueller, entonces se estremeció— Al ser menor de edad es... cadena perpetua... Maldita, por qué antes no averigüé más del asunto.

Gerald acercó su mano derecha contra sí, sintió el ardor en su muñeca, pero sumado con un deslizamiento pequeño de la cuerda, que llegó ahora más abajo. Aquello le llamó la atención. Jaló un poco más, nada. Intento jalar y la cuerda pasó de su muñeca a sobrepasar un hueso circular. Sus ojos se abrieron sobremanera. Comenzó a jalonear tomando impulso separando el brazo y tirado adelante. Poco a poco la sogá iba cediendo, la tomó desde el comienzo de la atadura en el antebrazo y trataba de avanzarla, luego intentó tirar una y otra vez. Se fue desenrollando, avanzando hasta la mano, Gerald se esforzaba, una vez más. Ya casi, ya casi, empuja, empuja, ahora jala, solo un poquito más, un poquito más. Se salió. La sogá se lucía colgante y tiesa en la pared y la cabecera de la cama. La muchacha quedó atónita durante un instante, observó la cuerda allí, sin atajarla, sintió el más grande éxtasis que vivió, un alivio indescriptible. Miró y tocó las marcas rojas de su antebrazo que estaban hinchadas, especialmente en la muñeca. Sonrió como lunática. Se liberó de un peso, porque faltaba otro. Se acercó a la puerta esperando que no estuviera con llave. Fatal. La puerta estaba asegurada.

—Lo mismo que nada. —susurró. Se sobó la cabeza y la cara. Mirando sin observar a todas partes, maldijo su situación y se llenaba de injurias. Entonces si ya no hay más remedio, quedará ceder a él, dejar que él me... en voluntad propia... ¡NO!, debe haber otra salida. Se sentó en la cama a meditar, sus ojos emponchados se movían con viveza. Una capa de temor y odio se combinaban por dentro, sentía la nuca llena de horrores. Entonces encontró al lado de la mesita del televisor una botella de color ocre. Era una botella de cerveza, el malnacido compraba una de cuando en cuando. Se acercó. Estaba vacía.

—Ya que no puedo escaparme... o si él deja la puerta sin llave cuando está adentro, entonces... —Cogió la botella, la admiraba por el pico— No tengo de otra. Hoy mi vida se pone en juego.

Ricardo movía la cabeza a todas las direcciones, veía a la mayoría de sus compañeros en sus propios universos, trataba de reflexionar en cómo conversaban de fotos que publicaron, de videos donde un hombre flaco y largudo cantaba en una playa mencionando algo sobre una anguila, se reían de cosas que le parecieron sin importancia. Hace un tiempo que la mamá de Gerald rogó a

los padres de familia que ayudaran. Hasta ahora solo veo un montón de holgazanes siguiendo sus vidas, haciendo payasadas, huevada y media, sin pensar siquiera en la compañera que se ha ido ¿Cómo viven tan tranquilos?, sin pensar en otros... Pero te acordaste, Ricardo, que tú también viviste este tiempo sin recordar ya mucho a Gerald, no porque eras insensible a la situación, sino porque ya no había nada que pudieras hacer. Se tocó la sien y meditaba.

Gerald descansaba cerca de la cama, eran contadas las veces que podía permanecer de pie. Escuchó pasos acercándose y se fue a amarrarse el brazo con la soga de la pared, esta vez con un nudo que se deformaba en un toque. El seguro de la puerta se deslizó. Él sujeto entró y cerró la puerta con llave y, si mal no vio, se la metió en el bolsillo derecho del pantalón. Se acerca a la silla y la observa echada, fingía despertar recién de un sueño, miraba al techo.

—Cómo has estado.

Permaneció muda.

—Bah.

El tipo se quitó los zapatos, las medias, las dejó a un lado del aparador. A qué hora se descuida, pensaba Gerald. Cogió unas sandalias cercanas al ropero y se metió de inmediato al baño. Maldito, si hubiera dejado la llave por aquí me sería más fácil. Escuchó el ruido de sus pasos, el rechinar de la perilla, pronto se oyó los chapoteos del agua que descendía de la ducha. Los minutos que estuvo allí dentro, para la muchacha se hicieron eternos, los latidos del pecho se aceleraban mientras planeaba todos los riesgos posibles, estudiaba toda la zona y temblaba. Luego, el sujeto salió ya cambiado de ropa y comenzó a guardar la restante en el maletín. Dijo palabras que a ella no le interesaron. Por instantes giraba mostrando la espalda mientras guardaba algunos objetos, ella sentía la adrenalina correr por su cuerpo, Ya ahora, no, aguántate, ahora no pero no falta mucho. Dejó las zapatillas en el rincón, guardaba las medias sucias en una bolsa. De pronto se acercó a la cama y miró de bajo, metió la mano y sacó una caja de cartón. Verificaba otras prendas de vestir y se quedó agachado de cuclillas mostrando la espalda, y en el bolsillo izquierdo se notaba el bulto del manajo de llaves. Ahora es cuando. Gerald estiró la mano izquierda furtiva, se acercó a la botella de cerveza cerca al aparador mientras veía al tipo acomodar la ropa, la soga del brazo izquierdo se le fue cayendo. Un último intento, un último en que invertiré todo lo que me queda. Se incorporó en la cama. Levantando la botella con todo el silencio del mundo, pidió al cielo fuerzas en una oración final. Lanzó la botella contra su cabeza.

—¡AAAH!

El sujeto se desplomó al suelo, atontado. Gerald se apresuró a rebuscarle el bolsillo derecho del pantalón, que quedó expuesto. En el intento de tomar y jalar llena de nervios, las llaves salieron y se cayeron. Las pateó alejándolas del tipo.

—¡Qué has hecho!... qué... ¡QUÉ ESTAS HACIENDO!

El tipo tocó la nuca y sintió el sangrerío, entonces miró a Gerald recogiendo el manajo del suelo y corriendo a la puerta. Trató de probar las llaves con las manos trémulas entre el cerrojo, y en cada intento la llave se le desviaba para un lado, hasta que se introducían y se trababan en una desesperación de ultratumba. Sintió que alguien la jaló del hombro. El tipo la llevó hacia atrás unos centímetros, la abrazó con fuerza de la cintura y al retrocedía. Entonces Gerald, ahogada en rabia, lanzó codazos contra su cara, su abdomen a donde le cayera, como un animal que cayó en una trampa. En sus ojos embravecidos se leía el coraje, el odio contra su agresor. Pero su resistencia hizo que el tipo explotara en ira, llenarle de adrenalina, le rompiera los hombros de su camiseta tratando de retenerla, arrastrarla, luego cargarla soportando los arañazos y los golpes al aire, y tirarla contra el borde de la cama con fuerza. Gerald gritó y lloró como nunca lo había hecho. Se desahogó en una ola de patadas y golpes que noqueaba a su agresor mientras forcejeaba,

en sus gritos se oían el desgarrar de una pobre alma encerrada durante mil años. Francisco le dio un puñetazo en plena cara que hizo chocar la cabeza de la chica contra el borde de la cama. Hizo puño con la otra mano, otro y otro y la lluvia de golpes enérgicos le desfogaron toda la furia, el tipo la golpeaba gritando, maldiciéndola, destellando odio en cada folículo del rostro y en todos los puños, y Gerald tenía el rostro ensangrentado. La dejó atónita y atontada, apenas movía la cabeza recostada en el filo del colchón. Se puso de pie, la miró mantener la boca abierta, jadeando, como tratando de tomar fuerzas sin poder, mientras las hilachas rojas aumentaban en sus pómulos, su labio inferior goteaba sangre a su camiseta, y reconoció que nunca había pegado tan fuerte en su vida. Cogió una de sus camisetas de la caja y se tapó la parte trasera de la cabeza también sangrante.

—Mierda, ahora qué hago. —Comenzó a caminar de un lado a otro— ¡Ahora que hago! ¡Ahora que hago!

Aurelio se acercó a un paso de la espalda del profesor segundos antes de que éste entrara. Todo el salón, al verle, se pusieron de pie con el brigadier siguiendo detrás y acomodarse disimulado en el grupo cercano a la puerta. Ricardo le observó acomodarse en la carpeta cercana, con la cabeza aguachada y los matices de una reverencia inusual en él. El profesor comenzó a ser preguntas y casi todos respondían a una voz, pero Aurelio permanecía callado, mirando el libro de matemática en la carpeta, pero no observar en él, siendo presa de un pensamiento que lo carcomía desde adentro. Ricardo notó que no su compañero ni siquiera abría la boca, y solo permanecía estático como una estatua. Abrió su cuaderno y le escribió en la parte de atrás, y se lo pasó.

—*Qué tienes*

—*Cuando acabe de explicar el profe te explico.*

El profesor siguió escribiendo fórmulas de regular trigonometría. Ricardo miraba bajar la aguja grande de un reloj colgado, miraba a Aurelio, sus ojos perdidos, sus manos se notaban brillosas de la humedad. Apenas el docente terminó de hablar, cerró el cuaderno, y se acercó a la carpeta de su compañero, le preguntó lo que pasaba. Titubeando, Aurelio soltó lo que llevaba adentro desde unos pocos minutos.

—Cholo... Ya encontraron a Gerald.

Los ojos de Ricardo se agrandaron como pelotas.

—¿La encontraron? — Aurelio asentaba con la cabeza.

—¿De verdad? Y, y cómo esta ella. ¡Cómo la encontraron!

Aurelio suspiro, movía la cabeza negativamente, y Ricardo presentía.

—Yo sabía que no terminaría de otro modo... Encontraron su cuerpo tirado en un cuarto de Carabayllo.

De un momento a otro golpeó la mesa, y esta mostró líneas quebradas en una pata. Gerald lloraba sentada en el suelo, agotada hasta para respirar. Observó el rostro de Francisco, sus ojos saltados hacia afuera, la misma perversidad personificada.

—¡Se va a escapar!... —miraba sin observar la mesa y absorto en sus pensamientos en voz alta, se agarraba los cabellos de la cabeza, sintiendo los pedazos de vidrio incrustado en su piel, y se irritaba peor— ¡Maldita sea, debo escoger! ¡MALDITA SEA!

Ella le miraba como inhalaba ira a la nariz, contraía los párpados y apretó sus manos las sienas. Entonces, después de tanto pensar, abrió la vista denotando unas pupilas enormes, tuvo una determinación final. Buscó con los ojos, revisó el suelo y se detuvo cerca al armario. Acercándose, cogió el instrumento con que había sido golpeado, encontró el pico de la botella con trozos de ocre en el suelo. Se acercó para cogerlo y caminaba lentamente. Gerald le observó

acercarse, sentada en el suelo contra el filo de la cama, e hizo un último esfuerzo porque la oyeran. Gritó todo lo que pudo, Francisco se acercaba pero sin mirarla a los ojos, entonces solo un último susurro más. Observó el rostro machista de su agresor, deforme, llenos de fragmentos de emociones nocivas pegadas en un collage de veintisiete años de incertidumbre, las últimas que podría ver en su existencia. Quiso cubrirse con las manos pero las levantó apenas. Un instante fugaz vino a su cabeza antes del desenlace: cuando su padre le mostraba el palacio de justicia, de niña, sentada en sus hombros. Francisco asestó.

—Oh Dios, en tus manos... encomiendo mi espíritu.

Los vientos venían de la ristra de las cimas: tres cerros juntos y enormes, llenos de casas bañadas del matiz grisáceo perteneciente a una mezcla de neblina y rocas. Eso era 15 de enero. A la familia Castillo no la conocían otros vecinos salvo los miembros de la capilla, de modo que cuando salieron de su casa, y Edith miró la neblina del entorno que le daba un color blancuzco a las casas, presentía que la bajada duraría más de un siglo. Los cúmulos de polvo se hacían presente por millones, bajaban como una bandada de emigrantes, de los más altos peñascos, se distribuían entre los techos de las casitas prefabricadas, se pegaban en lo liso de las maderas por la eternidad, cubría las escaleras fabricadas por los propios vecinos; aumentando el nivel social de la gente mientras descendía, se impregnaban entre los balcones distribuidos en casas de material noble, lotizadas en manzanas con las letras del abecedario desordenadas; las pistas diagonales, hasta seguir abajo el camino de la familia Castillo que pasaban bajo las rejas negras, después la pista se abre en dos direcciones. Edith, su esposo y el pequeño Miguel habían pasado a su lado izquierdo y cruzado la pista hasta llegar a la esquina donde la capilla se encontraba. La carroza fúnebre había llegado a media noche y Mauro, el esposo, con el obispo la habría recibido, trasladado los materiales a la segunda planta, en medio del salón sacramental, puesto los caballetes que soportaban el féretro y colocado los aditamentos junto con otros ayudantes. Después regresaría a descansar a su casa y vuelto con su familia para la devocional, con los ojos rojos pero secos y tan oscuros como sus gafas. En aquel salón se había improvisado dos ramos especiales de rosas lilas pegadas a las dos lámparas que daban luz a ambos lados del cajón. El piso estaba enlosado de blanco hasta un cuadrado de color azul oscuro, del mismo color de las sillas que se distribuían alrededor del recinto. Aurelio se sentó casi en medio de una U de sillas pegadas a la pared, desde la entrada venía más gente. Desde hacía unos minutos un puñado de maleza le perturbaba por dentro, y no supo identificarla entre tedio y nostalgia, le costaba asimilarlo. El obispo se puso al frente del cajón y comenzó a brindar palabras, trató de consolar a los padres, Que la muerte no es el final de todo, y que se pueden reencontrar en los cielos. Después cantaron una serie de himnos que supusieron le gustaba a la chica, hicieron una oración y repartieron un refrigerio modesto, una especie de caldo que Aurelio no supo cómo llamar. Lo que tampoco supo tener nombre fue la actitud que tenía la gente que se acercaba al ataúd y miraban el cadáver por medio del ventanal desprotegido de la puertilla de madera. Casi todos se quedaban con los ojos tiosos, como si no mirasen al cuerpo de una joven dulce sino al rostro de un alma condenada. Prendió la pantalla del celular y tecleó.

—Toda su familia ha estado con la cabeza agachada —dijo Aurelio.

—No es para menos. Y ¿tú pudiste verla? —preguntó Ricardo.

—Todavía no he ido...pero voy a acercarme.

—Oye... asu, de verdad quisiera ir... aun no lo asimilo.

—Fue tal como me contaron, bro'. Dijeron su familia que uno de los vecinos de una casa escuchó como unos gritos que salieron de allí —salió del salón sacramental—. Todos sabían que esa casa estaba abandonada hasta que veían que un joven entraba de vez en cuando. Pero ese día como en la tarde un vecino vio al tipo salir con la cabeza ensangrentada, cerró la reja y salió con el carro disparado. Tuvo curiosidad y esperó hasta la noche a llamar a la policía para que fuera. Llegaron, rompieron la reja y entraron a hasta un cuarto al fondo bien metido, y en el piso la encontraron... Espera, voy a acercarme.

—No cuelgues —dijo Ricardo. —No sé si ir.

—Aquí hay dos del salón —dijo Aurelio mientras se dirigía al féretro. Dos chicas observaban

su interior por la ventanita, tenían las caras pálidas y absortas. Conversaron entre sí y luego se alejaron, abrazadas.

—Quizá sería buena una pasada.

Aurelio se acercó, admiró el material del féretro, era de una madera blanca, tan bien labrada con apariencia de marfil. Avanzó con lentitud hasta la cabecera, se fijó en el interior y sus ojos se quedaron petrificados. Miró la criatura sin vida acolchonada de blanco, y una partecita del rostro terriblemente tapado. La piel se le erosionó en puntos.

—¿Aurelio? ¿Aurelio?

La lengua se le anudó en un cortejo de asombro y espasmo, sintió una culebra de náuseas en todas las entrañas, y su palidez pareció contrastar con el color hepático del cadáver. Contrajo los párpados, se tapó la boca y desvió la mirada. Aceleró el paso para afuera del salón.

—Después te llamo, Ricardo.

## XXXVI

El tiempo pasó muy rápido, recuerdo que esa misma tarde Aurelio me contó que varios del salón fueron a visitar a la capilla para ver a Gerald. Pero yo permanecí en mi casa, pensando mucho. Recuerdo que estaba mirando a la ventana toda la tarde y después me escribieron al celular avisándome que ya la iban a enterrar. Yo tenía una tranquilidad rara, y no me moví de donde estaba sentado, me quedé así por toda la tarde sabiendo que enterraban a Gerald. Pero yo no fui, quizá por pena o por temor de verla y ser yo quien más se derrumbaría o lloraría de todos. Después de pocas semanas llegó el fin de clases. Ese día me tomé una foto antes de ir al colegio y la subí al Facebook como recuerdo de mi último día, y solo ahí me di cuenta de cuán flaco me he vuelto. El último día del colegio nos la pasamos conversando, solo un profesor vino para tomar algunas tareítas que dejo para ayudar a los que jalarían el curso. Vi que mis compañeros tomaban sus casacas y las daban a cada uno para que las firmaran o las garabatearan. Después vinieron unos señores que trabajan con cámaras, nos dieron togas y esos gorritos con una colita para un lado y nos tomaron fotos en los patios y en las canchas, con la toga y con el buzo. Días después organizamos la fiesta en un local pequeño de la avenida. Las decoraciones y todo salió bonito, sin contar que no hubo DJ, y no lo entiendo hasta ahora. Cuando pasé por la tela que decoraba la pared donde estaba la torta y los bocaditos, leía los nombres que habían hecho de nosotros en tecnopor, y encontré el nombre de Gerald. La torta era de una vainilla riquísima. Aurelio se mandó un discurso de despedida y la profesora Rosa también. La música la ponían de un USB que trajeron algunos, y que roche era eso, sobre todo cuando empezó a llover y el techo goteaba en las mesas justito cuando estaban repartiendo la comida. Después bailamos en círculos y una timba resonó tan fuerte que me quedó el zumbido en los oídos. Cuando nos entregaron el libro de recuerdos, estaban las fotos que nos tomaron en el colegio el último día, y las fotos de cada uno en las páginas, con lo que íbamos a estudiar, donde vivíamos y el número de celular, y nos loqueamos con nuestras caras retratadas allí, diciendo que Jeremy tenía cara de baboso, sus ojitos eran chinos y sus cejas más gruesas que sus ojos, me acerqué a Jorge y le dije Tamare, causa, tienes cara de pedófilo y todo eso nos hizo vacilarnos. Pasamos las páginas y Aurelio y yo nos sorprendimos cuando encontramos una foto de Gerald, ¡La habían sacado del Facebook! Tenía su nombre, su dirección y su número de celular igual que el resto. Aurelio me comentó que habían ido a buscar al profesor Francisco, que era el principal sospechoso del caso, la familia estaba destrozada y ellos mismo buscaban al profesor por cielo y tierra. El tipo resultó tener una esposa y un hijo pequeño, y yo me quedé con la boca abiertaza. ¡Cómo era posible que traicionara a su mujer con una menor de edad! Después sonó una música especial y todos se acordaron de Gerald, y después que la canción terminó, nos pusimos a conversar sobre ella y cantamos algunas canciones que sabíamos que le gustaban, todos hicimos tres hurras por ella y aplaudimos; aunque no estaba, podíamos sentirla, podíamos recordarla y estar con ella, como dicen muchos, que sigue viva en nuestros corazones y que lo estará para siempre como una estrella guiadora. Hoy me admiro hasta la forma de cómo cuento esa experiencia, y de lo mucho que me hizo cambiar. A dejado en todos una marca que no se olvidara nunca.

## XXXVII

A la semana siguiente comencé a conversar por el celular con una chica del otro salón, y estaba aprendiendo a hacer verdadera vida social. De allí pasó navidad y Aurelio me mando el número de la señora Edith para escribirle un mensaje de año nuevo y también un mensaje de aliento para que no se desanime en buscar justicia para su hija, que ojalá encuentren al culpable.

—Pero, ya confirmaron quién es? —le escribí a Aurelio por WhatsApp.

—Como te digo

*Siguen buscando al profesor*

—AAAh

*Yo sabía que él estaba metido en todo esto, te aseguro que él ha sido*

Diciembre se pasó volando muy rápido y terminó el dos mil quince. Como a mitad de enero o febrero había quedado salir con aquella chica. Estaba almorzando en mi casa solo porque mi mamá había ido a comprar cosas. Cuando estaba en la mesa solo, Aurelio me escribió un mensaje al WhatsApp:

—Bro, tengo que contarte lo último que sé sobre el caso de Gerald. Para no saturar tu celular de varios mensajes, mejor te lo escribo todo de una vez. Hace como dos semanas la señora Edith vino a mi casa y conversó con mi mamá. Nos contó que la policía había ido una vez a revisar la casa del profesor, que encontraron a su esposa, pero ella les dijo que él se había ido de la casa porque pelearon. En una segunda visita lo encontraron a él, y la mujer dijo que se habían reconciliado. De todas maneras lo agarraron y lo metieron tras las rejas hasta que se defendiera ante un Juez. Dice que estaba alteradísimo el tipo, que él no había y que él no había sido y fue contundente y terminante desde principio a fin. Cuando el juez lo mandó a declarar delante de la familia, él expuso su situación con la alumna, dijo que nunca hubo relación alguna ni nada. Hubo un interrogatorio interminable, le preguntaron sobre qué hizo durante el tiempo fuera de su casa, Qué coincidencia que concordaba con el tiempo que Gerald estaba desaparecida. Él se defendió diciendo que se había ido a casa de un primo que le prestó un cuartito a solo veinte minutos del centro de Lima, que no se había desaparecido y su esposa lo sabía muy bien, solo se había ido por una pelea que tuvieron y prefirieron darse un tiempo para reflexionar sobre su matrimonio, pero no estaba ausente porque a veces los visitaba y se quedaba a dormir con su hijo de solo tres añitos.

Después de otro tiempo, Aurelio me volvió a escribir:

*Bro, El juez le mandó a su esposa declarar si era cierto lo que el profesor dice, que había tenido contacto con ella el tiempo que se había ido de la casa, que concordaba con la desaparición de Gerald. Ella confirmó esa aclaración, dijo que sí visitaba a su casa. Como dudando, indagaron el cuarto donde había vivido y confirmaron que habría estado allí pocas veces, porque de vez en cuando visitaba a su familia. Siguiendo sus sospechas, el juez quiso verificaran el celular de Gerald. Francisco le dijo al juez que él mismo mire lo que le escribía a su alumna, que vea que él no tenía nada con ella. Pero le explicaron al juez que el celular se lo llevaron junto con Gerald la noche que fue raptada. El juez desea hablar ahora contigo para que declares que tú los viste besándose en el colegio.*

Tiempo después, ya para finales de abril, fui a enfrentarme en el juicio. Le dije al juez que yo mismo los vi besándose en el lado que estaba oculto por los baños viejos de primaria, en el colegio. El profesor maldito se levantó y me lo negó en mi cara, dijo que eso era mentira. Yo le volví a decir señalándole en su cara que eso era verdad, que no mintiera, que era cierto.

Y él gritó: —¡Hay pruebas! ¡Señor juez, no hay pruebas de lo que estas personas dicen! Son

solo palabras y nada más. Le recalco nuevamente que no hubo nada más que una relación de profesor a alumna, y no hay otro indicio de las calumnias que están levantando la familia contra mí.

Escuchar al tipo me dio un coraje tremendo, si no fuera por el juez, yo me hubiera lanzado contra él a lapearlo y a darle de sillazos, de lo que fuera, pero lo hubiera matado en ese momento, qué tal cinismo. ¡Cuánta maldad y cuanta mentira puede haber en una persona! pensé yo. Luego dijo que él podía entender que la señora, la mamá de Gerald, estuviera alterada por lo que le sucedió a su hija, pero eso no era excusa para que le chantaran el problema al primer sospechoso que encuentren. Le dije que habría papelitos que Gerald escribió contándole su relación con el profesor.

—Y cómo sabe usted, señor juez, que esos papelitos no los escribió la misma mamá. —dijo él.

—El psicólogo del colegio los recopiló, Señor —dije yo—. Esas son pruebas.

El juez me dijo algo que no esperaba, dijo que esos no son medios probatorios seguros, que pueden servir como algo de “Referencia”. ¿Referencia?!, me pregunté yo. Dijo un montón de cosas que no quise escuchar. Repetí otra vez lo que había visto y después todo el maldito lo siguió negando con el abogado. Después de tantas trabas y enredos, me puse de pie.

—No cabe duda que las leyes de este país están pa'l tacho. —terminé yo de hablar.

Días después —o meses, no lo recuerdo bien— Aurelio me contó que el juez le levantó los cargos al profesor por falta de pruebas. Le dije a Aurelio que seguro el pata pagó al juez para que le limpiar de toda la culpa, pero Aurelio me respondió que no había cosas para comprobar la culpa del profesor, me explicó que tenía dudas si realmente era él el que mató a Gerald o si fue otro. Me dijo otras cosas que me dejaron volado, nos pusimos a conversar bien y ambos terminamos dudando si realmente el profesor habrá tenido algo que ver. Al final siempre se mostró seguro de lo que había dicho. Se liberó y nunca más supimos de él.

## Epílogo

La primavera è finita ma forse la vita comincia così.  
Mario Tessuto.

Francisco tomó otro trago. La frialdad del agua le entumecía los labios, al igual que las mesas solitarias con las sillas encima patas arriba, y el viento que se incrusta furtivamente a alucinar que Lima era solo frío desde aquel domingo; Desde ese domingo, cada vez que manejaba, el adelantar la manija le recordaba los movimientos que hizo para apagar una voz. Miraba de frente como si el parabrisas apaciguara su conciencia. Lucía un rostro impávido, y esa fue su arma para callar la funesta guerra de emociones que emanaba adentro hasta que se adormeciera. Los carros dentro del túnel avanzaban más lento, lo que aumentó su sentimiento de estar solo. Cuando el volvo salía a luz, los departamentos coloridos del Rímac de dejaban ver, y un conglomerado de tierra se elevaba por el lado derecho. Pensaba que nunca más pisaría San Juan de Lurigancho. Los ahorros que llevaba en el maletín con otros harapos, le durarían cuatro días. Se ha puesto de pie, ha tomado la escoba forrada de tela, el balde de agua y comienza a trapear. Los carros de la avenida pasan como rayos y las piedras del camino dan la impresión de estar en un desierto. En esa posición, inclinado y con la escoba metiéndose debajo de las mesas, borrando todo resquicio de suciedad, había escuchado, días antes, en el televisor del comedor una noticia fatal en San Juan, una minivan blanca se había estacionado en un colegio de Wiesse y de allí salieron hombres con pasamontañas que se llevaron a cinco niños. La noticia también mostraba imágenes de algunas madres llorando y mostrando las fotos de niños con uniforme.

—¡Oh, por qué diablos no le puse mayor atención a esa noticia!

Muy tarde ya, Francisco. Te acabas de acordar que ya no se podría hacer nada. Incluso desde aquel domingo que recordaste primero se te fue muy difícil —casi imposible— encontrar un trabajo donde no requerían documentos, por miedo a que la policía indague; A qué lugares no has ido pidiendo trabajo con un foldercito en un brazo, y cuántos te rechazaron. Recuerdas, Francisco, tu cacharro apareciendo en las portadas de muchos periódicos de muchísimos quioscos, y tuviste que raparte el pelo y pintarte lo que recién crecía para que el dueño del comedor, que no lee ni los tributos que debe darle a la Sunat, no te reconociera. Acaba de sonar tu celular. Saca la pantalla, era un mensaje de Rita, Ya estoy llegando. Sale del local a mirar el cielo nubloso tan grisáceo como las piedritas del suelo, la pista bajo el puente que parecía interminable. Se escucha a las piedritas crujir entre pisadas, Rita se acercaba desde unos metros. Francisco tiembla, se pone la capucha de la casaca y la espera, casi a punto de llorar.

—Y él... Cómo lo encontraron.

Rita comenzó a lagrimear desconsolada. Sus jadeos se impusieron ante el sonido de los carros de la pista. Ella sacó un folder de su cartera, se observaba una serie de papeles con números de folios y códigos penales. Luego dio vuelta a la página, y le mostro la foto de la minivan blanca, la misma que de la noticia. Rita volteó temblando la página siguiente, Francisco miró una imagen de una criatura humanoide, pequeño y rojizo, despedazado.

—¡Nooo!

Se abrazaron. Lloraron juntos.

—No sé lo que hice para merecer esto, o no sé lo que hicimos —dijo Rita.

Pero Francisco recordó en el fondo de su conciencia una cadena de acciones que se redibujaban en la memoria. El sí lo sabía, y se iría a la tumba con ese remordimiento.

—Quiero ir a verlo.

—Te voy a recoger a las ocho.

—Yo te llamo.

Rita se alejó y levantó una mano sobre el asfalto. Un auto se estacionó junto a ella. Con la vista borrosa, se subió al taxi y desapareció. Francisco miró a su esposa irse, entonces miró la tierrada grisácea de donde vivía. Caminó divisando el largo del puente, subió la escalera, y desde allí divisó a Lima lúgubre, funesta, los edificios empolvados del centro; alrededor, el resto era solo niebla. Recordó a Michael, su carita alargada, angelical. Agachó el rostro, sus lágrimas caían al suelo y se combinaban con los charcos de los orificios. Se lamentó como nunca lo había hecho. Calló arrodillado y se golpeó en el pecho, y concluyó en un saldar de deudas finales. Lo último que recordó fue el rostro de una chica vestida de blusa blanca, corbata azul oscura, del mismo color de su falda y la casaca de un colegio perdido en la memoria, su tez blanca, Gerald se presentaba en medio de un fondo negro, y se perdía absorbida en la oscuridad de aquel abismo.

—Cómo es la vida.

En este lugar la vio por primera vez, Ricardo observaba las piedras que formaban el camino por él que iba. Cuando levantó la vista, miró entre las veredas circundantes a muchos niños uniformados de diferentes colores, que a esa hora de la mañana caminaban a trote, al lado de sus madres, hacia varias direcciones. Para el lado izquierdo la pista Antigua bordeaba el parque, recibía a las motos y los carros del paradero quince. Y entre esos pasos pueriles, Ricardo notó a una niña que venía con un uniforme familiar: blusa blanca, adornado el cuello con un corbatín azul noche, del mismo color que la falda que le cubría hasta las rodillas, y más abajo el ras de las medias largas, y la casaca azul claro y la insignia pequeña en la izquierda, del colegio Albert Einstein. En ella recordó cuando vio por primera vez a Gerald, caminando en la misma dirección, sus formas de pubertad, su delgadez en la cara y todo el cuerpo, aun a los doce años su silueta era aceptable, ¿no, Ricardo?

—Han pasado seis años —susurra bajito, observando a la niña que ya se iba tras su espalda, bajando el camino de tierra por el que continúa el parque, hacia otras líneas de concreto, perdiéndose en otra pista. Albert Einstein, allí donde conoció su primer amor, tan común como mucho se conoce y muchos lo conocen, tan estrábico y perdido como las hojas secas que el viento le va arrancando a los árboles; o mejor es decir que los árboles mismos las han soltado, o la hojas mismas se han dejado caer; así era el amor de secundaria, así era y son nuestras primeras ilusiones; los sentimientos van tal como las hojas que caen y muerden el polvo del camino; él se percató de que así fueron sus ilusiones, olvidadas y llevadas quién sabe dónde.

—Qué bonito sería si las ilusiones se convirtieran en realidades y que sean eternas...-hizo una pausa, pensando en el relativo positivismo de su frase. —Si los sentimientos que no son devueltos como uno quiere se juntaran en un solo sitio...

Ha levantado el zapato y saca una hojita pegoteada en la suela. La mira y la limpia con un dedo, así se quedan algunas emociones, quizá enterradas bajo pisadas, o siendo arrastradas por doquiera que las lleva el viento, ora a algún destino divino, a otro sendero extraño, viejas, maltratadas, como las otras que acaba de pisar, olvidadas, pero permanece, dispuestas a la deriva de un ser que se apiade de ellas y que las haga vivir como un nuevo pensamiento o imaginación, una ilusión. La hojita está dañada, pero *está*. “Cuestión de estar es cuestión de ser”, dice.

—Ya, tengo que dejar de pensar.

Sintió una mano en su hombro, volvió el rostro.

—¿Listo? —dijo Aurelio— yo creí que ya estabas en la avenida.

—Sí.

—Vamos, que llegamos tarde.

Al caminar por el primer sendero que transitó, Ricardo se percató entre la conversa que aún tenía la hojita entre el índice y el anular. Pasó los dedos por la nariz.

—Oye... ¿y eso? —Preguntó Aurelio.

—¿Cuál?, oh...

—Eso.

—Sí, esta hoja...

—Esa hoja...

—No es nada. —Separó los dedos, abandonándola en el camino. Durante la caminata conversaba con él sobre los libros que debían devorar por el nuevo ciclo universitario que llegó entusiasta, y las aventuras que se avecinaban tan deprisa como las horas de la tarde.

Cerca del mediodía, en la carpeta, ojeaba las hojas de su cuaderno anillado, y por la tarde, después de almorzar, apuntaba solo los puntos más relevantes que los profesores exponían, mientras unos rayos amarillos se corrían como una cortina, dejando su cuaderno sin luz. De pronto miró a la ventana, ya el cielo se cubría de un color amoratado, y pensó en cuán rápido se iba el tiempo, y cómo aprovechar el resto de las horas. Dio una vista general a su cuaderno pasando por todas las páginas, hasta la última estaba orgullosamente repleta, y su letra deformada por la rapidez le sorprendió. Cuando alistaba sus cosas en la mochila, sintió un puño leve sobre un hombro, observó a Aurelio sonriéndole, llevaba a una chica tomada de la cintura, y ella le abrazaba rodeándole el cuello. Bajaron a la segunda planta, se adelantaron y esperaron a fuera de un salón cuya puerta era más ancha. En medio del gentío que se amontonaba en la puerta, ellos conversaban y buscaban con la vista. Por fin, en medio de un mar de cabezas, una joven de cabello teñido de rubio y tez delgada les reconoció desde el fondo, les hizo señas que la esperaran, se abrió paso acercándose, y los saludó de beso. Bajaron las escaleras, radiantes, sonreían en medio de la muchedumbre estudiantil que andaban cargando mochilas de diferentes formas, libros de pastas blandas y poco concurridas. Al salir, las luces de las tiendas, la música de los locales comerciales y las carretillas callejeras le daban la bienvenida a la noche, mil sitios donde podían visitar. Aurelio le guiñó el ojo a su amigo, y adelantando los labios señalaba a la chica que estaba a su costado, Hoy es el día. Ricardo entendió el mensaje y asintió con la cabeza. Una luz brillaba en su nuevo semblante, y la sonrisa difuminada en el tiempo, se terminaba de restablecer.

**Fin.**

## **¡Muchas gracias!**

Estoy muy agradecido porque has comprado este libro, y en especial porque lo has terminado de leer. Un libro es un viaje breve, es una nueva experiencia que nace de una alegoría, de la experiencia de otro. Un libro terminado es una meta cumplida, así de sencillo. Una historia benigna, de buenas intenciones, es una consejera en tiempos difíciles, y es un baluarte que te ayudará a meditar la cosas antes que las llegues a hacer.

Con aprecio,  
Samuel Sánaga.